



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

---

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

División de Estudios Profesionales

## ***Conflicto Adolescente***

**T E S I S**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

**JUAN LUIS MERCADO GARCÍA**

DIRECTOR DE TESIS:

**MTRO. SOTERO MORENO CAMACHO**

REVISORA:

**DRA. PATRICIA CORRES AYALA**



MÉXICO, D.F.

Septiembre, 2013



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## *Agradecimientos*

A mi MAMÁ, que con su gran esfuerzo y trabajo me ha enseñado cómo luchar por aquello que quiero y aquellos a quienes amo. Es interminable mi agradecimiento hacia ti, pero el presente trabajo, y lo que soy, es producto de tu gran apoyo y amor.

A mis TIOS, Ceci y Toño. Qué hubiese sido de mí en muchos momentos sin su apoyo y comprensión. Gracias por su generosidad y por esa alegría que transmiten, que me han motivado para terminar esta etapa de mi vida.

A TI. Es también agradecerle a la Vida por haber permitido que te conociera. Y a ti, por todo el amor, por todos esos momentos y por todas las enseñanzas que me has obsequiado. No sé si la Vida desee que te quedes a mi lado, pero de alguna manera una parte de ti ya está conmigo. Gracias por cada uno de esos momentos que hemos vivido juntos.

A mi ABUELITA, que con su amor, sabiduría y apoyo, se ha convertido en un gran pilar de mi vida. Sus palabras me han consolado y motivado, han hecho que yo persiga y logre cada uno de mis objetivos. De igual manera, mi agradecimiento y amor por usted son interminables.

A YANET, JIMENA y NESTOR, pequeños motores, que sin querer me han impulsado con sus palabras para llegar hasta donde estoy.

A la Familia García Monroy, que a pesar de ser poco el tiempo de conocernos, su apoyo y fraternidad han sido como si nos hubiésemos conocido toda la vida. Muchas gracias a todos.

Al Mtro. Sotero, por haber aceptado ser una guía, y por su apoyo, para realización del presente trabajo.

A través de toda mi vida de estudiante tuve la fortuna de encontrarme con grandes maestros y maestras. Luis Pastor, Rosa María, Ángeles, Claudia, Tere, Alfredo Guillen, Marisol y Areli, gracias por sus enseñanzas, me han servido tanto para mi vida profesional como personal. En donde quiera que estén, Dios les bendiga.

Al Plantel N° 8 de la Escuela Nacional Preparatoria; y a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, la máxima casa de estudios, por haberme abiertos sus puertas y ofrecerme todo para mi preparación profesional.

A la Dra. Patricia Corres, que con sus enseñanzas, en el aula y en pequeñas charlas, llegó a inspirar la realización del presente trabajo. Muchas gracias por aceptar revisarlo, por sus críticas constructivas y sus palabras.

Afortunado de siempre estar rodeado de puras mujeres, muchas gracias a mis amigas: Jaz, Ale, Pau, Chivis, Anhi, Mich, Eri, Pao, Adry y Lu. La escuela y los salones de clases no hubiesen sido los mismos sin ustedes. Gracias por esos momentos de risas y de tristezas.

En efecto, *"Por mi raza hablará el espíritu"*

A todos ustedes, ¡MUCHAS GRACIAS!

*“Nacemos, por decirlo así, en dos veces: una para existir, y la otra para vivir... la adolescencia es un periodo maravilloso para vivir la repetición de su nacimiento... aquí es donde el hombre nace verdaderamente a la vida”*

*Françoise Dolto*

# INDICE

<b>Resumen</b> .....	1
<b>Introducción</b> .....	2
<b>Capítulo I. El adolescente</b> .....	4
1.1. El concepto adolescente.....	4
1.2. Importancia de las etapas pregenitales y del periodo de latencia.....	5
1.2.1. Etapa oral.....	6
1.2.2. Etapa anal.....	9
1.2.3. Etapa fálica.....	13
1.2.4. Periodo de latencia.....	19
1.3. Desarrollo biológico en la adolescencia.....	21
1.3.1. El cerebro adolescente.....	22
1.3.2. El aspecto biológico de la pubertad.....	23
1.4. Desarrollo psíquico en la adolescencia.....	24
1.4.1. El aspecto psicológico de la pubertad.....	25
1.4.2. Despertar de la genitalidad.....	28
1.4.3. Etapas de la adolescencia.....	29
1.4.4. El desarrollo del Yo en la adolescencia.....	43
1.5. Una adolescencia normal.....	49
1.6. Búsqueda de una identidad.....	57
1.7. Crisis que revive otras crisis.....	61
<b>Capítulo II. Conformación del medio familiar</b> .....	64
2.1. Búsqueda de la pareja en la cultura mexicana.....	64
2.2. La unión de la pareja.....	71
2.2.1. Cuando el amor une a la pareja.....	71

2.2.2. Cuando el hijo une a la pareja.....	73
2.3. El nacimiento de los hijos.....	75
2.4. La pareja, el rol parental y la crianza.....	77
<b>Capítulo III. Los padres frente al hijo adolescente.....</b>	<b>82</b>
3.1. Los padres y la infancia del hijo.....	83
3.2. Los padres y su niño (a).....	87
3.3. Los padres y su hijo adolescente.....	97
<b>Capítulo IV. Proceso metodológico en el estudio sobre el papel de los padres ante el conflicto adolescente.....</b>	<b>109</b>
4.1. Objetivos.....	109
4.1.1. Objetivo general.....	109
4.1.2. Objetivos específicos.....	109
4.2. Indicadores.....	110
4.3. Pregunta de Investigación.....	110
4.4. Tipo de estudio.....	110
4.5. Procedimiento.....	110
4.6. Estrategias de análisis.....	112
4.7. Análisis bibliográfico.....	112
<b>Conclusiones.....</b>	<b>114</b>
<b>Bibliohemerografía.....</b>	<b>123</b>

## RESUMEN

El presente trabajo es una revisión y análisis documental que aborda la dualidad del fenómeno del *conflicto adolescente*. A través de la revisión de documentos se muestra cómo la crisis que enfrenta el adolescente también la padecen los padres, toda vez que él les revive situaciones conflictivas reprimidas de su propia adolescencia. Esta circunstancia puede provocar que ellos alteren el desarrollo de su hijo adolescente.

Esta investigación documental se divide en cuatro capítulos a través de los cuales se desarrollan los siguientes temas: el adolescente, la importancia de las etapas previas a ésta y todos los procesos que ocurren durante la adolescencia; la conformación de medio familiar, donde se muestra cómo el devenir de la parentalidad influye en el desarrollo del hijo; la relación padres-hijo desde el nacimiento de éste hasta su adolescencia, observando los diferentes matices de esta interacción, que pueden favorecer o interferir en el desarrollo del sujeto; y finalmente, la descripción del proceso que se llevó a cabo para la elaboración de este trabajo.

Se busca aportar con esta investigación una revisión que apunte a la importancia de acompañar el desarrollo del sujeto, desde la infancia hasta la adolescencia, para impedir alteraciones que pasen al lado de lo patológico. El adolescente vive por primera vez procesos que lo transformarán en un adulto, pero la revivencia de conflictos en los padres hace que muchas veces ellos interfieran alterando el proceso de transformación de su hijo. De allí, la importancia que se le da en este trabajo a la idea de que lo único que necesita el adolescente es ser acompañado durante todo este puente hacia la adultez, evitando que los padres intervengan de más o ignoren el desarrollo del hijo toda vez que en ellos se despiertan situaciones conflictivas. Si el acompañamiento se llevó a cabo desde el nacimiento, será un hecho que marque a través del tiempo los límites que el sujeto adolescente necesita para evitar que rebase el límite de lo normal (lo esperado) y se inserte en el lado de lo psicopatológico.

# INTRODUCCIÓN

El modo de comportarse de los adolescentes puede ser confuso y problemático para quienes no comprenden del todo los procesos que estos tienen que llevar a cabo, consciente o inconscientemente, para ajustarse a las demandas de una sociedad que pronto los tratará como adultos.

La adolescencia es la etapa de la vida en la cual el sujeto padece una serie de ajustes a las condiciones de la pubertad, en la cual enfrenta mutaciones que lo llevan de la condición de niño a adulto, actualmente se le concede una duración de alrededor de diez años. Todos estos procesos que enfrenta el sujeto adolescente no sólo generan en él una *crisis* sino también en su medio, principalmente en su familia, en sus padres. Tanto el adolescente como los padres tienen que desprenderse de la situación infantil del hijo, pasar de una relación adulto-niño (padres-hijo) a una relación adulto-adulto. Si ambas partes cooperan para que el adolescente pueda desprenderse de los padres de la infancia, del cuerpo, del rol e identidad infantil la situación de éste será menos problemática; sin embargo, en la mayoría de los casos cualquiera de las dos partes o ambas interfieren en este desprendimiento, y por ende, en la transformación del sujeto en adulto, aumentado la magnitud del conflicto adolescente.

El proceso adolescente despierta el o los procesos inconclusos, conflictivos, en aquellos que no saldaron de manera satisfactoria esta etapa. Entonces, el adolescente tenderá a re-vivir conflictos no resueltos en los padres; tal angustia que en ellos resulta de estas revivencias promueve que ellos, de manera inconsciente, intervengan demasiado o ignoren el desarrollo de su hijo en esta etapa, alterando todo proceso que éste está viviendo por primera vez. Con esta idea, de que los padres interfieren el proceso adolescente en virtud de él les revive situaciones conflictivas inconscientes, se originó el objetivo del presente trabajo; si bien el título es amplio y puede abarcar más temas, nos hemos centrado en observar cómo el rol que desempeñan los padres puede alterar el desarrollo de su hijo adolescente, toda vez que él les revive remanentes conflictuales de su propia adolescencia.

Se utilizó los postulados teóricos generados de la corriente psicoanalítica que hablan del desarrollo humano para dar cuenta de los procesos involucrados en la etapa adolescente, procesos descritos en el capítulo primero. La literatura psicoanalítica que habla de adolescencia nos remite siempre a las etapas previas a ésta, ya que es un continuum del desarrollo psicosexual y psicosocial del sujeto, por lo tanto, en este trabajo también se incluye una descripción breve de las etapas previas a la adolescencia (etapas pregenitales) para comprender lo que vive el sujeto una vez instalado en esta etapa.

Asimismo, se realizó un capítulo intermedio, con el objetivo de observar el devenir del ambiente familiar en el cual se desarrollará el futuro adolescente, se revisó documentos que hablan de la relación de pareja y su evolución a la parentalidad. Se pretende mostrar cómo la situación en que se engendra al hijo también influye en su desarrollo. El desear su llegada es un factor benéfico para su desarrollo.

En un tercer capítulo se muestran algunos matices de la interacción padres-hijo desde su nacimiento hasta la adolescencia. *Acompañar* el desarrollo del hijo es lo que generará los límites para cuando el adolescente esté en proceso de desprendimiento de las ligas tempranas de amor. Cuando se llega a descuidar el desarrollo temprano del sujeto puede resultar que en esta etapa él rebasa la línea –delgada y frágil– que separa lo “normal” (lo esperado) de lo patológico. Situación que actualmente está ocurriendo en muchos adolescentes. Tal descuido del desarrollo del sujeto ha orillado a que éste tenga que pasar de la niñez a la adultez con sus propios medios, esto exige de su parte una conducta de riesgo, acarreando graves consecuencias.

En el cuarto capítulo se describe el proceso que se llevó a cabo para la elaboración de este trabajo documental. Finalmente se plantean las conclusiones que derivaron de esta investigación. Las más importantes de ellas: el desarrollo del sujeto, antes y durante la adolescencia tenderá a revivir situaciones conflictivas en los padres y por consiguiente provocarán que ellos interfieran en el desarrollo de su hijo; el adolescente lo único que necesita es ser acompañado durante su paso por esta etapa, se enfrentará a situaciones problemáticas transitorias que al ser acompañado su desarrollo se evitará que pasen al lado de lo patológico.

# Capítulo I

## El adolescente

### 1.1. El concepto adolescente

El conocimiento que hoy tenemos acerca del adolescente no es el mismo que se tuvo en centurias e incluso en décadas anteriores; además de que puede variar de una cultura a otra. Hay quienes refieren a la adolescencia como un constructo social, y que fue “hasta comienzos del siglo XX que se ha dedicado especial atención al periodo evolutivo comúnmente llamado adolescencia” (Muuss, 1984). López Lecona (2007) ha descrito algunas consideraciones sobre el adolescente en la historia. A pesar de que en algunas épocas este concepto estuvo ausente y en otras se fue transformando la representación de la población adolescente, es un hecho que hay una etapa que funge como puente entre la niñez y la adultez; en siglos anteriores éste se reducía a la presencia de un evento.

El concepto de adolescencia tiene su raíz en el vocablo latino *adolescere*: “desarrollarse hacia la madurez”. Hay que distinguir este concepto del de pubertad, originado de los vocablos latinos *pubertas*: “la edad viril”, y *pubescere*: “cubrirse de pelo” (Muuss, R., 1984). El primero es un concepto más amplio, que implica varios procesos de mutación, conscientes e inconscientes, de la conducta y de los estados mentales y emocionales para que el sujeto llegue a la etapa adulta. Mientras que el segundo es “un periodo en el que se produce una maduración física rápida asociada a los cambios corporales y hormonales” (Santrock, 2004) que tienen lugar un poco antes de la adolescencia temprana. Estos cambios de maduración física son la expresión de la maduración sexual, indican la capacidad del individuo para reproducirse sexualmente.

Siguiendo la línea de trabajo de Peter Blos (1971), la adolescencia “se emplea para calificar los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad”. De ahí podemos inferir que en efecto, la adolescencia es un proceso de desarrollo que se dirige hacia la adultez teniendo como punto de partida la madurez sexual. La madurez a

la cual se pretende llegar al finalizar la adolescencia bien puede parecerse a la resolución de la “sintomatología” que Aberastury y Knobel (1987) describen como “Síndrome normal de la adolescencia”. Además, de que la adolescencia tardía de Blos (1971) da elementos para reconocer el término de esta etapa adolescente: un Yo unificado, una identidad relativamente estable y una personalidad integrada.

## **1.2. Importancia de las etapas pregenitales y del periodo de latencia**

Desde los postulados psicoanalíticos la adolescencia es un continuum del desarrollo infantil. Es por esto, que para entender con una mayor amplitud lo que implica esta etapa vital tenemos que considerar qué ha ocurrido en la niñez del adolescente, para saber el por qué de su comportamiento ahora que se encuentra en esta etapa. “Debemos tener en mente que los complejos fenómenos de la adolescencia están contruidos sobre antecedentes específicos que residen en la niñez temprana. Si podemos reconocer la sobrevivencia de estas organizaciones básicas en sus formas derivativas, podremos discernir los orígenes psíquicos y estudiar la formación de las estructuras psíquica” (Blos, 1971). En otras palabras Aberastury y Knobel (1987) nos dicen que “la calidad del proceso de maduración y crecimiento de los primeros años, la estabilidad en los afectos, el monto de gratificación y frustración y la gradual adaptación a las exigencias ambientales van a marcar la intensidad y gravedad de estos conflictos”, los que vive el adolescente.

Antes de iniciar la breve descripción de las etapas previas a la pubertad, es conveniente aclarar, y como se podrá observar, que la pulsión sexual ira cambiando de ubicación corporal conforme el niño se desarrolla, pero es un hecho que desde el nacimiento ha estado presente y llegará el momento en que se exprese genitualmente. La marcada prohibición que nuestra sociedad ha impuesto ante la expresión de la genitalidad, y los temas relacionados a ésta, es generada por ignorancia, al creer que es hasta la pubertad donde se despierta la pulsión sexual. Esto se debe a que todo lo que involucre genitales es considerado sexual, y no es así; veremos que la zona bucal, anal e incluso todo el cuerpo deberían considerarse también zonas sexuales, ya que en éstas se

concentran de igual manera energías libidinales durante la infancia y la niñez; por lo tanto, nuestra sociedad ignora que la expresión de la genitalidad se debe a que en determinado momento la libido recaerá en los genitales como una mudanza más de la libido en el cuerpo.

“Llamaremos *pregenitales* a las organizaciones de la vida sexual en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico” (Freud, 1905).

### **1.2.1. Etapa oral**

Freud, en 1905, a través de su obra *Tres ensayos para una teoría sexual* fue el primero en expresar cómo se organiza la libido en el cuerpo, para ello formuló cinco etapas y las nombró con base en la zona corpórea donde hay una mayor concentración de la libido en una determinada época de la vida. Conviene aclarar, como lo refiere Dolto (1983), que “para Freud y los psicoanalistas el término ‘sexual’ no designa únicamente las manifestaciones que se refieren al acto genial de la procreación sino todo lo que comprende a la actividad hedónica, es decir, todo lo que se refiere a la búsqueda del placer”. El placer o su contraparte, el dolor, regirán las primeras interacciones del sujeto con el medio.

La primera es la etapa oral. Al referirse a etapas, los autores se centran más en los procesos involucrados que en la edad cronológica; sin embargo, ésta se encuentra ubicada desde el nacimiento hasta el primer año o el destete, aproximadamente. La libido va a estar principalmente concentrada en zona bucal, se trata de toda la encrucijada aerodigestiva: prensión labial, dental, gustación, deglución, emisión de sonidos, aspiración y expiración del aire, etc. (Dolto, 1983). Por lo tanto, todo lo que se lleve a la boca será objeto de amor por darle placer y, en consecuencia la extensión que ello implique. Es así como la madre se vuelve el primer objeto de amor, ya que es la extensión del pecho (objeto amoroso) que lo alimenta, que le produce satisfacción. Además de que ella le proporciona otros placeres, como el baño, el aseo, el mecerlo; que se ligan a la presencia de la madre a través del sonido, la vista y el tacto. Estas actividades placenteras que involucran el tacto sobre el niño, la somestesia –conjunto

de sensaciones corporales—, beneficiará el desarrollo neurobiológico en el recién nacido.

A través de este tipo de relación amorosa es como el niño se enfrenta al mundo exterior. Todo lo que le interese de éste será llevado a la boca, “la meta sexual consiste en la *incorporación* del objeto, el paradigma de lo que más tarde en calidad de *identificación*, desempeñará un papel psíquico tan importante” (Freud, 1905). Poseer el objeto para el recién nacido implica el placer de “tener”, que éste confunde con el placer de “ser”; luego entonces, mientras *tenga* el objeto él *es*, él *existe*. Esto se debe a que en el recién nacido aún no está la barrera entre el Yo y el no-Yo. Entonces, poco a poco el infante incorpora al primero objeto amoroso, porque de tal forma él existe, “Pocos a poco el niño se *identifica*, pues, con la madre, según el *primer* modo de relación, que por otra parte subsistirá toda la vida” (Dolto, 1983).

El recién nacido necesita totalmente de otro, que por lo regular es la madre, para sobrevivir. Si éste tiene una madre entusiasmada por su llegada a este mundo se desarrollará “una reciprocidad en la gratificación de las necesidades que opera como respuesta circular entre madre e hijo”, y a la vez “crea una interdependencia, que es la base para el crecimiento físico y emocional del niño sano” (Blos, 1971).

La madre es la expresión del ambiente en esta etapa, que “es percibida como un objeto bueno o malo, y por lo tanto, no como el objeto idéntico durante todo el tiempo; de ahí que hablemos de un estado preambivalente de relaciones de objeto” (Ibídem). Esto quiere decir, que la sonrisa y el llanto son expresiones emocionales (opuestas), que se dirigen a la misma persona. Aquí, los estados físicos y emocionales buenos representan al ser; mientras que los estados físicos y emocionales malos representan al no ser, al mundo externo. Esos estados buenos le dan al niño la sensación de existencia, y los malos la amenaza del mundo exterior. Barreras protectoras se erigen ante estímulos desorganizadores, que son los antecedentes de ciertos mecanismos de defensa. De acuerdo al esquema oral, se *toma* lo que es bueno (lo que reduce la tensión, lo que da placer y satisfacción), mientras que se *desecha* aquello que es malo (que aumenta tensión, que causa dolor y frustración). Las defensas arcaicas que toman su modelo de esta dicotomía oral simple son la *introyección* y la *proyección*. Cuando

una persona adulta utiliza estos mecanismos, se encuentra ubicado en la modalidad oral.

El Yo temprano es un Yo corporal, que puede recibir gratificaciones del propio cuerpo, de ahí que el niño chupe su propio dedo o se acaricie, cuando el pecho materno no se encuentre cerca, para satisfacer su pulsión sexual. “Destaquemos, como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el propio cuerpo, es *autoerótica*” (Freud, 1905). En relación con este tema, Blos (1971) refiere que en efecto, “el autoerotismo, que es una gratificación sustitutiva, introduce así un elemento autorregulador para aliviar la tensión. No obstante, el influjo de la gratificación derivada de la relación de objeto sigue siendo necesario para el desarrollo emocional normal”. Los extremos pueden provocar una actividad autoerótica patológica o una “dependencia excesiva de las relaciones de objeto que se manifiesta en una situación de dependencia anormal en la madre o en una adhesión patológica a ella (o a quienes la representen)” (Ibíd.).

Dolto (1983) divide esta etapa en dos: la oral pasiva y la oral activa. La primera corresponde del nacimiento hasta antes de la aparición de la dentición; la segunda aparece a consecuencia de este hecho. La primera pulsión agresiva del niño es el mordisco. Esta autora opina que el destete debería comenzar antes de la aparición de la dentición, ya que si se espera a este momento el recién nacido lo percibe como una consecuencia de la agresión, como un castigo. “Entre los niños criados al pecho hasta demasiado tarde hay siempre una dificultad para gozar completamente de su facultad agresiva, sin provocar con ello una necesidad de autocastigo”. Además, añade que si hay un destete sin que el niño desplace su catexis a otro objeto (que no sea el seno materno), se arriesga a que el niño quede fijado en la etapa oral pasiva. Las consecuencias podrían ser la pérdida del interés por el mundo externo y la concentración en sus fantasías.

Para Erik Erikson, quien hace una teoría del desarrollo psicosocial, la interacción con la madre determinará si incorpora a su personalidad una actitud de confianza o desconfianza, esto depende de la adecuada satisfacción de las necesidades físicas del bebé. Por lo tanto, la crisis en esta etapa, llamada oral-sensorial para Erikson, estará

entre la confianza versus desconfianza. Si la madre no atiende al niño y descuida de alguna manera sus necesidades, desarrollará en él una actitud de desconfianza, provocándole miedo y ansiedad; hay que recordar que la madre es la representante del mundo externo en esta etapa y de ella depende el modo de relación del niño con éste a futuro. La esperanza es la fortaleza básica asociada con una resolución adecuada de la crisis registrada durante la etapa oral-sensorial; implica un sentimiento persistente de confianza, sentimiento que conservaremos a pesar de los reveses y fracasos temporales (Schultz & Schultz, 2010).

“Es el predominio de los componentes orales parciales, el que, según sus empleos ulteriores, hará a los sujetos oradores, cantantes, fumadores, bebedores, ‘tragones’ o toxicómanos” (Dolto, 1983); según el tipo de mecanismo que se utilice ante esta pulsión sexual de modalidad oral. Es en esta etapa donde se construyen los caracteres de tipo egoísta-captativo. O dicho de otra forma, utilizando las palabras de Erich Fromm (1953), un carácter de orientación improductiva donde “el problema del amor consiste, en esta orientación, casi exclusivamente en ‘ser amado’ y no en amar. En el hombre o en la mujer, su objeto de amor deberá desempeñar para él o ella el papel de madre alimentadora. “Tales personas tienden a no discriminar en la elección de los objetos de su amor, debido a que el ser amado por cualquiera es una experiencia tan sobrecogedora para ellos” (Ibíd.), se prenden de cualquiera que les ofrezca amor o algo que parezca ser amor.

### **1.2.2. Etapa anal**

Aproximadamente entre el primer y tercer año de vida, los procesos involucrados en este periodo dan le dan el nombre de etapa anal. La etapa oral no ha sido destronada completamente, incluso, aunque se hable de etapas diferenciadas no significa que estén completamente separadas, se entrelazan en el término y comienzo de una y otra. Aquí la alimentación, el aprendizaje de la limpieza y el control de los esfínteres, serán los que vinculen a los niños con los adultos. “El niño ha alcanzado ya un mayor

desarrollo neuro-muscular; la libido, que provocaba el chupeteo lúdico de la etapa oral, provocará ahora la retención lúdica de las heces o de la orina” (Dolto, 1983).

La enseñanza de estos hábitos estará marcada por el miedo a la pérdida del amor del objeto, éste es el vehículo para educar al niño en la etapa anal. A través de esto el niño descubre por primera vez una situación de ambivalencia, una presencia simultánea, en relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio. Por un lado sufre el regaño por parte del objeto de amor, y por otro el placer de la zona erógena.

En relación con la enseñanza de la limpieza, “al niño lo que le interesa, desde luego, no es ensuciar su cuna; sólo procura que no se le escape la ganancia colateral de placer que puede conseguir con la defecación” (Freud, 1905). Esto puede ser el descubrimiento de un placer autoerótica masoquista (sentir aplicaciones pasivas sobre el cuerpo), un componente normal de la sexualidad.

En este momento de la vida, por primera vez, el niño tiene algo de su propiedad, que él produce: sus heces. Esta propiedad privada puede utilizarla de dos maneras: la primera para recompensar a la madre, ya que hay en el niño una idea de poder sobre su propiedad y, según quiera, puede dar o no; esto se da sólo si hay un buen entendimiento con ella. Y la segunda, como “regalo” hacia ella, como un producto que él hace. “Evidentemente lo que trata como una parte de su propio cuerpo; representa el primer ‘regalo’ por medio del cual el pequeño ser puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo” (Ibíd.). Este es el descubrimiento del placer sádico (hacer una cosa con su propio cuerpo); “este regalo que hará será asimilado a todos los otros ‘regalos’ que se ‘hacen’, el dinero, los objetos cualesquiera que se vuelven preciosos por el solo hecho de darlos” (Dolto, 1983), es también un componente normal de la sexualidad.

El desarrollo del Yo tendrá un gran paso por medio del control de los esfínteres. “El logro de los esfínteres produce una sensación de control y de delineación de los límites corporales” (Blos, 1971). Con la ayuda de los orificios excretores el niño tiene ya un conocimiento rudimentario del Yo y el no-Yo. Esta sensación de control junto con los

avances en el neurodesarrollo permiten al niño una mayor exploración del medio; en ocasiones seguirá llevando a la boca objetos encontrados de su interés, no obstante, gradualmente los empleará para jugar, para manipularlos, adquiriendo en este proceso cualidades táctiles.

Significa para el niño un renunciamiento al juego lúdico con los excrementos cuando se somete a la disciplina impuesta por el adulto (en nombre de un asco que a éste le afecta). Pero como lo señala Dolto (1983) “el niño no renuncia a un placer si no es a cambio de otro”. El objeto transicional, concepto introducido por Donald Winnicott, hace referencia originalmente a ser un sustituto de la madre, sin embargo aquí puede servir para depositar en él el placer que no tiene a través de sus heces. La presencia de una “serie variadísima de objetos que en esta edad el niño arrastrará consigo siempre y los que nadie podrá tocar sin despertar el enojo, ‘sus caprichos’, sólo él tiene sobre ellos derecho de vida y de muerte, es decir, de apretarlos entre sus brazos o de destruirlos o tirarlos; en una palabra, de darles o no la existencia, como a sus excrementos”, beneficiará el manejo de la angustia por tener que renunciar al placer muscular-anal y someterse a la disciplina de los adultos. Así como en la etapa oral activa el bebé necesita de objetos aptos para ser mordidos, sin que reciba el regaño de la madre; en esta etapa el niño necesita de objetos idóneos para ser manipulados (por ejemplo, la plastilina) y de espacios para que juegue ruidosa y brutalmente (con medidas de seguridad) como desee, éstos serán sustitutos simbólicos de sus materias fecales y de la expresión de su agresividad, que favorecerá la educación del niño.

En la sumisión anal (el sometimiento a la disciplina) el miedo al castigo, o mejor dicho el miedo a perder el amor del objeto, y el elogio juegan un papel importante en el control de los esfínteres. “Aquí aparecen nuevas defensas, tales como la formación reactiva y la represión; éstas, sin embargo, sólo pueden tener éxito cuando reciben apoyo y refuerzo del ambiente” (Blos, 1971). La formación reactiva hará que el niño sienta asco por lo que un día sintió placer. Y sus impulsos agresivos, como ataque anal ante las demandas de los adultos tendrán que ser reprimidos o modificados con desplazamiento y formación reactiva. La desviación de la energía de los impulsos se facilita por la diversificación de los intereses del niño y su independencia motora. A pesar de todo, el

niño se da cuenta entonces de que el amor de los padres y su aproximación sólo los puede obtener renunciando a su agresividad y destructividad y sometiendo sus esfínteres a la voluntad de los padres.

En forma de resumen, en la etapa anal el niño oscilara entre la sumisión y la rebeldía, y el sadismo y el masoquismo hacen su primera y clara aparición, y la sensación de control sobre el medio se vuelve importante. Erikson le da el nombre a esta etapa de muscular-anal, el niño es capaz de decidir un poco por sí mismo por primera vez, sentirá esa fuerza autónoma que se estará negando si los padres le imponen el aprendizaje del control de esfínteres con impaciencia. La crisis, según este autor, en esta etapa está entre la autonomía vs. duda y vergüenza. Se puede comprender que la duda se genera por la falta de autonomía, la duda de sí mismo frente al medio; y la vergüenza por el resultado de las formaciones reactivas de lo que un día fue placentero. Los métodos correctivos “le da al niño un sentimiento de ser pequeño, que se desarrolla paradójicamente cuando el niño comienza a mantenerse en pie y se da cuenta de las relaciones medidas correspondientemente a tamaño y poder” (Erikson, 1980). La fortaleza básica que se obtiene con la autonomía es la *voluntad*, que implica la decisión de ejercer el libre albedrío y la autorrestricción frente a las exigencias de la sociedad (Schultz & Schultz, 2010).

Los caracteres concienzudos se formaran en esta etapa, “en aquellos que hallaron placer en conformarse a las nuevas exigencias que se les planteaban” (Dolto, 1983), así como también los obstinados. Los caracteres posesivos y mezquinos se forman por componentes dominantes de la etapa anal. En este tipo de adultos “la complementación buscada no está subordinada a la eficacia creadora de los dos componentes de la pareja, sino a la consolidación del sentimiento de poder” (Ibíd.). Durante la etapa anal, con el descubrimiento de lo que el niño puede producir, se establece una relación de poder que a más adelante, con la influencia de las huellas que dejó el sadismo y el masoquismo, la búsqueda de relación de pareja se establecerá desde la modalidad anal, someter o ser sometido. Hay quienes en su persona predomina el carácter anal por lo que se comportan como buenos y fieles empleados de un patrón exigente, tal sumisión se remonta a esta etapa en la cual el niño no quería perder el objeto de amor.

Fromm también describe este carácter en la orientación acumulativa, en el que “el amor es para ellos esencialmente una posesión; no dan amor, sino tratan de lograrlo poseyendo al amado” (Fromm, 1910). Los componentes sádicos y masoquistas jugarán un papel importante cuando se establecen relaciones de objeto desde una modalidad anal.

### **1.2.3. Etapa fálica**

No es por un motivo fortuito que a los genitales se les considere una parte del cuerpo muy importante, que lleguen a causar pudor o vergüenza, así también los temas relacionados a estos. La zona genital tendrá un considerable peso en el desarrollo del niño; si bien no es la principal portadora de las pulsiones sexuales, a futuro se espera mucho de ésta. En el lactante ha estado presente cierta carga libidinal en la zona erógena genial; su posición anatómica, las frotaciones en los momentos de aseo o por excitaciones accidentales produce una sensación placentera en el infante; sin embargo, en este momento de la vida como hemos visto, la vinculación con el mundo exterior se establece a través de la alimentación y el chupeteo y hay una concentración de la libido en la zona bucal, por ende, no es de extrañarse que la libido pierda fuerza en la zona genital, reactivándose alrededor de los tres años.

Cuando el niño ha perdido ya el interés por sus productos fecales se enfoca en otras cuestiones, esto ocurre aproximadamente a los 3 años. A través de la pulsión de saber o de investigar (Freud, 1905) el niño se interesa ya por los problemas sexuales y a su vez, estos le despiertan dicha pulsión. La primera interrogante es saber de *dónde vienen los niños*. Frecuentemente en nuestra cultura, no es hasta que se acercan a la pubertad cuando vislumbramos con ellos algunos temas relacionados; mientras, se evaden las preguntas, si es que el niño las expresa abiertamente, ya que debido a las prohibiciones del medio y la noción de lo “prohibido” que ha obtenido de esto posiblemente sea el factor que lo orille a inferir por él mismo las respuestas, además de que en ocasiones, incluso, se les reprende por formularlas. “Los porqués irritantes de los niños de cuatros años, que ni siquiera escuchan las respuestas del adulto, no

aparecen sino tras las primeras reacciones de éstos ante las preguntas directamente sexuales y la noción de ‘prohibido’ que el niño ha sacado de ahí” (Dolto, 1983). Por consiguiente, antes de que el adulto se angustie ante las preguntas de niño sería conveniente indagar el porqué de éstas, y responder al nivel de vocabulario del niño, ya que también se corre el riesgo de dar información que el niño no está pidiendo o aún no necesita. Empero, cuando del medio no obtiene la información él no cesa para obtenerla, lo que lo orilla a formular sus respuestas, en este periodo, de orden mágico. Por ejemplo, los niños nacen, desde su pensamiento, por algo mágico que comió la madre.

Confort o desagrado serán los términos para que el niño diferencie a los individuos adultos durante la niñez temprana; “la polaridad hombre-mujer no tiene papel psicológico en la vida mental del niño” (Blos, 1971). Es por esto, que el papel de la madre no es femenino ante él (o ella) sino activo, da placer o frustra. Y el papel del niño es pasivo, recibe lo que la madre o el adulto le proporcione. La identificación con la madre y el avance en el desarrollo motriz del niño incitará a que éste quiera hacer activamente lo que en el pasado recibió en forma pasiva. Esta polaridad entre actividad y pasividad es pre-fálica. Viene después otra pregunta, que incluso, va ser la fuente que active otro proceso tan conocido por los psicoanalistas durante esta etapa: el complejo de Edipo; *¿qué diferencia hay entre un niño y una niña?* Al ser descubierta esta diferencia anatómica, e incorporada psicológicamente, la diferencia actividad-pasividad tendrá ya una connotación psicosexual, hombre-mujer. Lo “masculino” y lo “femenino”, sus actividades y funciones son dadas y se han quedado establecidas por la sociedad, desde allí se juzga qué es masculino y qué es femenino.

Así, con estas interrogantes inicia la etapa fálica, también llamada edípica, y a partir de este momento “las pautas del desarrollo psicosexual que siguen la niña y el niño se hacen tan rápida y esencialmente divergentes que conviene trazar su desarrollo en forma separada” (Ibíd.). Siguiendo las líneas de Freud (1924), “el complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del periodo sexual de la primera infancia. Después, cae sepultado, sucumbe a la represión”

De acuerdo con Blos (1971), “la actitud egomórfica del niño le hacen pensar que todos son iguales a él”. Si embargo, el niño experimenta un malestar cuando se percata de que la niña no tiene pene, pese a esto, convencido de que le crecerá a algún día (tratándose de tranquilizar), el niño no deja de experimentar el miedo a que le suceda lo mismo, le quiten “eso”. Esta amenaza de castración o *angustia de castración* “tiene como punto de partida una falsa interpretación de la realidad; pero es una interpretación de la cual ningún niño puede escapar, ya que el peligro que inventa está motivado por la fuerza mágica que les atribuye a los adultos y por su inferioridad real respecto a ellos” (Dolto, 1983)

Cabe aclarar algo, para evitar una mala interpretación de esta premisa; desde que el niño puede controlar sus esfínteres, teniendo presente que al niño se le dificulta un poco más ya que tiene que diferenciar la posición para orinar y para defecar, a diferencia de las niñas que es la misma posición, para él esto ya es un logro apreciable; aunado a que desde siempre se ha valorado más los logros de los niños que de las niñas, en un sentido socio-cultural. Luego entonces, el pene (como elemento anatómico, que en este momento de la vida es lo único que visiblemente diferencia un niño de una niña) es portador de poder; esta *función simbólica* del pene es llamada “falo”. En la literatura psicoanalítica contemporánea, “pene” es el órgano masculino en su realidad corporal y “falo” es el concepto designado para hacer resaltar el valor simbólico del mismo (Laplanche, 1996). En psicoanálisis el lenguaje simbólico juega un papel crucial, por lo mismo se dificulta su estudio. Nasio (1996) ayuda a aclarar esta situación refiriendo que “cuando Freud insiste en el carácter exclusivamente masculino, de lo que se trata no es de la libido peniana sino de la libido fálica. Es decir que el elemento organizador de la sexualidad humana no es el órgano genital masculino sino la *representación* construida sobre la parte anatómica del cuerpo del hombre”, prosigue explicando que “lo que el niño percibe como el atributo poseído por algunos y ausente en otros no es el pene sino su representación psíquica”, simbólica. Ahora, es posible entender que en el niño la angustia de castración significa la angustia de que el adulto le coarte aquellos beneficios que la sociedad le ha dado por ser varón y le impida su relación con los objetos que le proporcionan placer; al igual que su productividad, creatividad y logros obtenidos hasta ahora.

Entonces, según Dolto (1983) el descubrimiento de la *diferencia fálica* entre niño y niña, el poder mágico atribuido a los adultos y la inferioridad del niño respecto al adulto desencadena la angustia de castración, fenómeno consciente, pre-edípico y con consecuencias ricas para el desarrollo, por sus defensas que emplea para su lucha.

En el caso del varón existe un sentimiento de haber sido favorecido por la naturaleza, “el objeto de amor afectivo sigue siendo la madre, ahora tanto más amada por el niño, cuanto que él le atribuye a un favor especial de su parte el hecho de ser varón” (Ibíd.). Sin embargo, la autonomía que el niño ha ganado gracias a su desarrollo, lo separa día a día de ella; en el niño su apego hacia la madre aumenta, pero ella se libera poco a poco de la sujeción que la tenía ligada a la criatura. En este tono emocional con la madre, siempre y cuando ésta desarrolle orgullo en el niño por sus logros, deberá provocar en él una atracción por el mundo exterior. Mientras, las actividades que el niño realice tendrán como objetivo atraer la atención de la madre, y más cuando se realizan por la identificación con ella. “El niño pequeño desarrolla un amor posesivo por la madre... Cuando el niño dirige sus deseos sexuales hacia su madre en la etapa inicial de la fase edípica, su meta libidinal es pasiva” (Blos, 1971), es decir, si bien hace algo es para que la atención de la madre recaiga nuevamente sobre él. Y aquí la función paterna juega un papel importante, ya que al percatarse de que el padre es el objeto de atención de la madre él tratará de imitarlo, además de que siente celos de él, incluso esto puede ser benéfico ya que aprenderá cosas con tal de ser como él. Cuando se habla de la madre o del padre la cuestión no está en ellos como entidades biológicas sino la función que estos desempeñan; en ocasiones la función materna no es cumplida por la madre biológica, por eso se habla de *función*. Lo mismo sucede con el padre, aunque su participación es importante en etapas anteriores en el desarrollo del niño, lo será de una manera significativa en la etapa edípica. Es así como se instaura el triángulo edípico: él niño, la madre –como objeto libidinoso– y el padre –al ser vivido como un rival ante el amor de la madre–. Y como consecuencia el complejo de Edipo, un fenómeno inconsciente, y que su resolución tendrá repercusiones en la vida del sujeto. Éste reaparece al entrar a la adolescencia.

“El incesto es libidinalmente castrador” (Dolto, 1983), la angustia de castración origina el complejo de Edipo y a su vez origina el complejo de castración. El niño teme al padre por su deseo sexual hacia la madre, y a la par siente culpa por querer destruirlo debido a que lo percibe como rival, aquí se forma el Superyó, división hipotética del aparato psíquico que resulta de la internalización de las demandas y normas de la sociedad en la que vive el sujeto (Díaz Portillo, 1990).

De acuerdo con Nasio (1996) el complejo de castración en el niño se da en cinco tiempos:

1. Todo el mundo tiene pene. Un tiempo preeliminar de las creencias infantiles, según las cuales no hay diferencia anatómica entre los órganos sexuales masculinos y femeninos.
2. En pene está amenazado. Una amenaza de castración, hay que recordar la parte simbólica de esta situación.
3. Hay seres sin pene, la amenaza, entonces, es real. Descubrimiento de la diferencia anatómica entre niño y niña.
4. La madre también es castrada, emergencia de la angustia. Componente importante en la emergencia de la angustia de castración. A pesar de haber descubierto que las niñas están castradas seguía pensando que la madre si tenía pene, una vez que la realidad muestra lo contrario la angustia de castración emerge.
5. Fin del complejo de castración y fin del complejo de Edipo. El niño acepta la ley a costa de salvar su pene, renuncia a la madre como objeto sexual.

En la niña el complejo de castración se da en cuatro tiempos, siguiendo la descripción de este autor:

1. Todo mundo tiene un pene. La niña ignora la diferencia anatómica entre niño y niña, ignora incluso su propio órgano genital.
2. “Fui castrada”. Descubrimiento del órgano genital masculino, ella no posee el órgano fálico. La presencia de un sentimiento de hostilidad hacia los varones.

3. La madre también fue castrada, resurgimiento de un odio hacia la madre. La madre es despreciada por la niña por no haber podido transmitirle los atributos fálicos. Esto se intensifica si la madre no le enseña a la niña a valorar su verdadero cuerpo de mujer.
4. Nacimiento del complejo de Edipo. Además de la adopción de tres posibles salidas del complejo de castración: desear tener un falo, no envidiar el pene o deseos de tener sustitutos del pene.

En el tercer capítulo de bosquejaron algunos matices que la resolución del complejo de Edipo presenta, tanto para los niños como para las niñas. Mientras, diferentes autores de posturas psicoanalíticas refieren que el declive del complejo de Edipo normal en el varón es una identificación con el padre y un sentimiento de orgullo por todo lo que ha logrado, esto pronostica un advenimiento de una pubertad sana.

En el caso de las niñas, ellas perciben que los niños tienen “algo” que ellas no. Ante tal evidencia, la primera reacción de la niña es desarrollar un sentimiento hostil hacia la madre por haberla hecho defectuosa, aquí “la niña puede, sin peligro para su sexualidad, identificarse con ‘la que no tiene’; la amenaza de castración fálica no tiene efecto” (Dolto, 1983). La angustia de castración mueve al niño a buscar defensas para zafarse de ella; en el caso de la niña, según los postulados analíticos, esto puede ser perjudicial, ya que puede impedir al Edipo instalarse normalmente: buscar al padre (buscar el falo que no tiene) y rivalizar con la madre. En pocas palabras, la niña tiene que aceptar que no tiene falo; una vez hecho esto desplaza hacia el cuerpo el interés por la zona erógena genital, de tal modo que ahora busca parecerse a su madre y agradecerles a ellos, hay quienes mencionan que es una forma de conseguir el falo perdido, un sustituto para poseerlo a través del otro. En el caso de ellas, la resolución no pronostica que sea favorable de acuerdo con Blos (1971), en “la niña no ocurre sino hasta la adolescencia, o quizá más tarde, con el nacimiento de un niño; o quizá nunca en una forma completa... El niño reprime en forma más radical sus deseos edípicos y adquiere, en consecuencia, un superyó más severo. Por el contrario, la niña reprime más fuertemente sus deseos pregenitales, lo que da por resultado el que su genitalidad se afirme en forma más rápida”.

Así, comprendemos la crisis de esta etapa según el desarrollo psicosocial de Erikson, iniciativa vs. culpa. La iniciativa se desarrolla cuando el niño, identificándose con la madre “hace” algo, pese a que sea para que la atención del objeto de amor regrese, comienza a realizar actividades por el mismo. La contraparte, la culpa, se produce en el momento en que el niño siente al progenitor del mismo sexo como rival y desea al del sexo opuesto, ésta se incrementa cuando los padres manejan esta situación sin comprensión, sin ayuda para canalizar la libido de su hijo a metas realistas y aceptadas por la sociedad. “La iniciativa da origen al *propósito*, fuerza básica que implica imaginar y perseguir metas” (Schultz & Schultz, 2010).

#### **1.2.4. Periodo de latencia**

El periodo de latencia, por lo regular, va de los 7 años a la entrada a la pubertad. La caracteriza “la adquisición de conocimientos necesarios a la lucha por la vida en todos los planos” (Doltos, 1983). El mecanismo de la sublimación tendrá un papel importante en este periodo. Lo menciona Freud (1905) de la siguiente manera: “durante este periodo de la latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual. El flujo de las pulsiones no cesa en este periodo, pero está en silencio porque no hay objeto, por lo tanto, no hay manifestaciones sexuales. El “empleo de la sexualidad infantil constituye un ideal pedagógico del cual el desarrollo del individuo se aparta casi siempre en algunos puntos, y a menudo en medida considerable” (Ibíd.). Los niños que en este periodo siguen manifestando prácticas sexuales será difícil su educación. De aquí, podemos derivar una fuente en los problemas de aprendizaje en los niños.

El periodo de latencia para la pubertad es muy significativo ya que “proporciona al niño los instrumentos necesarios, en términos del desarrollo del Yo, que le preparan para enfrentarse al incremento de los impulsos en la pubertad” (Blos, 1971). Se podría decir que el periodo de latencia nos hace esencialmente humanos, ayuda al Yo (con la adquisición de herramientas) a mediar las demandas del Ello –división hipotética del aparato psíquico, depositario de la energía pulsional que pone en movimiento al aparato

mental y contiene la expresión psíquica de las pulsiones, es totalmente inconsciente (Díaz Portillo, 1990)– y las demandas del Superyo. En otras especies cuanto el impulso instintivo se presenta busca el organismo ser satisfecho inmediatamente; en el caso del humano, la latencia con su adquisición de conocimientos y habilidades le ayuda a demorar o a sublimar las pulsiones, de lo contrario, es de esperarse que actué, sin esta fortaleza yoica, muy similar a los organismos evolutivamente inferiores al él.

Después de haber trazado un estadio edípico con actividades sexuales manifestadas, “la importancia y el valor de las *sublimaciones* de la fase de latencia son grandes. No solo porque es en esta época cuando se esbozan las características sociales del individuo, sino porque la manera en que un niño utiliza neurótica o normalmente este periodo hace que fije o no, exagere o haga desaparecer componentes arcaicos de la sexualidad y sus elementos perversos” (Dolto, 1983). Las sublimaciones son cambios en la finalidad o meta y en el objeto de la pulsión hacia fines y objetos socialmente valorados.

De acuerdo con Blos (1971) el periodo de latencia puede ser descrito “en términos de ‘reducción del uso expresivo del cuerpo como un todo, aumentando la capacidad para expresión verbal, independiente de la actividad motora”. Lo ideal en este periodo es que el niño obtenga una inteligencia desarrollada a través de diferenciar proceso primario de pensamiento del proceso secundario, empleando el juicio, la comprensión social, el altruismo, la generalización y la lógica; fortalezca su Yo para resistir a la regresión y a la desintegración por el impacto de situaciones en la vida cotidiana. El proceso primario de pensamiento es primitivo, regido por las leyes de la lógica arcaica cuya meta es la realización de los deseos, mientras que el proceso secundario de pensamiento labora con conceptos, en el preconscious o en el consciente, corresponde a las actividades y procesos del Yo. “Con el despertar de la pubertad, las malas adquisiciones sociales... harán difícil la expansión, porque el niño no podrá legítimamente tener confianza en si mismo” (Dolto, 1983).

La entrada a la escuela, en México el periodo de educación primaria, beneficia al niño porque entra en contacto con influencias culturales y sociales, lo ideal sería que éste (sea niño o niña) en este periodo adquiriera hábitos de trabajo, desarrolle destrezas en

casa y primordialmente fuera de ella. Para Erikson esto correspondería a la laboriosidad. Su contraparte sería desarrollar en el niño un sentimiento de inferioridad ante tales situaciones. La situación que genera el complejo de Edipo, por lo regular no concluida antes de la latencia, genera que los niños aún tengan prácticas sexuales, impidiendo una buena formación cultural e intelectual, aunado al poco apoyo que reciben en la escuela y en casa, es comprensible que estos desarrollen desde entonces un sentimiento de no ser bueno para la escuela, presentado problemas en el aprendizaje. Laboriosidad vs. inferioridad sería la crisis, según las etapas de desarrollo psicosocial. “La *competencia* es la fortaleza básica que se origina con la laboriosidad durante el periodo de latencia. Implica ejercitar la habilidad y la inteligencia para desempeñar y terminar tareas” (Schultz & Schultz, 2010).

### **1.3. Desarrollo biológico en la adolescencia**

La entrada a la adolescencia está marcada por los diversos cambios a los cuales se enfrenta el sujeto alrededor de los 10 u 11 años, en mujeres es posible que aparezcan un poco antes de los 10 años. Los cambios a nivel biológico se desencadenan por la comunicación del hipotálamo, una estructura que se encuentra en la base del encéfalo, y regula la ingesta de alimento, bebida y el sexo; la hipófisis, glándula endocrina que controla el crecimiento y regula el funcionamiento de otras glándulas; y las gónadas, órganos sexuales, testículos en varones y ovarios en mujeres.

La hipófisis envía señales a través de las gonadotropinas –hormonas que estimulan a los testículos y a los ovarios– a las glándulas correspondientes para que fabriquen sus respectivas hormonas (Santrock, J., 2004). La hipófisis, a través de la interacción con el hipotálamo, detecta cuando se alcanza un nivel óptimo de hormonas y reacciona para modificar la secreción de gonadotropinas. Además, la hipófisis en interacción con el hipotálamo también secreta hormonas que estimulan el crecimiento y la maduración esquelética.

Entre los 7 y 9 años las glándulas suprarrenales (localizadas sobre los riñones) secretan niveles gradualmente crecientes de andrógenos, que participan en la aparición

de los caracteres sexuales secundarios como el vello púbico, axilar y facial; así como en el crecimiento corporal, en el incremento de la grasa en la piel y en el desarrollo del olor corporal.

Parece ser que cierta cantidad de grasa corporal en este momento de la vida influye en el desencadenamiento de todos estos cambios. Así lo manifiesta Papalia (2010), “el momento preciso en que empieza esta ráfaga de actividades hormonales parece depender de que se alcance la cantidad de grasa corporal que se necesita para la reproducción exitosa”. Como las niñas son las que presentan un porcentaje más alto de grasa corporal y un aumento de peso entre los 5 y los 9 años suelen mostrar un desarrollo puberal más temprano.

### **1.3.1. El cerebro adolescente**

Durante la adolescencia el cerebro no deja de crecer, en la pubertad y la adultez temprana hay cambios espectaculares en las estructura cerebrales involucradas en las emociones, el juicio, la organización de la conducta y el autocontrol.

Hay una diferencia, en comparación con los adultos, en el procesamiento de la información relativa a las emociones en los adolescentes. En el individuo, entre 11 y 13 años, hay una mayor actividad en la amígdala, estructura encefálica que tiene importante participación en las reacciones emocionales e instintivas. Aquellos que se ubican entre 14 y 17 años tienen ya patrones similares a los adultos, usan los lóbulos frontales, encargados de la planeación, el razonamiento, el juicio, la regulación emocional y el control de impulsos. Un cerebro inmaduro permite sentimientos que anulan la razón e impide que se preste atención a las advertencias del medio. Hay que considerar lo anterior cuando se desarrollen programas que fomenten la prevención de conductas de riesgo en adolescente, lo último a lo cual ellos prestan atención son a las advertencias del adulto, y más cuando en este periodo se presenta una lucha para independizarse de éste. El subdesarrollo de los sistemas corticales frontales, asociados a la motivación, la impulsividad y a la adicción ayuda a comprender porque los

adolescentes tienden a buscar emociones y novedad, a muchos se les dificulta enfocar metas a largo plazo (Papalia, D., 2010).

Durante la adolescencia continua el incremento de materia blanca –fibras nerviosas mielinizadas– en los lóbulos frontales. Además, de que la poda de conexiones dendríticas –un proceso que aumenta la eficiencia del cerebro–, de aquellas que no se utilizaron en la niñez, comienza de las partes posteriores del cerebro hacia adelante, lo cual no se ha alcanzado los lóbulos frontales para adolescencia, por lo tanto, hay una baja eficiencia de estas estructuras cerebrales. Pero es en este momento de la vida donde se establecen casi el doble de conexiones sinápticas de las que se utilizaran en toda la vida. Aquellas que se utilizan se refuerzan y perduran, pero las que no, desaparecen o son sustituidas por otras vías.

### **1.3.2. El aspecto biológico de la pubertad**

La pubertad tiene lugar en dos fases, que están vinculadas con los cambios hormonales: la adrenarquía y la gonadarquía. La primera implica la maduración de las glándulas suprarrenales, es el proceso que brevemente se describió arriba, ocurre entre los 7 y 9 años, éstas glándulas secretan andrógenos durante la adrenarquía y durante el resto de la pubertad. La gonadarquía consiste en la maduración sexual y el desarrollo de la madurez reproductora, ocurre aproximadamente entre los 9 y 10 años en las niñas, y entre los 10 y 11 años en los niños. La culminación de la gonadarquía se denomina en las niñas *menarquía* –primer periodo menstrual–, y en los niños *espermaquía* –primera eyaculación de semen–. Pese a que la literatura maneja edades aproximadas para la aparición de estos fenómenos en la pubertad, depende de la composición genética, el tipo de alimentación, por el porcentaje de grasa corporal, e inclusive la raza también juega como factor para que aparezcan antes o después.

El estirón del crecimiento es también un fenómeno puberal notorio, y la familia se percata fácilmente de este cambio. “Conforme avanza la infancia, el crecimiento se va enlenteciendo, hasta que irrumpe la pubertad con el crecimiento más rápido desde la primera infancia” (Santrock, J., 2004). Por lo regular, el estirón asociado a la pubertad

ocurre en la niñas dos años antes que en los niños, suelen ser entre los 9 y 12 años más fuertes, pesadas y altas que los niños de su misma edad. El patrón de ganancia de peso durante la adolescencia sigue el mismo ritmo evolutivo que la estatura. En la pubertad existe también un acentuado aumento de peso.

Como vimos, a partir de la etapa fálica el desarrollo del niño es diferente al de la niña; pero en relación a los cambios físicos es aquí, en la pubertad, donde se remarcan las diferencias. En los niños los cambios consisten en un incremento del tamaño del pene y los testículos, aparición del vello púbico (al principios lacio y sedoso, con el tiempo se vuelve grueso, oscuro y rizados) y axilar, cambios menores en la voz y la primera eyaculación. Un niño se hace más grande en general, se ensanchan sus hombros, sus piernas más largas en relación con el tronco y sus antebrazos son más largos en relación a la parte superior del brazo. En las niñas aumenta el tamaño de los pechos, crece vello púbico y axilar, ensanchamiento de las caderas (para facilitar la maternidad) y acumulan capas de grasa. Estos cambios están regidos por su propio programa, lo que resulta que algunas partes del cuerpo estén fuera de proporción por un tiempo.

La adolescencia es un momento crítico para la salud debido a que el individuo experimenta una sensación de escasa vulnerabilidad, que les hace pensar que la mala salud no entrará nunca en sus vidas o, si lo hace, se recuperarán rápidamente.

#### **1.4. Desarrollo psíquico en la adolescencia**

Hasta el momento hemos visto como el sujeto que se encamina hacia la adolescencia ha pasado ya por situaciones de crisis, de ajuste con el medio para seguir con su crecimiento de una manera armoniosa, del mejor modo posible. Sin embargo, hay una crisis que se acentúa e incluso revive aquellas anteriores. Los cambios físicos puberales son los que darán punto de partida a la crisis de la adolescencia. Como se mencionó anteriormente este concepto implica más un aspecto psicológico de ajuste, que encamina al sujeto a la madurez; en palabras de Ramón de la Fuente (1992) la adolescencia es, literalmente hacerse adulto. Y la crisis que implica se debe a que la madurez biológica, regida por los cambios puberales, se completa antes que la

psicológica, de tal manera que estas tendencias biológicas poderosas son confiadas a un organismo que todavía no está preparado para ello. De ahí que sea un trabajo constante sobre los impulsos instintivos durante esta etapa, que mantiene sumergido en cierta angustia al sujeto adolescente.

Dentro de la literatura con relación a la madurez sexual son muy estudiados los cambios físicos durante la pubertad, pero fue hasta que el psicoanálisis exploró y sistematizó la psicología de la niñez temprana cuando se pudo entender el aspecto psicológico de ésta (Blos, 1971).

#### **1.4.1. El aspecto psicológico de la pubertad**

La gran importancia de la infancia y la niñez temprana en el desarrollo adolescente de todo individuo radica en que esta etapa es la continuación del desarrollo psicosexual, que fue suspendido por el periodo de latencia. Los cambios biológicos de la pubertad provocan que resurjan los impulsos sexuales instintivos. Las manifestaciones físicas de la madurez sexual reorganizan al Yo. Es por ello que la pubertad antecede a la adolescencia, ya que es en ésta donde se elaboran los procesos psíquicos a las condiciones de la pubertad, procesos de ajuste.

Para Freud (1905), la pubertad lleva la vida infantil a su conformación normal definitiva. Si bien en el periodo de latencia había actividad pero no metas sexuales, aquí es dada una nueva meta sexual, para alcanzarla todas las pulsiones parciales cooperan, las zonas erógenas que tuvieron su primacía en la infancia y la niñez temprana se subordinan al primado de la zona genital. Durante el periodo de latencia tanto el niño como la niña deben aprender a manejar la realidad y sublimar los instintos, si no se logra esto muy posiblemente el sujeto será afectado en gran medida por los impulsos puberales.

Una vida sexual normal, en palabras de este autor, está garantizada por la exacta coincidencia de dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexual: la tierna y la sensual. La primera reúne los residuos del temprano florecimiento infantil de la

sexualidad. La segunda es un mundo máximo de placer, que ahora se vuelve altruista. “Para que esta trasmutación se logre con éxito, es preciso contar con las disposiciones originarias y todas las peculiaridades de las pulsiones” (Ibíd.).

El desarrollo de los genitales ha avanzado hasta el punto de ofrecer productos genésicos; aunque Freud solo concede este nombre a los del varón, los productos de la mujer también participan en la gestación de un nuevo ser. Este aparato debe ser puesto en marcha mediante estimulación, ya sea recibida por el medio, desde el interior del organismo e incluso desde la vida anímica. Por los tres caminos se provoca un estado que se define como “excitación sexual” y se da a conocer por un signo anímico que consiste en un peculiar sentimiento de tensión; y signos corporales, entre ellos la alteración de los genitales.

Las zonas erógenas se internan en el nuevo orden genital. La excitación de una parte del cuerpo aumenta la excitación sexual, por lo tanto, se suman las excitaciones de las zonas erógenas. El aumento de la tensión sexual se convierte en el más nítido displacer si no se le permite procurar un placer ulterior. Entonces lo que deberíamos encontrar es una cadena de placer–excitación sexual–placer, si queremos evitar el sentimiento displacentero por aumento de la tensión. En conjunto las zonas erógenas, mediante su adecuada estimulación, brindan un cierto monto de placer; arrancando así el incremento de la tensión. La estimulación de las zonas erógenas Freud las llamó *placer previo*. La última pieza que falta es la estimulación de la zona erógena genital, este último placer es el máximo por su intensidad, es el *placer final*, es el que elimina temporalmente la tensión de la libido. “El placer previo es, entonces, lo mismo que ya podía ofrecer, aunque en escala reducida, la pulsión sexual infantil; el placer final es nuevo, y por tanto probablemente depende de condiciones que solo se instalan con la pubertad” (Ibíd.). El peligro que se presenta aquí es que el placer previo demuestre ser demasiado grande o demasiado escaso a la contribución de la tensión. Ahora es comprensible como estos brotes de crecimiento en la pubertad y en la adolescencia van acompañados de estados emocionales.

Los cambios físicos que ocurren durante la pubertad son marcados y visibles, lo que induce a que el sujeto compare su propio desarrollo corporal con el de sus pares.

Además, de que en este momento de la vida los cambios físicos tomas, en ocasiones, rasgos del sexo opuesto, Blos (1971) afirma que “los niños se preocupan mucho más (y también sus padres) cuando manifiestan características inapropiadas a su sexo”. Anteriormente se mencionó la importancia que el varón concede al pene, todo lo simbólico que implica tener este órgano. Muy probablemente, el temor de los púberes a tener características femeninas se asimila a la fantasía de la castración fálica, es decir, temen que se les quite, por dicha condición, lo que la sociedad ha otorgado al varón, entre otras cosas poder y privilegios.

La conducta en esta edad es un fenómeno complejo ya que en la pubertad hay una reorganización del Yo y de las pulsiones libidinales. Con la ayuda de los ritos de iniciación esto puede facilitarse, sin embargo, sin no los hay la autoimagen del púber pierde claridad y cohesión. La pérdida de ritos de iniciación, como formas culturales, ha originado que hoy en día los adolescentes se vivan más confundidos y desorientados. “Los ritos de iniciación...dan fe del hecho de que en la pubertad ocurre una profunda reorganización del Yo y de las posiciones libidinales; y algunas sociedades proveen modelos en los que el adolescente puede normar su resolución personal...La designación de un rol y un nuevo status ofrece al adolescente una autoimagen...” (Ibíd.).

Entonces la pubertad dará inicio a la adolescencia para que el sujeto se ajuste a los cambios físicos que terminarán muchos antes que los psicológicos. También es una etapa que permite al sujeto resolver antiguos conflictos, “los procesos regresivos de la adolescencia permiten la reconstrucción de desarrollos tempranos defectuosos o incompletos; nuevas identificaciones y contraidentificaciones juegan un papel importante en esto” (Ibíd.). La adolescencia puede ser tan benéfica que incluso reorganiza estructuras base de la personalidad, ya que en esta etapa todo puede volver a ser puesto en cuestión. Bergeret, J. (1983) afirma esto en relación a un línea de estructuración psicótica de la personalidad, “el sujeto todavía conservaría en este periodo una pequeña posibilidad de que el eje de evolución de su Yo abandonara la línea psicótica, no totalmente fijada, y que su progresión ulterior cuajara en el marco de una estructura neurótica, a partir de ese momento definitivo”. Sin embargo, la

posibilidad de que esto suceda es baja, precisamente por las condiciones que enfrenta el individuo que se está estructurando de esta manera. Entonces, esta etapa es una oportunidad para resolver conflictos y re-significar la niñez, y por ello mismo hay quienes dicen que la adolescencia es un segundo nacimiento.

#### **1.4.2. Despertar de la genitalidad.**

Para seguir de forma esquemática el desarrollo libidinal que propuso el pionero del psicoanálisis, la etapa genital es la última. Sus características ya se han descrito implícitamente cuando se tocó el tema de lo que sucede en la pubertad a nivel biológico y psicológico. Hay que considerar que Freud extendió este concepto de tal forma que se podría pensar que el establecimiento de la genitalidad ocurre durante todo el periodo adolescente y no sólo durante la pubertad. Ocurre que las pulsiones siguen su curso después de un periodo de latencia que ayudan a sublimar, a manejar de una manera socialmente aceptada las pulsiones. El retorno de la energía libidinal a la zona erógena genital sucede con los cambios biológicos de la pubertad. Jóvenes alrededor de los 10 u 11 años empiezan una búsqueda para satisfacer sus necesidades eróticas y personales fuera del entorno familiar. Si el niño curso una latencia fructífera, posiblemente la etapa adolescente les será menos conflictiva.

“La energía sexual que presiona para encontrar expresión en los años de la adolescencia se libera, cuando menos en parte, por medio de sustitutos socialmente aceptables y, más adelante, de una relación adulta seria” (Schultz & Schultz, 2010). La personalidad genital encuentra satisfacción en el amor y en el trabajo, forma sublimada de los impulsos del Ello.

Lo que tienen los jóvenes ahora es “la tarea de *aprender a centrar* su ternura y sus emociones sexuales en un *mismo ser*, como en los tiempos de su infancia olvidada.” (Dolto, 1983).

Si bien se puede llamar etapa genial una vez que la energía libidinal recae en la zona erógena genital, de acuerdo con Erikson (1980) la genitalidad es algo más allá que la

simple descarga de los productos sexuales. Ésta “combina la madurez de una íntima reciprocidad sexual con una plena sensibilidad genital y una capacidad para la descarga de tensión por parte de todo el cuerpo”, el factor *altruista* es de suma importancia para la satisfacción plena de la genitalidad.

### 1.4.3. Etapas de la adolescencia

“La problemática de la adolescencia comienza con los cambios corporales” (Aberatury y Knobel, 1987), en ella una voluntad biológica va imponiendo un cambio, el niño debe renunciar en esta etapa al cuerpo y a las relaciones objetales infantiles. Es cierto que la duración de la adolescencia está determinada por la cultura, entre otros factores; sin embargo, es un periodo que comprende aproximadamente de los 11 a los 23 años. La preparación académica en ocasiones rige la duración de esta etapa de la vida. En consecuencia, por ser un periodo que dura una década de vida, hay autores que han podido dividirla en subetapas. Gonzales Núñez (2001) refiere a dos autores principales que han hecho esta labor; por un lado Peter Blos (1971) quien la divide en:

- Preadolescencia, aproximadamente de 9 a 11 años.
- Adolescencia temprana, aproximadamente de 12 a 15 años.
- Adolescencia propiamente dicha, aproximadamente de 16 a 18 años.
- Adolescencia tardía, aproximadamente de 19 a 21 años.
- Postadolescencia, aproximadamente de 22 a 25 años.

Y por otro lado está Gerald Pearson (1970), quien la divide en:

- Periodo prepuberal, aproximadamente de 10 a 13 años.
- Periodo puberal, aproximadamente de 13 a 16 años.
- Periodo pospuberal, aproximadamente de 16 a 19 años.

Es conveniente recordar que la edad es un aproximado, lo que nos muestra la ubicación en una u otra etapa son los procesos que vive el sujeto adolescente. “Es importante registrar estas diferentes etapas para darse cuenta de que en cada una de ellas se verifican diferentes procesos desde el punto de vista del desarrollo y de la

evolución interna del sujeto” (González Núñez, 1989). Para ello se tomará en consideración las etapas propuestas por Peter Blos.

## **Preadolescencia**

Este estadio coincide con el periodo puberal. Durante la preadolescencia hay un aumento cuantitativo de la presión instintiva, las pulsiones que se reprimieron, e incluso se sublimaron durante la latencia, reaparecen. Aquí cualquier experiencia puede transformarse en estímulo sexual, “el estímulo al cual el muchacho preadolescente reacciona con una erección; no es específica ni necesariamente un estímulo erótico lo que causa la excitación genital, sino que ésta puede ser provocada por miedo, coraje o por una excitación general” (Blos, 1971). La función genital en este momento actúa como descarga no específica de tensión, que es la característica que el sujeto ha venido mostrando en la niñez y que aspira a que adquiera gradualmente una sensibilidad exclusiva.

Esta situación lleva a un resurgimiento, además de las pulsiones, de la pregenitalidad. De ahí radica la importancia de tomar en consideración las etapas previas a la pubertad y adolescencia cuando se quiera indagar sobre un conflicto en cualquier sujeto adolescente. Así lo demuestra Viloría Rivera (2009), que a través de la presentación de un caso clínico ilustra cómo durante la adolescencia reaparecen y se re-editan vivencias infantiles muy tempranas, añadiendo además que éstas parecen tener relación con algún tipo de experiencia sexual muy intensa.

El niño al entrar a la adolescencia es entonces más inaccesible, más difícil de enseñar y controlar. “Todo lo que se ha obtenido a través de la educación en los años anteriores en términos de control instintivo y conformidad social parece que está camino a la destrucción” (Blos, 1971). Ahora se entiende el porqué de la existencia de un sujeto preadolescente (puberto) conflictuado, manifestado diferentes síntomas transitorios, ya que no solamente tiene que lidiar con la asimilación de su cuerpo en transformación y con los procesos psíquicos desencadenados para ajustarse a esos cambios, sino además con la revivencia de situaciones pregenitales; es posible que el grado de

problemas académicos e interpersonales del muchacho en esta edad tenga una relación con los cambios que está sufriendo a nivel biológico, psicológico e interpersonal.

Desde la etapa fálica, el niño y la niña llevan un desarrollo por separado; en la preadolescencia hay un aumento cuantitativo de sus impulsos en el muchacho; para Peter Blos es más correcto hablar del aumento de los impulsos solamente en él, tal que conduce a una catexis indiscriminada de la pregenitalidad; es decir, aparecen conductas que en la infancia y en la niñez temprana le resultaron adaptativas, como gran inquietud motora, actitudes sádicas, actividades anales (lenguaje obsceno, rechazo por la limpieza, realización de ruidos onomatopéyicos) y juegos fálicos exhibicionistas, juegos de “haber quién puede...” o “yo puedo hacer esto mejor que tu”. La muchacha se dirige más directa hacia el sexo opuesto. En ella la pregenitalidad también se revive, por lo que para este autor es un prerrequisito la represión masiva de pregenitalidad para el desarrollo normal de la feminidad. La exageración de sus deseos heterosexuales se debe a una falla en la represión del material pregenital.

La interacción entre los sujetos hombre-mujer, considerando esta dinámica dentro de cada uno origina que ellos teman y enviden a ellas, y ellas se comporten como ellos como mecanismo defensivo en contra de la regresión. Así lo expresa González Núñez (1989), “los muchachos son hostiles ante sus compañeras, las atacan, tratan de evitarlas y se vuelven presumidos y burlones. En realidad, intentan negar su angustia más que establecer una relación con ellas. La angustia de castración reaparece y los conduce a llevarse con compañeros del mismo sexo”; la reaparición de esta angustia les produce una envidia hacia ella, identificarse con una mujer les alivia la angustia de castración que refiere a la madre fálica. Esta angustia de castración es alimentada por el modo de comportarse de las muchachas; sin embargo, ellas actúan y tienen una actitud masculinoide que testifica sólo su renuencia a la regresión, a su fantasía infantil de protección materna, de demandas infantiles de amor. Mientras el muchacho reacciona a la angustia de castración y actúa alejándose de ellas, como mecanismo defensivo, juntándose solamente con personas de su mismo sexo, lo que es considerado como un periodo de relaciones homosexuales, que igual le generan cierta

angustia. La muchacha se acerca a ellos tratando de imitarlos, también como mecanismo defensivo. Ella al mostrarse agresiva u hostil, representa para ellos a la madre fálica castrante. Y “el hecho de que la muchacha promedio entre 11 y 13 años sea más alta que el promedio de los muchachos de esta edad solamente acentúa esta situación” (Blos, 1971), lo físico ayuda al conflicto psíquico.

Por otro lado, ahora la curiosidad sexual cambia de la anatomía y contenido a la función y al proceso. “Es la preocupación (consciente o preconsciente) con los órganos sexuales, su función, integridad y protección, y no la relación de estos con situaciones amorosas y su satisfacción lo que sobresale en las construcciones de juego en los preadolescentes” (Ibíd.), el realizar chistes por parte de ellos en relación con los caracteres sexuales secundarios evidencia esta preocupación. Bien existe la presencia del interés por sus órganos genitales y su función, su cuerpo está mistificado, por lo que les produce curiosidad y a la vez pudor los temas relacionados con su sexualidad.

Los afectos en la preadolescencia están relacionados con el aumento cuantitativo de la presión instintiva. El resurgimiento de la pregenitalidad tiene como consecuencia el surgimiento de sentimientos de envidia, rivalidad y coraje en del muchacho como en la muchacha, debido al temor de involucrarse de nuevo con la madre preedípica (González Núñez, 2001). Todo esto provoca que el afecto se manifieste descontrolado y no regulado, por medio de síntomas transitorios: miedos, fobias, tics nerviosos, manías, dolores de cabeza y de estómago e incluso conductas regresivas adaptativas, por ejemplo chuparse el dedo.

### **Adolescencia temprana**

La defensa en contra de la regresión hacia la madre preedípica origina que los muchachos y las muchachas busquen en forma intensa objetos libidinales extrafamiliares; de esta manera inicia la separación de las ligas objetales tempranas. La característica principal “de la adolescencia temprana radica en la falta de catexis en los objetos de amor incestuosos, y como consecuencia encontramos una libido que flota libremente y que clama por acomodarse” (Blos, 1971).

Una de las consecuencias de la falta de catexis es la disminución de la eficiencia del Superyó, esto deja al Yo sin su dirección, éste ya no puede depender de la autoridad del primero para mediar entre los impulsos del Ello y el mundo externo, por lo que sus esfuerzos son torpes y deficientes. Hay que recordar que el Superó se formó por la autoridad de los padres, ahora que el adolescente temprano se separa objetivamente de ellos es entendible que el Superyó pierda fuerza. Los valores, las reglas y las leyes morales se han hecho sintónicas con el Yo, han adquirido cierta independencia de la autoridad parental. Aquí es donde juega un papel importante las adquisiciones culturales que ocurrieron durante la latencia, y pese a que estuvieron en amenaza de destrucción en la preadolescencia, ayudarán en este momento al Yo que se encuentra distanciado del Superyó. “A pesar de todo, durante la adolescencia temprana el autocontrol amenaza con romperse y en algunos extremos surge la delincuencia” (Ibíd.), depende del grado de empobrecimiento del Yo y del grado de la necesidad de un nuevo objeto libidinal. González Núñez (1989) reafirma las palabras de Peter Blos, “La intensidad con la que viva la separación de sus objetos tempranos estará determinada no sólo por el aumento y la variación de ritmo de la tensión instintiva, sino fundamentalmente por la capacidad del Yo para defenderse de esta angustia”

Para Aberastury y Knobel (1987), este proceso de separación de las figuras objetales tempranas es uno de los tres duelos que el adolescente tiene que enfrentar y elaborar, el duelo por los padres de la infancia, además del duelo por el cuerpo infantil y el duelo por la identidad y el rol infantil. Tal situación provoca un empobrecimiento del Yo, que produce en el sujeto adolescente una sensación de vacío, de tormento interno. Parecería ser que la libido flotante necesita ser depositada sobre algún objeto (fuera del ambiente familiar), esto produce una considerable angustia durante la adolescencia temprana. En palabras sencillas estos autores refieren que “la desidealización de las figuras parentales lo sume en el más profundo desamparao”. Aclarando una vez más que el grado de esta angustia estriba en el grado de necesidad de un nuevo objeto y del grado de fortaleza yoica para enfrentar esta situación.

Los amigos en este momento serán los objetos más cercanos sobre los cuales sea depositada esa energía libidinal flotante, “la perdida de interés del adolescente respecto

a los objetos de amor familiares –falta de catexis hacia éstos– hace que sus amigos adquieran una enorme importancia” (Ibíd.), sin embargo, la elección de objeto en la adolescencia temprana sigue el modelo narcisista (Blos, 1971). Las amistades del muchacho tienen como base una idealización del amigo, algunas características en el otro son admiradas y amadas porque constituyen algo que el sujeto mismo quisiera tener, y por medio de la amistad él las posee. Así, se da una nueva formación psíquica dentro del Yo, el Ideal del Yo, que remueve al Superyó de su posición segura, absorbe la libido narcisista y homosexual, y es una agencia psíquica que da una nueva dirección y significado, capaz de regular y mantener la autoestimación (equilibrio narcisista). El Ideal del Yo le sirve al sujeto adolescente para proyectar ante sí su ideal, es un sustituto del narcisismo perdido de la niñez en el cual él era su propio ideal.

En la muchacha, la amistad juega igualmente un papel importante. Lo que diferencia esta idealización de la que hacen los muchachos es que en ellas esta relación aparece en su forma natural, no adulterada. Así como en la preadolescencia la muchacha reprime menos sus impulsos, aquí esta tendencia a idealizar a otra mujer se muestra más natural. La influencia cultural de que la mujer puede expresar más lo que siente que el hombre puede ser un factor para que exista esta diferencia en la relación de amistad durante la adolescencia temprana. Helen Deustch (1944) citada por Blos (1971), expresa esto de la siguiente manera: “la presencia de una tendencia bisexual intensa, un poco antes de los conflictos de la adolescencia..., está menos reprimida en las muchachas que en los muchachos”. En la preadolescencia en ellas si se observa un acercamiento hacia los muchachos, es por ello que la tendencia en este momento es bisexual: hay un intento para acercarse a los muchachos y una amistad ideal y erotizada con las muchachas. A diferencia de ellos, que presentan una tendencia homosexual, ya que evaden el acercamiento hacia ellas en la preadolescencia y la amistad idealizada en este momento intensifica su acercamiento a ellos. “La muchacha reprime menos su tendencia bisexual y muestra más fácilmente su masculinidad; el muchacho, en cambio, niega y se avergüenza de su femineidad” (González Núñez, 1989).

También la posición bisexual de la muchacha está relacionada con el narcisismo, para Peter Blos (1971) “el pene ilusorio se mantiene como una realidad psíquica para proteger a la muchacha en contra de la vaciedad narcisista”. Me atrevo a considerar que este autor utilizó el concepto pene, dejando implícito el valor simbólico; el falo es lo que le permite a ella protegerse de tal vaciedad. Esta condición termina si la muchacha vacía en todo su cuerpo la parte de la libido narcisista que ha estado ligada con la imagen bisexual corporal, y disponerse para ser completada a través del amor heterosexual.

Anteriormente se mencionó que la adolescencia era una segunda oportunidad para resolver conflictos en virtud de regresiones adaptativas. La preadolescencia revive la identificación, en el caso del muchacho, con la madre fálica (activa); en este momento, de acuerdo a los postulados psicoanalíticos, él “debe” renunciar a esa identificación y al efecto colateral de esto, tener un hijo, sublimándolo en el trabajo creativo. Durante la adolescencia temprana, en la muchacha reaparece inconscientemente la imagen bisexual, motivada por el deseo inconsciente de tener un falo, que la mantiene con cierto sentido de vida, evita la vaciedad narcisista. Pero en este estadio, ella “tiene” que desasarse de esa imagen bisexual, y esperar que a través del amor heterosexual sea completada y le sea proporcionado el falo deseado.

### **Adolescencia propiamente dicha**

Un segundo proceso de individuación se consolida durante esta fase, por fin ocurre el desprendimiento de los objetos infantiles de amor, que anteriormente mediante mecanismos defensivos ha tratado de realizar. En este momento la vida emocional del sujeto adolescente se vuelve más intensa, más profunda y con mayores horizontes. Al parecer para Peter Blos esta etapa es crucial, junto con la siguiente para la transformación del sujeto en adulto, forjando un individuo integrado, con una constancia emocional y estabilidad en su autoestima.

La búsqueda de relaciones de objeto extrafamiliares asume aspectos nuevos, originados por el cambio de catexis a un nuevo objeto que altera la economía libidinal,

la gratificación ahora ya no se busca en sí mismo sino en ese objeto, deja de lado la gratificación narcisista; comienza a acceder al contacto con el nuevo objeto en la medida en que el temor a la castración se disuelve y mecanismos adaptativos contrarrestan las fuerzas regresivas. En pocas palabras, en la medida en que se ponga fin al desprendimiento de las ligas objetales tempranas se accederá a un nuevo objeto libidinal, pese a esto, siempre quedarán huellas de estas ligas que participen en la relación con éste. La alteración de la economía libidinal la ejemplificó Blos (1971) con las palabras de un sujeto de 15 años: “Tan pronto como tengo a una muchacha en la mente no tengo que comer como marrano o masturbarme todo el tiempo”.

En la fase anterior la libido flotante llevó al muchacho a una elección narcisista de objeto; también en la muchacha sólo que con un matiz diferente. En la adolescencia propiamente dicha en ambos sexos hay un aumento en el narcisismo. Es conveniente hacer una diferencia entre la elección de objeto narcisista, que se dio en la fase anterior; las defensas narcisista, que son ocasionadas por la inhabilidad de dejar a la figura paterna gratificante; y la etapa narcisista transitoria. Ésta es la consecuencia de la decaetaxis en las figuras objetales tempranas y normalmente precede al encuentro con el nuevo objeto. Ahora que la gratificación narcisista derivada del amor parental ha cesado gracias a decaetaxis de estas figuras objetales, el Yo se cubre con la libido narcisista que es retirada de éstas y lleva a una sobrevaloración del ser, a una sensibilidad extraordinaria –se entiende, por lo tanto, porque en el adolescente las emociones son tan intensas– y a un engrandecimiento; surge de esto un adolescente arrogante y rebelde, desafiante de reglas y burlón de la autoridad de los padres. Esta concentración en sí mismo origina en cierta medida una pérdida de contacto con la realidad. Sin embargo, “el resultado final de éste último cambio catéctico debe ser que el yo desarrolla la capacidad de asegurar, sobre la base de una ejecución realista, esa cantidad de abastecimiento narcisista que es esencial para el mantenimiento de la autoestima” (Ibíd.), ese abastecimiento de narcisismo mediante el contacto con la realidad lo promueve el medio, la familia como primera instancia.

En el adolescente se observa un hambre de objeto y a la vez un deseo avaro que le lleva a uniones e identificaciones superficiales e inconstantes. Para Aberastury y Knobel

(1987) estas identificaciones son “expresiones manifiestas de lo que se quisiera ser o pudiera ser y que ocultan la identidad latente, la verdadera”; éstas pueden ser transitorias: adoptadas durante un cierto tiempo; ocasionales: las que se dan frente a situaciones nuevas; y circunstanciales: las que conducen a identificaciones parciales transitorias que suelen confundir al adulto. Todas ellas dejarán algo en el adolescente hasta que llegue a aquella donde pueda decir “este soy yo”.

González Núñez (1989) sintetiza las palabras de Peter Blos, donde expresa la gran importancia que tiene este momento de la vida, esta fase de la adolescencia, donde “los conflictos internos alcanzan el máximo desarrollo, y resulta imposible predecir el resultado final”. Si ubicamos en un contexto real estos procesos y recordamos la edad en la que se ubica esta fase (entre los 16 y 18 años aproximadamente), por el abrumador anhelo de amor, consciente o inconscientemente llegan a cometer muchas cosas. Por lo regular, las chicas se arreglan y se comportan con cierta intensidad, de tal manera que llamen la atención del chico de su interés; y los chicos se acercan a ellas gradualmente, y en algunas ocasiones llaman la atención de ellas mediante alguna actividad donde luce su narcisismo, donde muestra lo que él puede hacer, ésta puede ser algún deporte o una actividad artística, en el mejor de los casos. Pero hay otros que para obtener este amor se involucran en conductas de riesgo, como en la promiscuidad, en la delincuencia y en las adicciones.

De acuerdo con Blos (1971) la adolescencia propiamente dicha se describe en términos dos estados afectivos intensos: el duelo y el enamoramiento. La elaboración del duelo es esencial para el logro de la liberación de ligas objetales tempranas, este proceso de duelo o duelos los describe en mayor detalle Aberatury y Knobel (1987). El aspecto de estar enamorado, situación que es frecuente y muy visible en el sujeto adolescente, es señal de acercamiento libidinal a nuevos objetos, y la idealización de ese nuevo objeto de amor se debe a la catexis en éste con libido narcisista (Blos, 1971). Ese primero objeto de amor extrafamiliar probablemente tenga características idealizadas propias o de las figuras parentales.

La fantasía tiene un papel central en la relación con el nuevo objeto. “Esta crisis intensa la soluciona transitoriamente huyendo del mundo externo, buscando refugio en

la fantasía, en el mundo interno, con un incremento paralelo de la omnipotencia narcisista y de la sensación de prescindencia de los externo. De este modo crea para sí una nueva plataforma de lanzamiento desde la cual podrá iniciar conexiones con nuevo objetos del mundo externo y preparar la acción” (Aberastury y Knobel, 1987). Blos (1971) refiere las palabras de Helen Deutsch (1944) en relación con este tema, que enfatiza la importancia de la fantasía en el proceso adolescente, donde la imaginación es experimentada como realidad.

En esta etapa de la adolescencia, en un cuerpo físico sexualmente maduro, debe haber relaciones de objeto estables con ambos sexos, fuera de la familia y una identidad sexual irreversible, de igual manera la polaridad “masculino” y “femenino” se fija irreversiblemente en esta fase. Es muy probable que el o los nuevos objetos de amor ayuden a esta consolidación.

La revivencia de situaciones preedípicas y edípicas durante la adolescencia, la fuerza regresiva a seguir recibiendo amor y protección de la madre fálica, el temor a la castración y la posición bisexual, no tiene soluciones ideales. “Se puede decir que a través de la formación de una familia nueva el joven adulto crea una constelación emocional con la ayuda de la cual él espera dominar cualquier remanente edípico que amenace con reaparecer” (Ibíd.). Ahora, ¿esta solución incompleta del complejo de Edipo se debe a factores sociales e individuales o se debe a que en sí misma es un ideal ya muy difícil de alcanzar? La solución del complejo de Edipo estriba, pese a que hay diferentes posturas para esto, en que el hijo debe renunciar a la madre como objeto sexual, como objeto que proporciona placer y bienestar; y esto se logra mediante la intervención de una autoridad, delegada al padre, que corta ese tipo de vínculo. Sin embargo, al realizar esto en el sujeto queda vacante una figura proveedora de amor y protección, de allí el origen del deseo abrumador de amor durante la adolescencia, que cuando se encuentra muy posiblemente el sujeto se comporte como lo hacía con el antiguo objeto de amor. De acuerdo con la postura de Peter Blos, siempre en el sujeto quedarán remanentes de la situación edípica y que en cualquier momento pueden ser revividos. Y que mejor estímulo externo para revivir estos restos edípico que la misma situación pero en otro. La adolescencia de otros revivirá lo inconcluso de sí mismo. “Es

sabido que muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos, reviviendo situaciones edípicas conflictivas” (Aberastury y Knobel, 1987).

La vigilancia del Yo sobre la tensión instintiva provoca, más común en el muchacho, estados autoprovocados de esfuerzo, dolor y agotamiento. Estas tensiones instintivas son aliviadas en parte por descargas hacia el exterior mediante la expresión motriz; también pueden ser descargadas hacia el interior causando problemas somáticos (González Núñez, 1989). Durante la adolescencia hay dos peligros latentes: un empobrecimiento del Yo y la ansiedad instintiva, que favorecen en malas condiciones sociales la práctica precoz de la sexualidad y la delincuencia.

Con relación al pensamiento adolescente, en esta fase empieza a considerarse y juzgarse igual a los adultos; empieza a pensar en el futuro. “El adolescente es capaz de analizar su propio pensamiento y construir teorías... el pensamiento, como acción del juicio, se convierte en la adolescencia en un modo de trato con la interacción entre el individuo y su medio ambiente, el presente y el futuro” (Blos, 1971). El pensamiento adolescente pasa de un egocentrismo al descentramiento, recapitulando los diferentes estadios del desarrollo infantil. El descentramiento promueve la objetividad, y éste el análisis de los hechos.

La inquietante pregunta, que algunos adolescentes enfatizan más que otros, ¿Quién soy yo?, se desvanece poco a poco, y queda sentada cuando la adolescencia llega a su fin. Ese sería el ideal, que todos los adultos sepan quienes son.

### **Adolescencia tardía**

Siguiendo la línea de estudio de Peter Blos, la adolescencia tardía es primordialmente una fase de consolidación de los siguientes procesos:

1. un arreglo estable y altamente idiosincrático de funciones e intereses del Yo;
2. una autonomía secundaria, extensión libre del conflictos del Yo;
3. una constancia de identidad, posición sexual irreversible;

4. una catexis en representaciones del Yo y en el objeto, relativamente constantes;  
y
5. una estabilidad de aparatos mentales que automáticamente salvaguardan la identidad del mecanismo psíquico.

Este proceso de consolidación relaciona a la estructura psíquica y al contenido, la primera estableciendo la unificación del Yo y la segunda preservando la continuidad dentro del mismo. La estructura psíquica es la que forma el carácter, la que de acuerdo con Bergeret (1983) se consolida en la tercera y última etapa de la evolución psíquica hacia una estructura estable, que da como resultado la verdadera estructura de personalidad, que ya no se modificará ni cambiará. Y el contenido provee los medios para la continuidad del Yo.

La tarea relativa de la adolescencia tardía radica en elaborar un Yo unificado, que funda en su ejercicio los “retardos parciales” del desarrollo con expresiones estables a través del trabajo, el amor y la ideología. Esta fase, por ser la salida de la etapa adolescente frecuentemente somete a esfuerzos decisivos la capacidad integrativa del individuo, que en casos negativos, da como resultado fracasos de adaptación, deformaciones yoicas, maniobras defensivas y psicopatología severa (Blos, 1971).

En la fase anterior los conflictos internos alcanzaron el máximo desarrollo, y era imposible predecir el desenlace de estos. Aquí, declina el torbellino del desarrollo adolescente, sin embargo, los fracasos adaptativos toman su forma final. El *trauma* –un acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad y la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica (Laplanche, 1996) – se inserta en este momento. La tarea de dominar el trauma, entonces, será interminable e infinita, al igual que la prevención de su recurrencia; los efectos de éste inducen a situaciones de vida que de algún modo repiten la situación que lo originó. “Lo que fue experimentado originalmente como una amenaza del medio ambiente se vuelve el modelo de peligro interno” (Blos, 1971). El trauma tiene dos caras, una positiva y otra negativa. La primera, son intentos de revivirlo, de recordar la experiencia olvidada y su alcance puede promover e impulsar el dominio de la realidad; la segunda, obstaculiza el

desarrollo progresivo, no se recuerda ni se repite nada del trauma. Ambas contribuyen en la formación del carácter, ya que al consolidarse éste al final de la adolescencia el trauma se incluye como parte del proceso total.

“Llegamos, entonces, a la conclusión de que los conflictos infantiles no son eliminados al final de la adolescencia, sino que se restituyen específicamente, se tornan yo sintónicos... se integran al reino del yo como tareas de la vida” (Ibíd.). La preadolescencia, la adolescencia temprana y la adolescencia propiamente dicha es una segunda oportunidad para la resolución de conflictos infantiles; no obstante, si no se logra una resolución positiva, la adolescencia tardía y la postadolescencia se encargaran de que el Yo integre en sí mismo esos remanentes de conflicto, para poder dominarlos mediante el amor, el trabajo y una ideología. Esto resulta benéfico para el sujeto casi adulto, ya que “cualquier intento de dominio del yo-sintónico de un trauma residual, frecuentemente experimentado como conflicto, incrementa la autoestimación” (Ibíd.). El fin de la adolescencia implica la transformación de residuos de conflictos infantiles en modalidades yoicas.

Durante la adolescencia tardía el Yo cumple una función restauradora. Aquello que un día fue un impedimento y un obstáculo ahora se convierte precisamente en lo que da a la madurez un aspecto especial. Anna Freud (1952, citada en Blos, 1971) señala este punto de la siguiente manera: “Sabemos por experiencia que los interés yoicos que se originan en tendencias narcisistas, exhibicionistas, agresivas, etcétera, pueden persistir por toda la vida como sublimaciones valiosas a pesar del destino del instinto original que los provocó”. En esta fase emergen intereses yoicos recreacionales, vocacionales, devocionales y temáticos, cuya economía psíquica iguala a la del trabajo y a la del amor.

La identidad sexual toma su forma final durante esta fase de la adolescencia, la predisposición a tipos específicos de relaciones amorosas se consolida, y no es raro que este tipo de relaciones lleve impreso el modo de relación con las figuras de amor tempranas. Además, se efectúa una solidificación del carácter, cierta constancia prevalece en las formas que escoge el Yo para resolver sus tareas. La fantasía, tan

característica durante la etapa adolescente se desvanece, declina hasta que gradualmente desaparece por completo.

Deformaciones tempranas del Yo, con diferenciaciones incompletas entre el Yo y la realidad provocan el fracaso de la adolescencia, se imposibilita la síntesis yoica, encargada de integrar experiencias conductuales y/o psicológicas potencialmente discrepantes, así como distorsiones entre las representaciones internas y la realidad (González Núñez, 1989), el quiebre aparece como el límite o la enfermedad psicótica. Los fracasos para dominar estas realidades (interna y externa), Blos (1971) la ordena en dos categorías, casos de adolescencia mal lograda y casos de adolescencia incompleta. Los primeros se deben a un Yo defectuoso, una capacidad deteriorada para un estudio diferencial o una proclividad a la ansiedad traumática; mientras que los segundos se deben a perturbaciones entre los sistemas, bloqueos en el aprendizaje diferencial o por la evitación de ansiedad conflictiva. Este autor aclara que puede haber infinidad de mezclas y de combinaciones de estos casos.

Se entiende ahora que la función sintética integrativa del Yo toma su función central en la etapa final de la adolescencia. “El proceso de delimitación de la adolescencia tardía es llevado a cabo a través de la función sintética del yo. Es una aceptación final y el establecimiento de las tres antítesis en la vida mental llamadas: sujeto-objeto, activo-pasivo- y placer-dolor” (Ibíd.). La representación mental de ser al final de la adolescencia es una formación cualitativamente nueva.

## **Postadolescencia**

Esta es una fase intermedia, un puente entre la adolescencia y la edad adulta; el sujeto que se describe como postadolescente es comúnmente llamado adulto joven. Después de los procesos que se consolidaron en la fase anterior, ahora queda armonizar las partes componentes de la personalidad. La integración va de la mano con el rol social, el enamoramiento, el matrimonio y la paternidad.

Durante la postadolescencia, la armonización de los impulsos y las organizaciones yoicas están en su mayor intensidad, un periodo caracterizado por procesos

integrativos. En la adolescencia tardía el sujeto delimita metas como tareas para su vida, en la postadolescencia emprende la realización de éstas. “La experimentación con intereses propios rinde a la postadolescencia un periodo durante el cual el sujeto elabora su muy especial forma de vida... Aquello que es especial acerca de la forma de vida del sujeto es siempre encubierto por la común universalidad de roles y patrones sociales” (Ibíd.). El sujeto, según esta línea de desarrollo, ocupa ya un lugar dentro del mundo de los adultos. El alejamiento completo de las representaciones de las figuras parentales no se logra hasta terminar la postadolescencia; la dependencia económica de los padres es un factor que influye para el logro del completo desprendimiento.

Empero, el periodo postadolescente es también una época en que la enfermedad mental frecuentemente alcanza un estado manifiesto. Un fracaso para completar el proceso adolescente ocurrirá siempre que no se logre la organización de un ser estable o cuando el Yo deje de convertir cualquier conflicto yo-sintónico. Además, cuando en el sujeto existe miedo de sus impulsos a lo largo de la vida frecuentemente da la impresión de una actitud adolescente.

Así, la adolescencia tardía y la postadolescencia le servirán al sujeto para organizar aquello que dejó las primeras fases del desarrollo adolescente y restos de situaciones infantiles, buscando alcanzar un Yo y una personalidad integrada, para manejar las tareas de la vida cotidiana y cualquier conflicto que se presente.

#### **1.4.4. El desarrollo del Yo en la adolescencia**

Hasta el momento se ha venido hablando del Yo sin tomar en consideración su definición, empero, si se ha podido visualizar algunos procesos que ejerce como parte de la estructura psíquica de la persona. Entonces, el Yo es la agencia psíquica que regula las demandas del Ello y las del Superyó y se adapta a la realidad, posee funciones conscientes (percepción, memoria, inteligencia, pensamiento, juicio, etc.) e inconscientes, como los mecanismos de defensa (Díaz Portillo, 1990). Su función reguladora lo ubica en una relación de dependencia con las reivindicaciones del Ello y con los imperativos del Superyó. Desde un punto de vista dinámico (Laplanche, 1996),

el Yo representa el polo defensivo de la personalidad; pone en marcha una serie de mecanismos de defensa, motivados por la percepción de un afecto displacentero, la angustia. Por tanto, es la suma total de aquellos procesos mentales que buscan salvaguardar el funcionamiento mental. Blos (1971) refiere que en el sentido de realidad (precisamente una de las funciones del Yo) vemos los frutos de este proceso de mediación.

Podría decirse que el Yo se forma a partir del Ello. El individuo nace solamente con un haz de impulsos instintivos que necesitan ser satisfechos para la supervivencia de éste, y su condición lo hace ser un organismo totalmente pasivo y dependiente del medio. El grado de gratificación que proporcione el medio el sujeto la recibirá sobre su cuerpo de manera pasiva, al *tener* esa gratificación –y por extensión a la persona que la proporciona– él existe, él es. Es así que se entiende que en los primeros meses de vida *tener* (al objeto y la gratificación que le da) se confunde con *ser*. Todo lo que él incorpore para sí mismo, en los primeros meses de vida, será mediante el cuerpo. Si hablaron de un Yo en este momento de la vida sería un Yo-corporal, sin una barrera que diferencie entre el Yo y el no-Yo. Es hasta el logro del control esfinteriano donde esta barrera se delinea, y se vislumbra una diferencia entre el Yo y el no-Yo, ya que el sujeto mediante su “producto” interactúa con el medio: éste le impone una disciplina y condiciones para que el dé ese “producto” y el niño, con un grado de autonomía adquirida, decide si lo da o no. Sin embargo, todavía se conserva un grado de simbiosis con la madre (representante del medio en sus primeros meses de vida). La resolución del periodo edípico contribuye al establecimiento total de la barrera entre el ser y el objeto, entre el Yo y el no-Yo. Durante el periodo de latencia se deja la tarea de fortalecer al Yo, mediante habilidades, conocimientos y destrezas para el manejo del influjo instintivo que se espera al entrar a la pubertad. El valor de las sublimaciones es de suma importancia en los años previos a la pubertad.

El conocimiento de la función yoica permitirá una visión más detallada del proceso adolescente en términos de la reestructuración psíquica (Blos, 1971). Desde la postura en que se está desarrollando este trabajo, y para aquellos que trabajan con

adolescentes, permitirá reconocer, conservar e incrementar las funciones normales de cada una de las etapas de la adolescencia (González Núñez, 1989).

El Yo, como se acaba de mencionar, requiere de los logros del periodo de latencia para hacer frente a los cambios de la pubertad. En forma de síntesis, los logros esenciales, que se pretenden alcanzar durante este periodo son: un aumento en la catexis de objetos internos con la resultante automatización de algunas funciones del Yo; una resistencia creciente de las funciones de Yo a la regresión; la formación de un Yo autocrítico que complementa de forma creciente las funciones del Superyó; una reducción del uso expresivo de todo el cuerpo y un aumento en la capacidad de expresión verbal aislada de la actividad motora; y un control del ambiente a través del aprendizaje de actitudes y del uso de los procesos secundarios del pensamiento como medio para reducir la tensión (Blos, 1971). El logro psíquico de la infancia temprana está en la dominación del cuerpo, el del periodo de latencia en la del ambiente y el de la adolescencia en la emociones.

La subordinación de las primeras zonas erógenas a la primacía genital induce una nueva modalidad de la sexualidad adolescente, la elaboración del antepacer. Este cambio en la erotogenidad, descrito durante las primeras fases de la adolescencia, es paralelo al cambio en la catexis libidinal del Yo. Hay un sentimiento del Yo o autoexperiencia que es esencialmente nuevo en el campo del Yo, Federn (1929) citado por Blos (1971) lo menciona como un “agradable antepacer”.

El periodo experimental de la adolescencia es el último gesto antes de que los intereses del Yo se canalicen de formas específicas y esenciales, antes de que la formación de la identidad asuma su aspecto definitivo. Como se observó, el arreglo jerárquico de los intereses del Yo ocurre en el área de los compromisos vocacionales, durante la adolescencia tardía. Blos (1971) refiere que “muchas de las perturbaciones yoicas, por ejemplo, las perturbaciones de aprendizaje, son causadas por la inundación de las funciones del Yo por impulsos sexuales y agresivos”.

Ante esta reorganización del Yo, éste de alguna manera se defiende. El Yo adolescente que cede a los peligros de una reorganización mostrará signos de una conducta y

mentalidad mal adaptada. Esto puede deberse a una falla en la autonomía, adquirida durante la etapa anal. Existe en el sujeto la confianza básica, cohesionada de tal manera que enfrenta la reorganización apostando a su indestructibilidad. Los mecanismos estabilizadores, por lo regular, son los que muestran signos de la defensa del Yo ante la reorganización. El Yo no está preparado para la magnitud de la tarea con la que se enfrenta en la pubertad, a pesar de que haya logros significativos durante el periodo de latencia éstos también se ponen en duda durante este periodo. Entonces, el Yo recurre a varios mecanismos estabilizadores como inventos temporales para salvaguardar su integridad en los casos en que la ansiedad no puede ser dirigida por procesos integradores. La ansiedad, a parte de la conflictiva, se origina como consecuencia de energía acumulada o de la imperfección de los canales de descarga adecuados. Sin embargo, otra fuente de tensión es causada por el medio, “en las restricciones vengativas de los padres referentes a la maduración de su vástago” (Ibid.).

El mecanismo de estabilización característico de la adolescencia incluye mecanismos defensivos, adaptativos y compensatorios. En la adolescencia podemos hablar de una identificación defensiva, además de una primitiva, una temporal y una adaptativa. La identificación defensiva deja marcas permanentes en el Yo, mientras que la temporal permanece cerca de maniobras psíquicas experimentales; la identificación adaptativa debe ser considerada una función del Yo autónomo; y la primitiva, con un grado de patología, es más o menos la fusión con el objeto. Además, las identificaciones transitorias de la adolescencia pueden ser también mecanismos de estabilización restitutivos. Estos evitan que la libido de objeto se agote totalmente por una desviación en el ser. La necesidad grupal puede ser un ejemplo de un proceso restitutivo. El mecanismo de identificación, y sus variantes, serán cruciales en la búsqueda de la identidad.

Blos (1971) considera a la actividad creativa como mecanismo estabilizador en tanto que le sirve al sujeto para externalizar lo interno, cita a Spiegel (1985), quien menciona que a través de la creación artística lo que es *ser* puede convertirse en *objeto* y entonces externalizarse. Entonces, la creatividad sirve al dominio interno de conflictos emocionales durante la adolescencia. Es por esto que durante la adolescencia tardía,

conforme va surgiendo un Yo estable y cohesionado y se establecen nuevamente la fronteras entre el ser y el objeto, la actividad creativa declina.

Los mecanismos compensatorios tienen como función el balance narcisista. Ante defectos mentales y físicos, experimentados como un desprecio narcisista, estimulan la proliferación de dotes especiales, y por lo tanto compensan la declinación amenazante de la autoestimación. “Este medio para estabilizar el equilibrio narcisista frecuentemente inicia un ‘accidente experimental’ que lleva a primer plano habilidades latentes que pueden entonces florecer ante el reconocimiento positivo de otros y del ser” (Ibíd.), siempre con un sentido de realidad.

La ansiedad conflictiva es responsable de un desarrollo desnivelado del Yo en la adolescencia y de la intolerancia tensión. Esta inmadurez del Yo lleva, por lo regular, a formaciones patológicas. En el caso de los adolescentes que se refugian en una prolongada actividad masturbatoria sin avanzar hacia relaciones significativas de objeto, sólo perpetúa el estado de poca tolerancia de la tensión, característico del Yo inmaduro.

Con la decatectización de las representaciones parentales la libido se vuelca sobre el ser, y como consecuencia hay un aumento en el narcisismo secundario y una función dañada de la prueba de realidad. El alejamiento del mundo exterior puede precipitar estados mentales con cualidades de tipo psicótico transitorios, que disminuyen cuando la libido objetal es otra vez vertida hacia afuera. La omnipotencia narcisista, un estado regresivo, y la hipersensibilidad en la adolescencia tienen como propósito proveer, por autoestimulación, un sentimiento yoico que es esencial para el mantenimiento de los límites del Yo y la preservación de la continuidad yoica. Estos sentimientos yoicos elevados están dirigidos a contrarrestar el empobrecimiento del Yo durante la adolescencia.

La falta de cambio y la inestabilidad representan los intentos alertas del Yo por salvaguardar la integridad, la cohesividad y el contacto con la realidad. El adolescente se caracteriza por procesos oscilantes, regresivos y estancamientos –para Blos (1971) “acciones de contención– que consolidan u organizan los cambios y los logros internos antes de que estos se articulen en el medio ambiente.

Al finalizar la adolescencia, como reorganizadora emocional, hay un periodo durante el cual los procesos yoicos integradores y adaptativos absorben gran parte de la energía psíquica. Donde el Yo incorpora remanentes no resueltos de la temprana infancia y de la propia adolescencia. Todas las alteraciones yoicas en la adolescencia que se mencionaron son esenciales para el logro de la edad adulta; abruma considerablemente la capacidad sintética-integrativa del Yo; por lo tanto, la mayor mortalidad psíquica de la adolescencia, según Peter Blos, cae dentro de las fases finales de la adolescencia.

Todos los procesos reestructurales, intrapsíquicos, del Yo son muy bien descritos por Peter Blos (1971), a quien se tomó como principal guía para la realización de este trabajo. Sin embargo, también hay que considerar el componente social de esta reestructuración yoica, esas fortalezas (o virtudes psicológicas) que se quedan en virtud de la interacción del sujeto con el medio. Erik Erikson es a quien debemos la comprensión de este componente social. De la solución exitosa de la primera crisis del desarrollo psicosocial resulta la *esperanza* como fortaleza, ésta es la convicción duradera de que se pueden realizar los deseos fervientes, es un sentir que se conservará a pesar de los reveses y fracasos temporales. La *voluntad*, fortaleza que emerge ante la solución positiva de la segunda crisis, es la determinación de ejercer el libre albedrío así como la moderación, a pesar de la experiencia inevitable de vergüenza y duda (Frager & Fadiman, 2001) ante las exigencias del medio. El *propósito*, que tiene sus raíces en el juego y la fantasía, es la virtud surgida de la solución exitosa de la tercera crisis; es el valor de concebir y buscar metas valiosas sin dejarse inhibir por la culpa o el temor frustrante del castigo. Ahora podemos comprender que un niño que lleva en sí mismo estas fortalezas se enfrenta a cuarta crisis, y podrá con poco grado de dificultad desarrollar la *competencia*, el ejercicio de destrezas y habilidades para llevar a cabo tareas; es aquí donde el sujeto necesita toda la preparación posible para enfrentar el devenir de la pubertad y de la adolescencia. Y si éste resuelve exitosamente la quinta crisis, justo la que se encuentra en la etapa adolescente, resultará la *fidelidad*, surge de una de un Yo cohesionado, y es la capacidad para preservar las lealtades concebidas libremente, abarca la sinceridad, la autenticidad y un sentido del deber en las relaciones con otros (Schultz & Schultz,

2010). Todas estas fortalezas, y las que se esperan en las crisis subsiguientes, se verifican en cada etapa de la vida; y le da al sujeto un mayor sentido de unidad interior, un juicio claro y una mayor capacidad de vivir.

## 1.5. Una adolescencia normal

En virtud de todos los procesos que ocurren en la adolescencia es común que haya confusión entre lo normal y lo patológico durante esta etapa vital. Grosso modo, se han descrito los procesos a nivel individual que el sujeto tiene que realizar y enfrentar para su transformación como adulto, de allí se han desprendido ideas de lo que es esperado y lo que se empieza, o es ya, alguna alteración en el desarrollo en la adolescencia. En relación con este tema, de lo normal y lo anormal en esta etapa, Aberatury y Knobel (1987) nos ofrecen diez puntos de referencia para saber qué se espera de un sujeto adolescente. Estos autores hacen su estudio de esta etapa tomando en consideración la relación con el medio familiar y social, se pretende analizar este tema en el tercer capítulo.

Antes de iniciar con la revisión de estos puntos, sería conveniente mencionar que uno de los ejes principales de la *Adolescencia normal* son los duelos que el sujeto adolescente tiene que elaborar en esta etapa. El primero de ellos es el duelo por el cuerpo infantil, a estas alturas sabemos ya que la pubertad impuso al niño la labor desprenderse de su representación mental como niño; junto con ello su identidad y rol infantil, el segundo duelo. Pero el que va a marcar el conflicto central durante la adolescencia es el tercer duelo, el de la representación mental de los padres de la infancia. Así, el sujeto se ve obligado a asistir, al inicio de manera pasiva, a toda una serie de modificaciones que suceden durante la segunda década de su vida.

El adolescente se caracteriza por ser un sujeto inestable, en el que se observan “periodos de elación, de ensimismamiento, alternado de audacia, timidez, incoordinación, urgencia, desinterés o apatía, que suceden o son concomitantes con conflictos afectivos, crisis religiosas en las que se puede oscilar del ateísmo anárquico al misticismo fervoroso, intelectualizaciones y posturas filosóficas, ascetismo, conductas

sexuales dirigidas hacia el heteroerotismo y hasta la homosexualidad ocasional". Toda esta entidad que a simple vista podría alarmar a los padres, o personas cercanas al adolescente, estos autores la han llamado "Síndrome normal de la adolescencia" (Ibíd.). Con base en esta propuesta, los "síntomas" característicos de la adolescencia son:

1. *Búsqueda de sí mismo y de la identidad.* Esta es una de las características que considero más importante de la etapa adolescente, es por eso que se dejó un apartado para ahondar más lo que implica el desprendimiento de la identidad infantil y el emprender la búsqueda de una nueva. Para los autores de esta propuesta la identidad es característica de cada momento evolutivo, no están de acuerdo a que la adolescencia se vea solo como una preparación para la madurez, sino que se observen sus características precisas en este momento de la vida, expresan que el periodo infantil y la adolescencia "es necesario enfocarlos con un criterio de momento actual del desarrollo y de lo que significa el ser humano en esas etapas de la vida" (Ibíd.). En efecto, hay un gran conocimiento que el terapeuta y educador enfocado en los adolescentes debe conocer, saber que hay puntos exclusivos y transitorios de la adolescencia, una etapa rica en muchos procesos evolutivos. Sin embargo, este punto sería riesgoso en el ámbito familiar, observar la adolescencia tal cual se presenta, con sus turbulencias, más cuando se enfatizan por conflictos reeditados de la infancia y actuales, provoca que se tome como normal algunas conductas previas a las llamadas conductas de riesgo durante esta etapa. Esto ya ha venido pasando desde hace años, los padres ven la adolescencia del hijo como "la edad de la punzada", como algo que va a pasar, sin considerar lo que esto podría implicar. Solo aquellos padres que en verdad se vincularon con su hijo podrán reconocer las situaciones que se están alejando de lo esperado en este momento y se encargaran de guiarlo de la mejor manera, buscando que él se prepare para lo que deviene. Si se deja al joven a su suerte, con su característica desorientación, es muy poca la probabilidad de que planee y forje un plan de vida para sí mismo; alguien debe coadyuvar a esta labor. Los padres con verdadero amor por su hijo se preocupan por la preparación de éste para lo que implica la vida que ellos ya están experimentando, la adultez. En pocas palabras,

sin abandonar totalmente la postura de Aberastury y Knobel, la mejor posición ante un sujeto adolescente es dejarlo que viva sus procesos y experiencias, lo único que necesita son límites.

2. *Tendencia grupal*. Este tipo de comportamiento fue el que se describió arriba como mecanismo defensivo ante la fuerza regresiva del deseo por madre fálica. No es en vano que el grupo de amigos le dé seguridad y estima personal al adolescente, ya que son estos los sentimientos que la madre le provocaba. “Se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar” (Ibíd.). No obstante la tendencia grupal, cuando hay factores que predisponen, facilita la conducta psicopática en el adolescente. El acting-out, producto del descontrol frente a la pérdida del cuerpo infantil provoca conductas de desafecto, de crueldad con el objeto, de indiferencia y de falta de responsabilidad. Estas son conductas típicas de la psicopatía que en este momento pueden tener un matiz de normalidad, sin embargo, si las condiciones familiares y personales favorecen más este tipo de expresión se podría tornar ya en conductas perjudiciales para el individuo. Además, ante el desprendimiento de la identidad infantil, “en el grupo el adolescente satisface su anhelo de ‘pertenecer’, de ser reconocido” (Fuente, Ramón de la, 1992). Emprende dentro de los grupos de amigos la búsqueda de sí mismo.

3. *Necesidad de intelectualizar y fantasear*. Le sirve al adolescente como mecanismos defensivos ante las tres situaciones de pérdida tan dolorosas. Tal huida en el mundo interior, la fantasía, permite una especie de reajuste emocional. La angustia que resulta cuando el sujeto se mira como un futuro adulto lo orilla a refugiarse en sí mismo. Con relación a la intelectualización como mecanismo de defensa, este solo podría ser puesto en marcha en personas que tienen oportunidad de acceder a una preparación intelectual. Anna Freud (1936), mencionada por Blos (1971) refiere que el ascetismo y la intelectualización son mecanismos que aparecen en una clase social en la que un estado prolongado de adolescencia se ve favorecido por demandas especiales de la educación. La intelectualización favorece el conocimiento activo, vincula los procesos instintivos

con los contenidos ideacionales. ¿Pero qué pasa con los jóvenes que no tienen la oportunidad de prepararse intelectualmente, que permita utilizar este mecanismo avanzado para controlar la presión instintiva? De acuerdo con este autor, “la cultura influye en la formación de defensas, especialmente durante la adolescencia” (Ibid.), y la cultura mexicana provee pocos recursos para una preparación intelectual, en ésta se suele utilizar la *vox populi*, el pensamiento común, por tanto podría ser más una defensa de tipo *racional*. La racionalización ayuda a justificar la causa del comportamiento pulsional. El ascetismo si es un mecanismo que encaja dentro de nuestra cultura, es común que el adolescente descargue sus impulsos libidinales y agresivos en sí mismo y su cuerpo. En el nombre de alguna divinidad “castigan” su cuerpo por pretender una acción que satisfaga sus impulsos.

4. *Crisis religiosas*. La pregunta ¿quién soy? emerge en muchos casos con gran intensidad. La preocupación metafísica en estos emerge con la misma magnitud; y es común observar un desmesurado apego a lo místico. Esta actitud es un intento de solucionar “la angustia que vive el Yo en su búsqueda de identificaciones positivas y del enfrentamiento con el fenómeno de la muerte definitiva de parte de su yo corporal” (Aberatury y Knobel, 1987). Esta actitud de buscar identificarse con una deidad, como figura positiva, habla de una carencia de personas en su medio que sean para él una fuente de identificación positiva. Además del ascetismo ante los impulsos libidinales y agresivos.

5. *Desubicación temporal*. El adolescente vive con una cierta desubicación temporal; convierte el tiempo en presente y activo como un intento de manejarlo. Su expresión conductual da la impresión de que vive en proceso primario de pensamiento en relación con el tiempo. La etapa narcisista transitoria provoca que en este momento la parte psicótica de la personalidad se exprese, hay una pérdida de contacto con la realidad. Ante el duelo por la pérdida de su cuerpo, rol e identidad infantil y de sus objetos tempranos de amor, él se defiende viviendo el tiempo como si fuera un objeto. Los momentos en el que el adolescente necesita estar solo es para dejar “afuera” el tiempo pasado, presente y futuro,

convertido así en objetos manejables, en ocasiones con ayuda de la fantasía. “Si se niega el pasaje del tiempo, puede conservarse al niño dentro del adolescente como un objeto muerto-vivo” (Ibíd.), además de que así se niega la separación de la figura materna y el hijo, se reafirma esta simbiosis. Cuando el individuo reconoce un pasado y formula proyectos a futuro, con capacidad de espera y elaboración en el presente, es signo de la superación en gran parte de la problemática de la adolescencia.

6. *Evolución sexual del autoerotismo hasta la heterosexualidad genital adulta.* Con el despertar de su genitalidad el adolescente inicia su búsqueda de la pareja (del nuevo objeto de amor), al inicio de forma tímida pero intensa, una característica que se ha observado más común en varones. El acto sexual en el adolescente, como se ha mencionado, dista mucho de ser una expresión completa de la genitalidad, más bien es un acto de exploración, de curiosidad. En realidad, aunque fuese un mero acto por aprendizaje los resultados serían menos problemáticos que cuando ocurre por acting-out, frente al descontrol de los cambios puberales y la angustia que siente por el duelo (el desprendimiento) de sus padres de la infancia y de la identidad infantil, además de aquella que experimenta al proyectarse como futuro adulto. En la mayoría de los casos, una temprana práctica sexual en adolescentes es indicio una manera maniaca de zafarse de su falta total de identidad y de la sensación de vacío experimentado. Esta forma de salir de la angustia por medio de las relaciones sexuales precoces se manifiesta cada vez más entre los adolescentes tempranos. Tal evidencia la encontramos en la cifras de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT) 2012, de una población de casi 23 000 000 de adolescentes en México (el 20% de la población total), el 27% de ellos ha iniciado su vida sexual entre 12 y 19 años; y la mayoría de ellos sin utilizar un método para prevenir ETS y embarazos. El ejercicio genial adulto implica considerar las responsabilidades y placeres concomitantes al acto coital.

Actualmente ya no se le puede echar la culpa a la falta de información o a la poca apertura para hablar acerca de lo que implica una relación sexual. Si bien

es cierto que todavía en nuestra sociedad este tema tiene muchos tabús, encontramos (cada vez más) espacios donde se puede recibir información acertada y precisa sobre este tema.

Una de las fallas en el resultado esperado después de informar a los adolescentes sobre los métodos anticonceptivos radica en lo que ha señalado Dolto (1990), se encuentra terrible tener que hablarles a los jóvenes de quince años de los medios anticonceptivos, cuando jamás se les ha hablado de la nobleza de la concepción. “Pues bien, lo que se hace, de repente, es hablarles de los medios para no concebir. Y jamás se ha ennoblecido el hecho de la concepción... Se ha traído vida, y éste es el concepto interesante e importante... si no enseñamos esto, no podemos enseñar los medios anticonceptivos de un modo que no sea dudoso desde el punto de vista educativo”.

La quinta parte de los nacimientos registrados en nuestro país corresponden a hijo de padres adolescentes, menores de veinte años (INEGI, 2013). Adolescentes que con esta situación truncan su desarrollo, tanto físico como psíquico. Entre las repercusiones en el desarrollo físico de adolescentes embarazadas se encuentran: la detención del crecimiento físico, descalcificación, hipertensión arterial, desnutrición materna y del hijo, entre otras. Y entre las repercusiones psíquicas se ubican: depresión, fracaso y deserción escolar, dependencia emocional paterna, acortamiento del ciclo de vida como adolescente, adultez impuesta e inmadurez emocional para educar al hijo, entre otras (Gómez Herrera, en Eguiluz, 2003).

Gómez Herrera (Ibíd.) menciona que actualmente la formación de pareja transcurre más en el plano de “divertirse juntos”, además de la noción de “mientras dure” que se señalará más adelante, en vez de conocer a la pareja para estar seguros de cómo, cuándo y en qué condiciones han de llegar los hijos, y así dar paso a la formación de una familia. Las consecuencias de llevar una relación bajo estos lineamientos están en el gran número de embarazos no

planeados, abortos ejecutados o la formación de la pareja en familia de manera circunstancial y por obligación moral, religiosa o legal.

Además, una adolescente embarazada tendrá que llevar a cabo dos procesos psíquicos simultáneos, por un lado el que implica el desarrollo adolescente, y por otro, el que implica un embarazo. “Al igual que la adolescencia, el embarazo es un evento que suscita múltiples cambios, tanto en el cuerpo como en la psique del individuo” (Cañizo. 2013). Un Yo débil, como se encuentra en la adolescencia, muy difícilmente resistirá los procesos psíquicos de los dos eventos, como resultado de esto obtenemos un estancamiento en el desarrollo adolescente. Conjuntamente se incrementa la confusión de identidad, ya que el embarazo en esta etapa trae consigo una dificultad para integrar el auto-concepto físico y mental. “Se puede señalar que existen dificultades específicas que deberá de enfrentar una mujer adolescente embarazada, que repercutirán en la consolidación de su identidad adulta, su rol social, sus relaciones personales, su cuerpo, etc.” (Ibíd.). Misma situación que enfrentará el varón.

7. *Actitud social reivindicatoria.* Ya es bien sabido a estas alturas que la pubertad impuso al adolescente emprender una transformación a nivel biológico, psíquico y dinámico que se exterioriza de diferentes maneras de acuerdo con patrones culturales. Sin embargo, el signo característico de la adolescencia, la “rebeldía”, es una defensa mediante la cual el sujeto va desprendiéndose de situaciones infantiles, al mismo tiempo que ve peligrosa e indefinida su entrada al mundo de los adultos. Ante este proceso de cambio el adolescente siente que no es él el que cambia sino que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando con padres infantiles. Por tanto, la juventud revolucionaria del mundo, y la nuestra, tiene el sentimiento de necesidad de cambio social. “Las partes sanas de su Yo se ponen al servicio de un ideal que permite modificar esas estructuras sociales colectivas y surgen así grandes movimientos de contenido valedero y noble para el futuro de la humanidad” (Aberastury y Knobel, 1987). Se entiende ahora de donde surge la fuerza de aquellos movimientos sociales juveniles, hay una fuerza de cambio tan grande en el adolescente que

llega a proyectarla en su medio y quiere que también cambie, que le suceda lo mismo que a él. No obstante, esta fuerza se puede malear y convertirse en destructiva, perniciosa y patológicamente reivindicatoria. Es bien sabido que los movimientos sociales juveniles no han tenido mucho éxito últimamente, son ignorados en el nombre de una juventud revoltosa. Es por eso que intentar cambiar una estructura social, y más cuando ella misma en muchas ocasiones se pone en contra de una buena transformación para sus adolescentes y para sí misma, suena utópico sin que éstos corran algún tipo de peligro. Luego, ¿no sería conveniente, como un paso inmediato y preparatorio, que el adolescente volqué toda esa fuerza reivindicatoria sobre sí mismo, ayudándolo, sin eliminar el deseo altruista, a desarrollar un proyecto de vida que incluya en la mejor medida posible todo aquello que anhela para sí y para otros? Tal fuerza podría salvarlo de insertarse en conductas riesgosas para él y para otros.

8. *Contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta.* La conducta del adolescente, en su mayoría, está dominada por la acción, constituye la forma más típica en este momento de la vida. La fantasía es la que se encargará de preparar al sujeto antes de la acción, pero cuando ésta está limitada es probable que él no ensaye la acción, a nivel de pensamiento, antes de ejecutarla. Los adultos que no toleran los cambios conductuales del adolescente, exige de él una identidad y comportamiento adulto, que por supuesto aún no tiene porqué tenerlo. Muchos de los cambios conductuales del adolescente, con su utilización de defensas, facilitan la elaboración de los duelos típicos de este periodo.
9. *Separación progresiva de los padres.* Esta es la característica que se ha venido describiendo y donde se centra el principal conflicto adolescente, por un lado la labor que tiene que llevar el adolescente para que esto se de, ya que es lo más natural como humanos, romper la simbiosis con la figura materna y tomar autonomía frente a la estructura familiar. Pero por otro lado, las cosas se complican cuando la familia, posiblemente en mayor medida la figura materna, no acepta estos cambios. Luego entonces, hay una intensificación del conflicto

en el adolescente. Y si añadimos que las figuras parentales no son estables ni definidas en sus roles, este conflicto se incrementa un poco más; como producto de esto se encuentra la desvalorización de los padres y la búsqueda de identificaciones más consistentes y firmes, lo padres por lo tanto pierden ya todo tipo de autoridad que puedan ejercer sobre su hijo (a).

10. *Constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.* Se recordara que Blos (1971) describió a la adolescencia en términos de dos estados afectivos: enamoramiento y duelo. De igual modo, Aberastury y Knobel (1987), aunque se centran más en el duelo, caracterizan a la adolescencia con este estado afectivo. El sujeto adolescente oscilará entre la depresión y el sentimiento de desamparado originados por la pérdida de las representaciones de las figuras parentales, y el enamoramiento, producto de depositar la libido flotante en nuevos objetos.

Este esquema fenomenológico del adolescente tiene como objetivo, en palabras de sus autores, facilitar la comprensión de este período de la vida. Y no significa que éste tenga que presentar todos los “síntomas”, depende de circunstancias ambientales, familiares y personales para que unos se enfaticen más que otros.

## **1.6. Búsqueda de una identidad**

El desprendimiento de las figuras parentales tempranas y la búsqueda de una identidad nueva, con la elaboración de los duelos respectivos de esta etapa, son los ejes principales del conflicto adolescente. Para Ramón de la Fuente (1992) la nueva identidad le permitirá al sujeto liberarse del pasado infantil y enfrentar con éxito las tareas del crecimiento. “El mayor predicamento del adolescente es confrontar un futuro incierto; encontrar un camino y aprender a vivir en un mundo que ya no lo acepta como niño y aún no lo acepta como adulto”. Esta transición de la identidad infantil a la identidad como adulto se presenta gradualmente, conforme adquiera fortaleza la nueva identidad se irá renunciando a la anterior.

A falta de consenso para definir *identidad* se mencionará algunas ideas con relación a este concepto. Erich Fromm (2) la considera una necesidad afectiva, cognitiva e imperativa; el hombre no podría estar sano si no encontrara algún modo de satisfacerla. Elgarte (2009) cita las palabras de Grinberg (1961) quien refiere a la identidad como un sentimiento que nos permite experimentarnos a nosotros mismos como algo que posee continuidad y uniformidad. Esta misma idea la expresan Aberastury y Knobel (1987), tomando las palabras de Erikson, “el problema clave de la identidad consiste en la capacidad del yo de mantener la mismidad y la continuidad frente a un destino cambiante”. Peter Blos (1971) añade que los intereses yoicos se canalizan en formas específicas y esenciales, antes de que la formación de la identidad asuma un aspecto definitivo. Por lo tanto, haciendo una síntesis de estas ideas, se podría decir que la identidad es un sentimiento necesario de mismidad y continuidad, formada a través de la experimentación con el medio, sin la cual el sujeto difícilmente se percibe como un ser estable, ésta al desarrollarse crea un conocimiento de sí mismo y como resultante él o ella puede decir “este(a) soy yo”.

La idea del *sí mismo* (el Self) es el conocimiento de la individualidad biológica, social y psicológica, el ser socio-psico-físico en su mundo circundante que tiene características especiales en cada edad evolutiva. Aberastury y Knobel (1987) refieren que solo cuando el adolescente sea capaz de aceptar simultáneamente sus aspectos de niño y de adulto, puede aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo y comienza a surgir la nueva identidad. Esta aceptación de la condición de estar en medio de dos generaciones puede beneficiar la búsqueda de su identidad, no obstante, la realidad es otra, pocas veces se le explica al adolescente su condición, se le deja a la deriva durante todo su proceso de transición.

Los cambios físicos de la pubertad y el duelo por la condición infantil obligan al adolescente a modificar su esquema corporal y el conocimiento que tiene de sí mismo. “El cuerpo y el esquema corporal son dos variables íntimamente interrelacionadas que no se deben desconocerse en la ecuación del proceso de definición del sí mismo y de la identidad... El esquema corporal es una resultante intrapsíquica de realidad del sujeto, es decir, es la representación mental que el sujeto tiene de su propio cuerpo

como consecuencia de sus experiencias en continua evolución” (Ibíd.). Si analizamos este último punto desde el estadio más precoz de la vida, donde el cuerpo y el mundo externo no tienen división, donde el Yo es sólo un Yo-corporal, observaremos entonces que la imagen y el conocimiento que el adolescente tiene de su cuerpo y merecimiento de gratificación para él se gesta desde el nivel de la confianza básica de los primeros meses de vida. Cuando se establece la línea divisoria entre el Yo y el no-Yo, el Yo-corporal hereda su contenido a lo que será la imagen corporal, y ésta es parte de la identidad del sujeto.

El devenir de la imagen corporal no es el único que se ve influenciado desde los primeros meses de vida, también la relación con el mundo exterior. Y es de éste donde el sujeto adolescente bosquejará su verdadero ser. De acuerdo con Erikson (1980), si el primer estadio del desarrollo psicosocial dejó al sujeto una sólida confianza, ésta se expresara en sí mismo y en los demás, buscará ardientemente hombre e ideas en quienes tener fe y mostrarse digno de confianza. A posteriori esto se convertirá en la fidelidad.

La importancia de que el sujeto conforme su identidad la expresa Erikson (1980) con las siguientes palabras: “en la jungla social de la existencia humana no se da una sensación de estar vivo si no se tiene un sentimiento de identidad”. Tal necesidad puede ser satisfecha también mediante una identidad negativa –basada en identificaciones con figuras negativas pero reales–, es mejor ser alguien a no ser nada. “La realidad suele ser mezquina en proporcionar figuras con las que se pueden hacer identificaciones positivas y entonces, en la necesidad de tener una identidad, se recurre a este tipo de identificaciones, anómalo pero concreto” (Aberastury y Knobel, 1987). La combinación de la necesidad de una identidad, la desubicación temporal o la necesidad de un nuevo objeto de amor pueden impulsar al adolescente a iniciar una vida sexual precoz, es una forma maniaca de buscar la identidad adulta; a parte de considerar lo que anteriormente se expresó acerca del inicio precoz de la vida sexual. Cruz Martínez (2013) nos proporciona un dato acerca de este hecho, la edad promedio de inicio de la actividad sexual en zonas urbanas es a los 15 años, revela una encuesta del Centro

Latinoamericano Salud y Mujer (Celsam), esto nos podría estar indicando la negligencia de la familia y demás instituciones en el acompañamiento del desarrollo adolescente.

Las pseudo identidades que el sujeto encuentra en la búsqueda de su identidad auténtica le sirven para manejar de alguna manera la ansiedad que ésta conlleva, son adoptadas sucesivamente o simultáneamente por el adolescente, según las circunstancias. Estas identidades pueden ser: *transitorias*, las adoptadas durante un cierto periodo; *ocasionales*, las que se dan frente a situaciones nuevas; y las *circunstanciales*, las que conducen a identificaciones parciales transitorias que suelen confundir al adulto. Hay que considerar algo importante pero no exigirle al adolescente que se comporte como adulto o querer conservarlo en la infancia, “la situación cambiante que significa la adolescencia obliga a reestructuraciones permanentes externas e internas que son vividas como intrusiones dentro del equilibrio logrado en la infancia y que obliga al adolescente, en el proceso de lograr su identidad, a tratar de refugiarse férreamente en su pasado mientras trata también de proyectarse intensamente en el futuro” (Aberatary y Knobel, 1987).

Entonces, siguiendo la línea de estudio de Erikson, la crisis se centra en la etapa adolescente en una búsqueda de identidad (cohesionada) vs. difusión de roles. Donde la fortaleza obtenida de ésta es la fidelidad. El Self y el Yo unificado, que se esperan al finalizar la adolescencia, serán los núcleos de la identidad nueva del sujeto.

En *Más allá de la identidad*, Erikson (1980) puntualiza la forma en que la identidad repercute en el sujeto, prácticamente, para toda su vida. “‘Más allá de la identidad’ significa la vida después de la adolescencia y los usos de la identidad”. Intimidad vs. aislamiento es la crisis que se presenta después de la adolescencia en el desarrollo psicosocial. Solo cuando se forma un verdadero sentimiento de identidad resulta posible una auténtica intimidad. Por el objetivo de este trabajo, sólo se mencionará que una falla en la consolidación de la identidad repercutirá en el tipo de relaciones íntimas (amistad o erótica) del sujeto, el adulto joven que no está seguro de su identidad elude la cercanía con las personas o se lanza a actos promiscuos, sin auténtica fusión ni intimidad.

## 1.7. Crisis que revive otras crisis

El conflicto adolescente tiene como bases el alejamiento progresivo de los padres, impuesto por la madurez biológica, y el emprendimiento de una búsqueda de identidad nueva, con la elaboración de los duelos concernientes: por la pérdida del cuerpo infantil, por la identidad y rol de niño y por la representación de los padres de la infancia. Este conflicto, comúnmente, el adolescente lo vive de modo turbulento y su solución no se presenta de manera completa, deja residuos en el sujeto. En el adulto, un evento significativo puede remover esos remanentes conflictuales y hacerlos reaparecer, no hay mejor manera de que estos reaparezcan que observando en otro lo que un día se vivió. El arribo a la pubertad en el niño provoca en los padres reminiscencias temidas y vengativas, y vuelven a los tiempos de su propia pequeñez (Blos, 1971). Esta idea es reafirmada por Aberastury y Knobel (1987), “es sabido que muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos, reviviendo sus propias situaciones edípicas conflictivas”.

Este tema fue uno de los que motivó la realización de este trabajo. El desarrollo adolescente lo único que necesita es ser acompañado con límites, provenientes principalmente del entorno familiar; no obstante, la condición del sujeto adolescente promueve que resurjan los remanentes conflictuales de esta etapa en el adulto (en sus padres o personas de su entorno), y por proyección éste ve en el joven los propios conflictos que está re-viviendo. Como consecuencia, la angustia generada puede provocar que el adulto se inmiscuya más allá del simple acompañamiento que demanda este desarrollo.

Peter Blos (1971) refiere que “a través de la formación de una familia nueva el joven adulto crea una constelación emocional con la ayuda de la cual él espera dominar cualquier remanente edípico que amenace con reaparecer”. Sin duda, este evento puede ayudar a dominar, de inicio, estos residuos conflictuales; empero, no será suficiente cuando existan hijos y estos lleguen a la etapa que estamos estudiando. Se apuesta más a que el Yo, al finalizar la adolescencia, domine esos remanentes conflictivos. Como se observó, hay un trabajo en la adolescencia tardía para incorporar

los restos conflictivos a interés yoicos, y el surgimiento del verdadero interés por la paternidad (o maternidad) puede ayudar, *a posteriori*, al dominio de estos remanentes conflictivos cuando se presenten.

Hasta aquí hemos visto como el adolescente vive sus cambios; no obstante, también los padres se ven afectados por este desarrollo. Al perder para siempre el cuerpo infantil de su hijo, ambos se ven forzados a enfrentar una realidad, el paso del tiempo y el envejecimiento. La crisis superada por el hijo despierta otra crisis en el adulto. “Ahora ya no podrá funcionar como líder o ídolo y deberá, en cambio, aceptar una relación llena de ambivalencias y de críticas” (Aberastury y Knobel, 1987). Tanto los padres como el hijo ponen en tela de juicio el tipo de educación que él recibió, y la capacidad y los logros crecientes del hijo obligan al adulto a enfrentarse con sus propias capacidades y a evaluar sus logros o fracasos. El sentimiento de culpa que existe en los padres de aquellos que se insertan en el mundo de las drogas y de la violencia o que dejan de estudiar da evidencia de este punto.

En el caso de los padres adolescentes, si es que viven juntos o no, conforme crezca el hijo estarán más predispuestos a que éste les re-viva aquello que dejaron inconcluso. De por sí, “más allá de los siete años del niño, a las parejas les cuesta mucho mantenerse juntas dentro de un mismo nivel de consideración amorosa de sus diferencias. La distancia entre los padres se agranda” (Dolto, 1990); esto se enfatiza más en aquellos que no han vivido suficientemente bien su adolescencia, como en el caso de este tipo de padres, por lo que, conforme crece su hijo sienten un gran anhelo de una nueva adolescencia.

Como se mencionó, el crecimiento de los hijos obliga a los padres a enfrentarse con el paso del tiempo; sin embargo, cuando estos (o cualquiera de los dos) se niegan a aceptar esta realidad suelen imitar conductas y actitudes de su hijo, o en el otro extremo, siguen tratándolo como niño. Ésta es una crisis que afecta en gran consideración a los jóvenes, de acuerdo con Dolto (1990), “lo que más hace sufrir a los adolescentes es ver que los padres tratan de vivir a imagen de sus hijos, y quieren hacerles la competencia. Es el mundo al revés”. Esta situación puede deberse a que algo o alguien les impidió vivir y disfrutar (con todo lo que implica) su adolescencia o es

la manifestación de su renuencia al paso del tiempo. De cualquier forma, cual sea el motivo de este comportamiento tiene su raíz en una falla en el desarrollo, ya que considerando las palabras de Aberastury y Knobel (1987), un buen desarrollo lleva a una aceptación de la vida, y ésta a una aceptación de la muerte; en pocas palabras a aceptar el paso del tiempo.

Se dejó este tema para finalizar la primera parte de este trabajo, después de haber echado un vistazo al desarrollo adolescente, con el fin de observar como éste genera angustia en los adultos de su entorno, convirtiéndose esta situación en un peligro más para el desarrollo adolescente. Blos (1971) refiere que en la adolescencia existen dos peligros internos que provocan pánico en el sujeto: el empobrecimiento del Yo y la ansiedad instintiva. Aquí, añadimos un tercer peligro, la angustia generada en el adulto ante la re-vivencia de sus residuos conflictuales. El adulto que proyecta sus conflictos en el joven, queriendo resolverlos inconscientemente en él, lo único que hace es alterar de algún modo el desarrollo del adolescente. En el tercer capítulo se desarrollarán algunos puntos con relación a este tema.

## Capítulo II

# Conformación del medio familiar

La realización de este capítulo tuvo como finalidad no dejar un espacio entre el anterior y el siguiente. Para hacer más comprensible el entorno familiar del sujeto adolescente se revisará de manera genealógica su formación, desde que los padres establecen una relación de pareja hasta la llegada de los hijos. Sin embargo, si revisamos la estructura general de este trabajo puede ser visto también como la continuación de la etapa adolescente; no obstante, el objetivo es revisar el tipo de relación de pareja y la manera en que evoluciona a la paternidad, como precursor del medio familiar en donde se desarrollará el futuro adolescente. Así como se tuvo que revisar las etapas previas a la adolescencia para comprender lo que se presenta en ese momento, de igual modo se pretende revisar las etapas previas la formación de la familia para comprender cómo cada integrante se mueve dentro de ella; y sobre todo, para fines de esta investigación, comprender el tipo de dinámica familiar en la que se encuentra sumergido el adolescente y observar cómo ésta influye en su desarrollo.

### 2.1. Búsqueda de la pareja en la cultura mexicana

Una vez que el sujeto decaetiza sus figuras paternas infantiles necesita depositar la libido en otros objetos. Estos pueden ser los amigos y/o aquella persona que se elija como objeto erótico. Mientras se encuentra a ese objeto la libido quedará flotante, y entre más logre el sujeto separarse de las ligas objetales tempranas se producirá en él un estado de angustia, que con la conciencia de sí mismo promoverá la sensación de soledad. “La necesidad más profunda del hombre es, entonces, la necesidad de superar su separatividad, de abandonar la prisión de su soledad” (Fromm, 1983). Así, Erikson refiere que el sujeto cuando pasa de la etapa adolescente se encuentra entre lograr una *intimidad* o quedarse en el *aislamiento*. Como se mencionó antes, “para trabar una relación estrecha con otra persona, primero necesitamos un sentido relativamente estable de identidad. Sólo entonces estamos listos para establecer una

pareja, una unión y una intimidad con otras personas... Sin este sentimiento de intimidad y dedicación, nos aislamos, incapaces de sostener relaciones personales satisfactorias. Si nuestro sentido de identidad es débil y la intimidad lo amenaza, huimos e incluso atacamos todo lo que se inmiscuya en nuestra vida” (Frager & Fadiman, 2001). Por lo tanto, la angustia básica –la que se origina de la imposibilidad de satisfacer los propios impulsos por sí mismo–, más la angustia que surge de la vivencia de separatidad, más las razones culturales respecto a la formación de la pareja, hace que esta situación no deje de ser una necesidad humana.

El tipo de angustia de las primeras relaciones de objeto será la base para las sucesivas relaciones objetales. “Estas experiencias de angustia son resultado de la relación con los primeros objetos, y la ubicación del sujeto frente a ella será el soporte desde donde se movilizarán las sucesivas escenificaciones afectivas. Entonces, la referencia básica para elegir pareja es la relación con los padres o la fantasía que se tiene de ella” (Ortega Hernández, en Rossi, 2005). El individuo tratará de re-encontrar esa unión total que constituyó la relación con la madre. Se hallará en un dilema, ya que por un lado buscará la ilusión de unión, de un mundo perfecto y placentero; y por otro, se vinculará con una persona que pertenece a un mundo limitado e imperfecto. Al elegir pareja se revivirá de manera inconsciente situaciones de la niñez, y precisamente se elige al objeto que responde a las reacciones de la conflictiva infantil y las promueve. En el proceso de elección de pareja hay elementos transferenciales –deseos inconscientes que se actualizan sobre ciertos objetos– que condicionan a elegir a una persona y no a otra. “Los deseos inconscientes que se actualizan en el objeto de ‘elección’ son los que el sujeto no logró satisfacer y adquirieron un aspecto traumático que resultó de la relación con los padres” (Ibíd.). Sin embargo, a mayor distorsión de la persona por estos elementos transferenciales, menor probabilidad de éxito en la pareja. Como acontecimiento primordial del sujeto adulto, la relación de pareja es una decisión consciente, promovida por lo general, por una conflictiva inconsciente.

La relación de pareja proporciona al individuo la oportunidad de resolver situaciones traumáticas y así acceder al amor maduro; el sujeto inconscientemente repetirá la necesidad insatisfecha a fin de dominarla, y en el mejor de los casos resolverla. No

obstante, casos excepcionales, mediante la pareja logra solucionar estas situaciones traumáticas y los aspectos transferenciales que determinaron la elección de objeto (Ibíd.). Sólo si se resuelven estas situaciones, la elección y la relación de pareja se basará en una realidad objetiva y consciente, se aceptará a la persona con su individualidad, dejando de lado la fantasía de un mundo perfecto y unión total (simbiótica).

Las circunstancias de lugar y tiempo, como el vecindario, la escuela, el trabajo, una reunión o una fiesta, son importantes para que se conozca e interactúe la pareja. Sin embargo, en la actualidad el lugar ya no es un impedimento para entablar una relación. El *chat* y las *redes sociales* han abierto nuevos campos para iniciar la interacción entre los miembros de la pareja.

Un paso previo a la relación de pareja sería el noviazgo, “relación que se establece entre dos personas interesadas una en la otra con alguna connotación sexual, que va desde besos hasta relaciones sexuales, sin llegar a la formación de una familia” (Córdova, en Eguiluz, 2003). La literatura que habla de las relaciones de pareja refiere un elemento importante en éstas: el compromiso. Actualmente se observa en las parejas una confusión, ya que sus relaciones parecen ser más de noviazgo que de pareja. La primera se queda en el conocimiento y la atracción sexual, la segunda bien puede ser la evolución del noviazgo. La atracción física y/o personal produce un estado conocido como *enamoramiento*, “se caracteriza por la atracción física y por la idealización en que cada uno sobrevalora al otro y niega sus aspectos negativos” (Curiel, en Rossi, 2005). Cuando esa atracción se desvanece, entonces se pierde la fascinación por el otro. Si se estableció una relación de pareja en este lapso, con todo lo que involucra, es el momento en que muchas de ellas se disuelven y se pierde lo que se ha logrado, y si llega a haber hijos éstos son los más afectados. Situación que está ocurriendo con mayor frecuencia en nuestra cultura. El elemento *compromiso* (además de la *intimidad*), y su manifestación en *mantener* la relación será lo que distinga la relación de noviazgo de la relación de pareja.

Según Sternber (1990), mencionado por Rage (1996), los elementos más importantes en la relación de pareja está en el que él llama “‘triángulo del amor’”, esto es, que la

pareja debe vivir la intimidad, la pasión y la decisión/compromiso". La intimidad involucra el deseo de promover bienestar y el sentimiento de felicidad junto con la pareja, respetar a la persona, contar con ella en momentos de necesidad, un entendimiento y comunicación mutua, así como la valoración de la persona amada. En la intimidad es necesario derribar los muros que separan a una persona de otra. "Según Erikson, la intimidad no se limita a las relaciones sexuales, sino que comprende el cariño y el compromiso. Son emociones que se pueden manifestar abiertamente, sin recurrir a los mecanismos de autoprotección ni de defensa y sin temor de perder el sentido de identidad personal. Podemos fusionar nuestra identidad con la de otra persona sin sumergirnos ni desaparecer al hacerlo" (Schultz & Schultz, 2010). La misma idea, pero en otras palabras, la expresa Tapia Villanueva (en Eguiluz, 2007), la intimidad "es la apertura del sí mismo, que consiste en exponerse dejando a la luz las fragilidades y contradicciones en una relación de confianza con otro presente, en un clima emocional de empatía, validación, contención y aceptación". Este mismo autor refiere a Snarch (1991), quien hace una diferencia entre la intimidad para ser validado por el otro y la intimidad para validarse a sí mismo. La primera lleva implícita la pérdida de la autonomía y la dependencia del otro. Llevará a la pareja a vivir con temores a la cercanía, al miedo al abandono, a la fusión y al control y posteriormente a la evitación y lejanía emocional. En cambio, la intimidad para validarse a sí mismo implica la confianza de abrir el sí mismo ante otro para conocer la propia identidad y conflictos, la autonomía de hacerse cargo de ello ante otro que da la necesaria contención para la intensidad de esta exposición. En palabras de Tapia, "la intimidad para la validación del sí mismo es difícil y dolorosa pero será el recurso con que contará cada miembro de la pareja para desarrollar una relación amorosa enriquecida y una sexualidad plena", indicando también, que "tal vez lo más valioso de la intimidad en una relación de pareja sea la posibilidad de encontrarse con uno mismo ante otro, en un ambiente de confianza, tal vez no en un contexto incondicional y no siempre empático, pero sí en un ambiente emocional donde el sí mismo es aceptado como legítimo" (Ibid.). El tipo de intimidad estará determinada según el grado de autonomía y diferenciación de los miembros de la relación.

La *pasión* es ese estado de intenso deseo de unión con el otro (Rage, 1996). La solución plena en el logro de la unión interpersonal, la que alivia el estado de separatividad y fusiona a una persona con otra, está en el *amor* (Fromm, 1983). “Pasión, amor e intimidad tienen una fuerte interacción. Con frecuencia se alimentan entre sí” (Rage, 1996). El deseo sexual es la manifestación de la necesidad de amor y de unión. De acuerdo con Padilla y González (2011), “la pareja es la unión de dos compañeros sexuales, con miras a vivir una vida en común y duradera”, el momento en que se elige a la persona se acepta compartir con ella la intimidad, el amor y el sexo. La relación sexual está implícita en la relación de pareja.

Y el tercer elemento del triángulo tiene dos aspectos: la decisión de amar a la persona y el compromiso de mantener el amor; sería conveniente subrayar *decisión* porque amar es un sentimiento que se expresa en acción, de nada sirve sentir si no decidimos actuarlo, al igual que el *compromiso* de mantener ese vínculo con la persona que se eligió.

En la vida de pareja de mezclan ingredientes de amor y de agresión, de erotismo y de locura, del más profundo bienestar y la más dolorosa tristeza. Entre estos estados se encuentran las personas que deciden entablar una relación de pareja. Sin embargo, el vínculo amoroso en nuestros tiempos parece estar subordinado al lema “mientras dure”, así se deja de lado el contrato matrimonial oficial, sea legal o eclesiástico. Las parejas de hoy se encuentran entre el pensamiento de “hasta que la muerte nos separe” y “mientras dure”, “de tal forma que las parejas contemporáneas se encuentran en la incertidumbre sobre la duración del amor y parecen buscar algo o alguien que les explique no sólo cómo es el amor en la pareja, sino cómo amarse” (Velasco Alva, en Eguiluz, 2007), de ahí el gran éxito de aquellos libros, revistas y programas de televisión que hablan de *tips* para mejorar o entablar una relación de pareja. Esa inestabilidad en el vínculo amoroso y la incertidumbre acerca de su duración muy posiblemente tenga una correlación con un vínculo inestable en las relaciones objetales tempranas. Las madres mexicanas contemporáneas, en su mayoría, tienen que insertarse en el ámbito laboral para solventar o ayudar en gastos del hogar, situación que induce a que los hijos sean cuidados por otros, sea familiares cercanos, vecinos o

se paga a una persona capacitada para cuidar niños. Ante esta situación los hijos desarrollan un vínculo inestable y la incertidumbre sobre cuándo, a qué hora se va, a qué hora llega, cuándo está con ellos, cuándo no, en qué momento pueden contar o no con ese objeto de amor llamado “mamá”. La necesidad que manifiestan las personas en conocer cómo amar y ser amadas es un modo de querer regresar a ese arquetipo de unión para toda la vida, que reduce y evita la angustia de separación.

Velasco Alva (Ibíd.) menciona que la llamada posmodernidad, un movimiento surgido espontáneamente, rompió con muchos postulados idealistas de la modernidad, entre ellos idea del amor que conduce al matrimonio como opción única que conduce a la felicidad y a la formación de la familia nuclear. Lyotard (1979), citado por Velasco Alva (en Eguiluz, 2007), “señala precisamente como característico de la posmodernidad ‘la pérdida de la creencia’, el derrumbe de las viejas certezas, en donde la incertidumbre y la crisis parecen ser el sello de la época actual”.

La nueva forma de pensar consta en buscar el placer sin considerar las consecuencias de lo que se hace, la meta ya no está centrada en la búsqueda de realizaciones, sino en dejar que transcurra el tiempo sin mayor preocupación, una forma maniaca de negar la incertidumbre acerca del amor, el trabajo y la vida; sus consecuencias las encontramos en la estadística de adicciones, embarazos no deseados, en accidentes y enfermedades provocadas por el mismo hombre.

Velasco Alva (Ibíd.) considera que la posmodernidad ha producido una “ética hedonista” con un fondo nihilista; sin embargo, en la época helenística fue donde sí se presentó una verdadera ética hedonista propuesta por Epicuro, donde la búsqueda del placer no se entendía en el sentido vulgar de la desmesura y el hartazgo, sino en todo lo contrario: la medida, la sensatez, la imperturbabilidad. De acuerdo con esta ética “nos debemos de acercar al placer mediante la sensibilidad y nuestra capacidad de pensar, poniendo límites al cuerpo, pues la desmesura nos coloca en riesgo de experimentar el dolor... El placer implica la consideración de límites a las demandas, a los deseos...” (Corres, 2011). En realidad lo que se está viviendo actualmente es una época pseudo-hedonista con un fondo nihilista.

La cultura norteamericana ha invadido a la cultura mexicana de programas televisivos y productos donde el énfasis en la apariencia, en lo físico, en lo plástico y en el ideal de la pareja eternamente joven, sin hijos y sin lazos con la familia, que empiezan a marcar un modo de vida entre los mexicanos. Hoy en día hay un gran interés por la tecnología y por el pragmatismo, se busca todo lo que facilita la vida placentera e intrascendente. La tecnología debería de estar al servicio del humano; empero, su desmesurado avance ha deslumbrado al hombre de tal modo que es él quien se subordina a la tecnología. Por consiguiente, en virtud de los avances tecnológicos las relaciones humanas, de pareja, gradualmente se transforman en relaciones virtuales. El amor electrónico deshumaniza la experiencia vivencial de contacto y la intimidad. “La tecnología de la información está cambiando no sólo las pautas de interacción humana que hasta ahora se llevan a cabo por el contacto directo presencial de las persona entre sí, sino también las tradicionales pautas y ritos del cortejo y la conquista amorosa presencial”. (Velasco Alva, en Eguiluz, 2007). Para aquellas personas carentes de una identidad relativamente estable, este tipo de contacto virtual es excelente, así no se pierde en la intimidad y en el contacto con el otro. De acuerdo con la opinión de este autor, esta situación ayuda a la pareja posmoderna a ocultar su gran temor a la verdadera intimidad. Además de que el chat y el celular, por un lado pueden aliviar la sensación de soledad de los amantes y por otro puede motivar la persecución y el control del ser amado, provocando una reducción del deseo por la pareja.

Hasta la década de los 70's las relaciones de pareja en México fue considerablemente estable. Desde de la década de los 80's a la actualidad el índice de divorcios ha aumentado, hoy de cada 100 matrimonios 16 deciden disolverse (INEGI, 2013). Esta cifra fue considerada de acuerdo con aquellas parejas que decidieron legalmente unirse; no obstante, aunque se carezca de una cifra específica hay que considerar a aquellas que no decidieron contraer matrimonio por la vía legal o religiosa, las que vivieron en unión libre y después se separaron, ya que la cifra de matrimonios, en contraste con la de divorcios, va en descenso. “Hoy en día muchas parejas eligen precipitadamente el camino de la separación o el divorcio, colocando a la pareja en crisis” (Velasco Alva, en Eguiluz, 2007). Pero la necesidad de un objeto de amor, la necesidad de pareja, incita la formación de una nueva, y si en la anterior hubo hijos el

producto será una familia reconstruida, “los míos, los tuyos y los nuestros”. Frecuentemente ésta también carece de éxito debido a los problemas emocionales y operativos, que conducen a un segundo rompimiento.

Por último, la pareja actual en México enfrenta el dilema de formarse mediante el modelo tradicional, el de la familia nuclear; o el reciente, impuesto y motivado por la cultura norteamericana, el de la pareja eternamente joven, que acarrea dudas, ambivalencias y culpas, manifestadas en preguntas como ¿tener hijos o no?, ¿desarrollarse laboral y profesionalmente o dedicarse a la crianza de los hijos? “Los inicios del siglo XXI presentan un panorama de la pareja mexicana con una identidad difusa, polarizada, fragmentada... Las nuevas modalidades de relación implica acomodos intrapsíquicos y nuevas reglas de interacción” (Ibíd.). De acuerdo con la idea de Velasco Alva (Ibid.), actualmente podemos hablar de una psicopatología del vínculo amoroso, y tenemos que empezar a construir técnicas específicas para su tratamiento”.

## **2.2. La unión de la pareja**

### **2.2.1. Cuando el amor une a la pareja**

Es bien sabida la diferencia entre intenso estado de *enamoramiento* y el sentimiento de *amar*. El enamorarse supone la facultad de unir la idealización –la representación que se deposita y se espera que el otro la actúe, que contiene cierto grado de libido narcisista sumada al deseo inconsciente de unión total y placentera– al deseo erótico; “se caracteriza por la atracción física y por la idealización en que cada uno sobrevalora al otro y niega sus aspectos negativos” (Curiel, en Rossi, 2005). La libido flotante en el Yo se deposita en el objeto y le hace adquirir un lugar y una importancia protagónica. El enamoramiento es un antídoto contra el vacío. Estar enamorado resulta “aún más maravilloso y milagroso para aquellas personas que han vivido encerradas, aisladas, sin amor” (Fromm, 1983), el grado de “locura” de una persona por otra, como prueba de la intensidad del “amor”, sólo muestra el grado de soledad interior. El enamorado vive la ilusión de sentirse completo, que le da la sensación de plenitud, pero la realidad ante la

ausencia del objeto le produce una de las grandes angustias, la de la separación. De acuerdo con Carena y Filidoro (en Eguiluz, 2007), el enamoramiento se apoya en funcionamientos narcisista arcaicos; la misma idea la aporta Ortega Hernández (en Rossi, 2006) “‘el estado de enamoramiento’... encubre el deseo de conservar viva la infancia mítica, idealizada y perdida en el pasado de su propia familia”

Velasco Alva (en Eguiluz, 2007) alude que el enamoramiento es componente inicial del amor, que tradicionalmente se considera un movimiento inicial de pasión creciente, lábil e intensa; que puede o no evolucionar hacia el amor. Hay parejas que se forman sobre la fantasía del enamoramiento, anulando diferencias y distancias, estableciendo una relación en espejo donde todo indicio de diversidad es motivo de conflicto (Cueriel, en Rossi, 2005).

Considerando que el enamoramiento es un estado pasajero, tarde o temprano se presenta el desenamoramiento, entonces, reaparecen los aspectos negados de la pareja y se rompe la fusión, se pierde la fascinación por el otro. Para que el enamoramiento se vuelva amor, de acuerdo a Curiel (Ibíd.), se tienen que elaborar las heridas narcisistas propias del desenamoramiento, el amor implica un trabajo psíquico en el cual cada uno considera y comprende que no será capaz, nunca, de llenar todas las expectativas y deseos del otro. “Es necesario que cada persona elabore su soledad, tolere el vacío y acepte el paso del tiempo”. Integrando los aspectos desagradables y agradables de la relación, de la pareja y de sí mismo; sólo así, se deja de esperar más de lo que una persona, que se ubica en un mundo imperfecto, puede dar de sí misma.

El *amor maduro* no es un sentimiento fácil para nadie, ya que implica la acción de dar en vez de recibir. De acuerdo con las palabras de Fromm (1983), “la satisfacción en el amor individual no puede lograrse sin la capacidad de amar al prójimo, sin humildad, coraje, fe y disciplina”. Entonces, el *amor*, es un sentimiento que requiere absolutamente de la acción. “El *amor maduro* significa la *unión a condición de preservar la propia integridad*, la propia individualidad... El *amor* es la *preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos*. Cuando falta tal preocupación activa, no hay amor”

El tema del amor en la relación de pareja es profundo, pero para fines de esta investigación y de este capítulo, se tomara en gran consideración este último punto. De acuerdo con la ética de Levinas, el Yo tiene tres formas de vincularse con la alteridad, con el otro, a través de la erótica, la paternidad y el maternaje. “En el amor de pareja es indispensable el *respeto* y la *responsabilidad* hacia el otro” (Corres, 2009). Fromm (1983) considera a estos elementos, además del *cuidado* y el *conocimiento* del ser amado, como básicos en todas las formas del *amor*. El amor, como virtud obtenida de la solución exitosa de la crisis aislamiento vs. intimidad, es la “dedicación mutua, supera los antagonismos inherentes a la polarización sexual y funcional y es la energía vital de los adultos jóvenes” (Erikson, 1980).

### **2.2.2. Cuando los hijos une a la pareja**

La unión de la pareja por medio el *amor* es una manera prototípica que los humanos hemos perseguido y nos es ejemplificada a través de los cuentos y las novelas. Sin embargo, es fácil encontrar que la realidad en muchos casos es otra, la evolución de la pareja en familia es un acto no esperado ni planeado. Lo tradicional –a pesar de que actualmente se vive una relación bajo la idea de “mientras dure”– en la formación de la pareja es seguir un transcurso que va desde el cortejo, pasando por el noviazgo (procesos de idealización) hasta la integración de los afectos y los elementos negativos y positivos de la relación, de la pareja y de sí mismo. Pero este proceso de transformación de la relación de pareja en familia, en muchas ocasiones, es precipitado por el advenimiento de un bebé.

Como refiere Gómez Herrera (en Eguiluz, 2003) “es más común que las parejas de adolescentes se vean obligadas a unirse por embarazos no planeados”; no obstante, hay casos en los adultos en que también el hijo une de alguna manera a sus padres, estos pueden ser los que surgen de triángulos amorosos o aquellos adultos que buscan retener mediante el embarazo a la pareja.

Ante un triángulo amoroso, donde la mujer frecuentemente es la que se involucra con un hombre casado, el embarazo surge como un deseo inconsciente de tener un

recuerdo o de esa manera unirse con el hombre, ya que de otra forma resulta imposible. Así lo menciona Alizade (1998), citada por Alarcón (en Rossi, 2005), “la mujer desea procrear sola, o llevarse a un hijo como ‘recuerdo’ de una relación en vías de terminar”. No obstante, la llegada del hijo reaviva la fantasía de que la relación proseguirá y que el hombre de esta manera se quedará con ella. Además, este autor menciona que embarazarse de un individuo con quien no se tiene posibilidades de consolidar una relación hace pensar más en necesidades inconscientes.

En otros casos, que también son comunes, el embarazo surge como una forma de apresurar el compromiso de la relación. Tanto hombre como mujeres, adultos o jóvenes, han ocupado este evento para así retener a la pareja y que “no se les vaya”. De estos casos, lo más alarmante es cuando el hombre consigue el objetivo, siendo que la mujer debería llevar el control de lo que pasa en su cuerpo, frente a esta situación la mujer perdió por completo la voluntad de decidir lo que ocurre en él. Perdió la autonomía de ser ella y se puso a disposición de vivir en función del hombre. Posiblemente este deseo de apresurar la relación se deba a la angustia de separación, una vez que se tiene un objeto de amor, o que éste relaja en cierta medida la angustia por separación, lo que se busca es evitar su “huida” y experimentar de nuevo este sentimiento. Carena y Filidoro (en Eguiluz, 2007) mencionan que un tipo de enamoramiento se da no por la pareja sino por lo que representa la institución de la familia. “Hay individuos que desean fervientemente acceder a esa institución por razones que en sí mismas son independientes de la personalidad del otro ser humano que se elige para organizarla: desean tener hijos, no estar solos, etc. El otro no interviene más que acordando un estado de unión indisoluble”. Aquí, Los hijos y su madre, o su padre si es el caso, son utilizados para llenar el vacío de una persona, por lo que el desarrollo de los vástagos se verá afectado de alguna manera ya que no se busca hacer de ellos personas exitosas y realizadas sino que su función radica en llenar un hueco emocional.

### 2.3. El nacimiento de los hijos

El nivel de compromiso y responsabilidad, para cada miembro de la pareja, aumenta con la llegada de los hijos. Además de que agrega conflictos a la relación de pareja, como lo señala Eguiluz (en Eguiluz, 2003), “en la mayoría de las parejas, la llegada del primer hijo trastoca la relación, simplemente por el hecho de que se modifican los tiempos y horarios de las actividades más elementales: la hora de los alimentos, las horas de descanso, el tiempo de trabajo, el tiempo de compartir con la pareja”. Con la llegada del primer hijo, la pareja alcanza un nivel más complejo de funcionamiento familiar.

Las dificultades de la pareja aumentan puesto que desde la gestación hasta los primeros años de vida del niño, éste necesita totalmente de la madre. “Por asociación, hablar de la infancia implica hablar de la madre, principalmente porque casi en todas las culturas una de las funciones de la madre es cuidar a los hijos en sus primeros años de vida, recayendo sobre ella la labor de educarlos y darles las primeras enseñanzas” (González Núñez, 1996). De acuerdo al lenguaje psicoanalítico, esta relación madre-hijo es también un tipo de relación de pareja, a la cual se le da el nombre de *diada*. Shubich (en Rossi, 2005), afirma que la primera pareja del ser humano es la madre, cuando éste nace, la madre ya tiene una relación con él, una relación simbiótica que a través de procesos psíquicos tienen que elaborar, tanto ella como el hijo, un proceso de separación. Empero, suele ocurrir, y más en las madres primerizas, que en esta relación simbiótica con el infante se deje de lado a la pareja, al padre del pequeño. “Tal situación puede provocar sentimientos de soledad, depresión y tristeza en la persona dejada a un lado, quien quizá enfoque estos sentimientos negativos en él recién llegado” (Eguiluz, en Eguiluz, 2003), esta situación puede provocar que el padre rivalice con el hijo, esto es, que el adulto puede sufrir una regresión a etapas previas, y a lo mejor superadas, de su vida; exigirá atención y reaccionará con violencia, se comportará como un niño caprichoso. En estos casos la llegada del bebé produce una separación de la pareja. ¿Cómo poder evitar esta rivalidad absurda? Principalmente será labor de la mujer pedir o aceptar la participación del padre en la educación y en el cuidado del hijo, además de que ella comprenda que también su pareja necesita de

atención y cuidados. Se sabe que un recién nacido duerme alrededor de 17 horas durante el día, pese a que las horas de sueño se reducen conforme crece, ese tiempo puede ocuparse, y sobre todo aprovecharse, para las actividades que la pareja tiene para sí dentro del hogar.

Sin embargo, podemos encontrar a aquellas parejas que entre sus metas está la espera de un nuevo integrando, construir una familia y trascender a través del hijo o los hijos, “de modo que, la llegada de un bebé al seno de la pareja parece no causar extrañeza a nadie ni trastornar las expectativas respecto a la relación” (Ibíd.). El grado de responsabilidad que implica tener un hijo suele percibirse menor si la pareja lo anhela, y sobre todo si ésta permanece unida a través de un vínculo de amor genuino. “Las personas unidas por un vínculo de amor, se dan más allá de sí mismos en la concreción y realización de los hijos. El hijo es, así, el reflejo de la unidad conyugal y la síntesis inseparable de la madre y el padre”. La labor que implica acompañar al hijo en su crecimiento y educarlo resulta más gratificante si la pareja se acompaña mutuamente. No obstante, en muchos casos el deseo de tener un hijo sólo está presente en uno de los dos que forman la pareja, y aunque se dificulta más la labor de educar y cuidar a los vástagos, el simple hecho de anhelarlos ya es un elemento que favorecerá su crecimiento emocional, sin más, Françoise Dolto a través del título de su obra afirma esto, “*Niño deseado, niño feliz*”. En la cual añade que “cuando aparece el hijo, cuando está presente y se le ama, uno se las arregla” (Dolto, 1997).

Se comprende que el ser padre o madre es un proceso sumamente complejo e imperfecto, ya que nadie lo termina con entera satisfacción y nadie lo atraviesa sin recibir en algún momento algún tipo de crítica. Pero a través de esta investigación se apunta a que el medio y las situaciones en que el sujeto se gesta y nace tienen una gran importancia, ya que serán los precursores más primitivos para su futuro desarrollo emocional y físico. El niño nace con un “equipo” que le permitirá enfrentar al mundo y adaptarse a él con mayor o menor facilidad, éste resulta de: la carga genética, las condiciones en que lo engendraron, la vida intrauterina y la calidad del trauma de nacimiento (Aberastury y Knobel, 1987). Lo más benéfico sería que ambos padres lo desearán y estuvieran fortalecidos a través de un amor genuino para resistir la labor de

educar y cuidar a los pequeños; sin embargo, la realidad nos muestra que en muchos casos no es así, pero resulta aún benéfico si cualquiera de los dos padres anhela y espera su llegada.

La paternidad “es una relación que va del yo al otro quien, de cierta manera, es todavía yo, pero a la vez, es absolutamente otro. Tanto las relaciones eróticas como las de paternidad, son de fecundidad... pues a partir de ella se genera algo que no estaba en nosotros, y se producen transformaciones” (Corres, 2009), ambas relaciones deberían de estar basadas en la acción de procurar la vida del otro. Velasco Suárez, citado por Carena y Filidoro (en Eguiluz, 2007), señala lo siguiente: “tener un hijo es un don, un regalo, el más precioso que podemos recibir junto con el de la propia vida. Debemos acogerlo como tal, cuidando y acompañando su desarrollo... Realizamos en verdad una dimensión esencial de nuestra plenitud humana al entregar nuestras vidas a estas otras vidas que se ofrecen, increíblemente pequeñas e inermes a nuestro cuidado”. Es así como el *verdadero* sentimiento de paternidad y maternidad encuentra el cauce a su realización y felicidad

## **2.4. La pareja, el rol parental y la crianza**

Estos tres elementos son los que dinamizan la familia. Con la presencia del primer hijo la mujer se convierte en madre, el hombre en padre, y el hijo ocupa un papel fundamental, en muchos casos es el depositario de los deseos y las fantasías de los padres. Tanto la paternidad como la maternidad no surgen de manera espontánea y definitiva, son procesos que se alimentan y crecen desde el momento mismo de la concepción. Sin embargo, mucho tiene que ver la historia de vida, el tipo de madre y padre, y cómo se vivió la niñez para que el potencial materno o paterno se exprese o se inhíba. Además de que las experiencias en cuanto a la relación padres-hijos influirán en su manera de anhelar y luego recibir a un hijo propio (González, Cortés y Padilla, 1996).

A pesar de que durante este trabajo se ha mencionado frecuentemente a la madre, y parecería que en ella se recarga toda la responsabilidad del cuidado de los hijos durante los primeros años de vida, no quiere decir que la figura paterna, y su función,

sea menos importante o secundaria con relación a esto. Sin embargo, sí necesitamos comprender que de la relación simbiótica madre-hijo el niño obtiene sus primeras fortalezas para enfrentarse después al medio; entre ellas está como básica la confianza, pero tal seguridad que la madre le proporciona al hijo ella la obtiene de su pareja (o esposo). Ahora observamos cuál es el papel del padre en los primeros años del hijo. Él, al cuidar y proteger a la madre de su hijo garantiza que ella le trasmite lo mismo a su vástago. Así lo refieren González et al. (1966), “si bien es cierto que es la madre quien da la seguridad al hijo en los primeros meses de vida, también es cierto que la sensación de protección la da el padre”.

No obstante, como regularmente ocurre en la población mexicana, la mujer cuenta poco con la protección de su pareja (aclarando que la protección va más allá de la cuestión económica), luego entonces, como madre intenta darle al hijo la seguridad (poca o mucha) que ella logra obtener como mujer, y de esto resultan dos cosas: que pese al esfuerzo de la madre por brindarle seguridad a su hijo, éste capta las emociones y fantasías de ella, conscientes o inconscientes, por lo que también se llega a sentir desprotegido; y, ante la desprotección de su pareja la mujer mexicana disocia sus dos expresiones de femineidad, la genital (su sexualidad con relación a su pareja) y la maternal. De este último punto obtenemos el porqué de la sobrevaloración de la figura materna en la cultura mexicana, ya que “frente a esta indiferencia o ausencia masculina, la mujer se valora socialmente como madre y así compensa su frustración en su papel de compañera” (Ibid.), por esto muchas mujeres mexicanas piensan que si no son madres tampoco son mujeres, una idea que se ha transmitido inconscientemente de generación a generación desde hace siglos.

No sólo la madre le suministrará al hijo lo que ella recibe de su pareja, sino también de esta relación simbiótica el pequeño desarrolla parte de la representación mental que tiene de su padre. Con las fantasías que va teniendo de él y del contacto directo con su progenitor termina por construcción la imagen paterna.

Después de que es a través de la madre de quien recibe la protección que proporciona el padre, el niño, conforme crece interacciona cada vez más con él de manera directa. Sin embargo, en virtud del tipo de cultura y educación de los mexicanos, estos casi no

manifiestan ninguna expresión de cariño hacia sus hijos, ya que se considera la expresión de afectos como un aspecto femenino. Cuando un niño juega con muñecos o a ser padre, por lo regular se le prohíbe y se le enseña que ese es “juego de niñas”. “Así se internaliza en el hombre la prohibición de lo que posteriormente se expresará como la prohibición de tener un contacto directo con el hijo real. El resultado de todo esto es que, ya desde pequeño, el derecho al hijo es un atributo femenino” (Ibid.).

A pesar de que los roles parentales se han ido modificando, es la cultura y la sociedad quienes en su momento restringieron los papeles sexuales y con ello marginaron al hombre de la preparación, involucración y participación de los cuidados y afectos hacia los hijos. Sin duda el hombre es tan apto como la mujer para acercarse al bebé de forma afectuosa, cálida y tierna. Pero éste no lo hace porque quiere mantener ese “sentimiento de ser un hombre”, negando toda actitud o sentimiento que se le considere femenino. Sin embargo, un verdadero hombre es aquel que acepta tanto sus núcleos masculinos como femeninos y, con la realización de ser un padre, bien identificado con sus afectos, favorecerá su actitud de masculinidad, y entonces, transmitirá lo que genuinamente es (Ibid.). La identidad del hombre mexicano ha estado sobre una base mal fundada.

Las funciones de la figura paterna abarcan varias áreas. Desde el punto de vista biológico, es a través de él, con la aportación de su cromosoma, quien decide el sexo del hijo. También tiene como función aportar dinero para la manutención de la esposa y de los hijos. Y desde el punto de vista psicológico, es quien “debería estar en disposición de asimilar las cargas agresivas de la esposa frente a los hijos y de los hijos frente a la esposa, ejerciendo una función rescatadora de ambos”, además, “el padre debe absorber las cargas eróticas de la esposa, para que éstas no sean desplazadas a los hijos” (Ibid.), y ayudar a que el hijo domine sus impulsos, al hacer esto está colaborando a que el pequeño se rija mediante el proceso secundario de pensamiento y establezca así la capacidad de demora y tolere la frustración, necesarias para adaptarse a la realidad. La función del padre es enseñarle al hijo cómo solucionar los problemas que la sociedad le plantea, en especial en la que nació (Fromm, 1983). En pocas palabras, de acuerdo con las teorías psicoanalíticas, la función paterna consiste

en dar guía ante los problemas y establecer una autoridad que dirija y que dé sentido de realidad al sujeto, además de ser la figura que dé corte al vínculo incestuoso entre la madre y el hijo.

A través de describir, grosso modo, el proceso de desarrollo del sujeto podemos observar implícitamente la función materna. No obstante, Fromm (1983) nos señala que la madre es calor, es alimento, es ese estado eufórico de satisfacción y seguridad. Sin embargo, estas características maternas pueden exagerarse cuando en la mujer no hay satisfacción en su relación de pareja; así en vez de ser benéficas llegan a ser perjudiciales para el desarrollo del sujeto. El problema no está en que la mujer tenga o una pareja, sino que independientemente de esta situación no tome al hijo como sustituto o compensación de ésta cuando su relación le produce insatisfacción.

El arquetipo de madre es una figura dadora de amor incondicional, que nunca trata de impedir el crecimiento y desarrollo de su hijo. “Querer que el niño se torne independiente y llegue a separarse de ella debe ser parte de su vida” (Ibíd.); no obstante, esto sólo ocurre cuando la madre está satisfecha también como mujer, cuando hay una satisfacción en su relación de pareja y en las demás esferas de su vida. Corres (2006) menciona a P. Aulagnier, quien habla acerca de la progresión del deseo de ambos padres, “de modo que ellos no solamente deseen a su hijo, sino que deseen que su hijo tenga un hijo, que pueda desear a alguien con quien haga su vida y realice su sexualidad. Para que una madre permita que su hijo tenga un espacio propio, es condición necesaria que ella misma goce de un espacio como individuo, de una autonomía, de independencia. Así, se produce el mismo efecto en el hijo, es decir, el de transmitir a la siguiente generación, la prohibición, el límite, que permitirá la formación de otro sujeto, con su espacio propio”

Cuando se habla de función no necesariamente tiene que ser llevada a cabo por la madre o el padre biológico, y a pesar de que se mencione al padre o a la madre tal cual, se está haciendo referencia a las funciones que sobre ellos han recaído, ya que en muchos casos la función materna o paterna es transmitida por otra persona que no es la madre o el padre biológico. Como señala Eguiluz (en Eguiluz, 2003), al inicio del nuevo siglo, “las diferencias tan notables entre hombres y mujeres se han estrechado,

los roles de género ya no son tan claros ni tan rígidos y las brechas entre generaciones corresponden a intervalos cada vez más pequeños, de modo que las dificultades que implican la paternidad y la maternidad han aumentado”. Sin embargo, cualquiera que sea el caso el sujeto debe recibir, o él buscar la forma de recibir, las dos funciones; y del progreso de la relación centrada en la madre a la centrada en el padre él debe internalizarlas, de modo que su síntesis sea la base para su salud mental y el logro de su madurez. Así lo expresa Fromm (1983), “la persona madura llega a la etapa en que es su propio padre y su propia madre. Tiene, por así decirlo, una conciencia materna y paterna... La persona madura se ha liberado de las figuras exteriores de la madre y el padre y las ha erigido en su interior... elaborando una conciencia materna sobre su propia capacidad de amar, y una conciencia paterna fundada en su razón y su discernimiento”.

## Capítulo III

# Los padres frente al hijo adolescente

Después de haber echado un vistazo a la conformación del medio familiar en virtud de la llegada del primer hijo, encontramos que esta composición de padre, madre e hijo (o hijos) en la cultura occidental tradicionalmente la denominamos *familia*. Con ayuda de la teoría sistema se puede definir a ésta como “un conjunto organizado e interdependiente de unidades ligadas entre sí por sus reglas de comportamiento y por funciones dinámicas, en constante interacción entre sí y en intercambio permanente con el exterior” (Robles en Eguiluz, 2003). La familia es la institución que conecta al sujeto con la sociedad. Desde la teoría sistémica la familia está compuesta por tres subsistemas: el conyugal –el esposo y la esposa–, el parental –las relaciones afectivas y comunicativas entre padres e hijos–, y el fraternal –formado a partir de que hay más de un hijo, es decir, el de los hermanos–.

“La personalidad del individuo depende de muchos factores. Uno muy importante es la estructura de la familia a la que pertenece, porque, al vivir el individuo en el seno de una familia, es miembro de un sistema social al que debe adaptarse” (González et al., 1996). Sin embargo, por el objetivo de este trabajo se acentuará el análisis en el segundo subsistema, se analizará cómo el rol parental puede apoyar o afectar el desarrollo de los hijos, y cómo todo conflicto con las figuras parentales, arrastrado desde la infancia, detonará en la adolescencia.

“Desde siempre, la sociedad y la cultura han establecido diferentes tipos de organización familiar, los que han ido cambiando según la etapa histórica que se vive y según los valores predominantes en ese momento” (Ibíd.). Actualmente podemos encontrar los tipos de organización familiar que se forman ya sea por el número de integrantes: *nuclear* o *extensa*; o por la forma de constitución: de *padres divorciados*, *reconstituidas*, *monoparentales*, *adoptivas* u *homoparentales*. Sea cual sea el tipo de organización familiar, desde la psicología psicoanalítica lo que importa son las funciones que se ejercen dentro de ella. La función materna, sobre todo en los primeros años de vida, es decisiva para un adecuado desarrollo emocional, y aunque la función paterna

cobra mayor importancia después de los tres años no deja de ser menos importante durante los primeros, desde el nacimiento del hijo es importante la función paterna para formar un ambiente emocional adecuado y saludable dentro de la familia, que complementa la influencia de la función materna.

Como se hizo en el primer capítulo, se rastreó el desarrollo del individuo desde las etapas más tempranas de su vida para conocer lo que sucede durante su adolescencia, aquí también se rastreará el modo de relación entre padres y el hijo adolescente desde sus primeras interacciones. Se ha dividido esta interacción, para fines prácticos, en tres bloques: durante la infancia (del nacimiento a los tres años aproximadamente), durante la niñez (de tres a seis años aproximadamente) y durante la etapa de la adolescencia.

### **3.1. Los padres y la infancia del hijo**

Durante este periodo se encuentran ubicadas las etapas oral y anal del desarrollo psicosexual propuestas por Freud, y las etapas oral-sensorial y muscular-anal del desarrollo psicosocial de Erikson. Al igual que en el capítulo primero, nos guiaremos más por los procesos que acontecen durante éstas tomando a la edad cronológica como referencia.

El ser humano cuando nace es el ser más indefenso de todos los organismos, necesita totalmente del cuidado y protección de otro, que por lo regular es la madre. Ella o el sustituto de ella junto con el “equipo” con el que nace el infante: genes, condiciones en que lo engendraron, estilo de vida intrauterina y calidad del trauma del parto (Aberastury y Knobel, 1987), promoverán que él comience a utilizar mecanismos defensivos para sobrevivir en su ambiente. Así lo refiere Shubich (en Rossi, 2005), “la naturaleza provee al bebé de una barrera contra estímulos mientras su estructura mental se va formando. De manera adicional, la madre funciona como escudo ante estímulos que el neonato no puede manejar”.

Durante los primeros meses, e incluso durante los primeros años, el padre como pareja emocional y sexual de la madre de su hijo, necesita tener toda la comprensión y el amor

posible ya que la relación de estos últimos en este periodo es completamente dependiente. La relación madre-hijo, antes y después del parto, por la naturaleza del infante es totalmente simbiótica. Es aquí donde el padre deberá mostrar su capacidad maternal adquirida durante su infancia, destacar esta capacidad maternal del hombre – del padre– es importante porque a través de ésta él sentirá empatía y entenderá la simbiosis como una unidad dual (González et al., 1996). Por medio del amor a la pareja y de esta empatía el hombre comprenderá que su esposa y su hijo se necesitan mutuamente, e inclusive puede sentir la necesidad de cooperar en el cuidado del bebé.

Como se ha mencionado, un primer objeto de amor es el pecho materno, por darle la satisfacción del alimento y por provocarle placer debido a que la libido en este momento de la vida se concentra en la zona bucal. Pero por extensión y por brindar todos los momentos de sensación voluptuosa como el baño, el aseo, el mecerlo, la madre se convierte, toda, en el *primer objeto de amor* del niño (Dolto, 1983).

La forma en que la madre alimente y le proporcione esas sensaciones placenteras al infante será de mucha importancia, ya que de estas dos relaciones, primero con el pecho materno y después con la madre completa, se obtendrá el prototipo de todas las relaciones amorosas posteriores, para ambos sexos (González et al., 1996); aparte de que a través de satisfacer sus necesidades le hereda seguridad y confianza. Sin embargo, la madre también recibe esa satisfacción, el verdadero sentimiento maternal es satisfecho, entonces, es así como existe “una reciprocidad en la gratificación de las necesidades que opera como respuesta circular entre madre e hijo” y “crea una interdependencia, que es la base para el crecimiento físico y emocional del niño sano” (Blos, 1971).

Si bien es cierto que es la madre la que le proporciona la seguridad al infante, parte de esa seguridad ella la obtiene de su esposo, compañero emocional y respaldo durante este periodo. “La mujer concebirá y llevará al niño en el vientre, lo dará a luz, lo amamantará y le dará todos sus cuidados, dependiendo de buena parte de los elementos que ella misma traiga, pero también de su relación con su pareja, del apoyo que encuentre en ella y de la retroalimentación que esté recibiendo. En una palabra, del amor que éste le brinde” (Sandoval citada por González et al., 1996). Durante los

primeros tres años la relación simbiótica con la madre es importante, pero también es cierto que el padre interviene de esta manera para asegurar un ambiente de amor y completar la seguridad y confianza que el infante necesita para las siguientes etapas y sucesos de su vida.

El infante desarrolla la representación mental del padre, en primera instancia, a través de la madre. En virtud del estado de simbiosis en el que se encuentran “es de su madre de quien el niño va a recibir prácticamente todo, en sus primeros meses de vida... Las emociones y fantasías inconscientes de la madre, captadas por el hijo, se realizan fundamentalmente a través del lenguaje preverbal de consciente a inconsciente. Es así como el niño tiene noticias de su padre a través de mensajes preverbales, ya sean conscientes o inconscientes” (Ibíd.). Las fantasías que el infante crea del padre y el contacto directo con él terminan de formar la representación paterna.

En el caso de la madre que no cuenta con una relación de pareja satisfactoria, por la carencia afectiva que padece, el hijo por lo regular representa un mecanismo adaptativo inconsciente que sustituye, de alguna manera, al compañero ausente (Ibíd.). Por medio del hijo ella tiene al hombre que no pudo tener. Esta situación, generalmente, lleva a los hijos a desarrollar sentimientos de inferioridad con respecto a otros niños, además de que la madre refuerza la dependencia del hijo, cuando al querer que supla a su pareja, llega a sobreprotegerlo. “Hay mujeres que tratan de hacer frente al problema y superarlo como tal, al convertirlo en experiencia vital y enriquecedora. Aún así, esto no es rasgo común en todos los casos, pues existen mujeres que se deprimen con frecuencia y acusan impulsos autodestructivos” (Ibíd.), por encontrarse en dicha situación. Una vez más, sea cual sea la situación de la mujer en cuanto a su relación de pareja, como madre nunca debe tomar al hijo como sustituto de ésta.

En el transcurso del primer año de vida, a través del desarrollo fisiológico y la relación que tiene con la madre, se empieza a delinear la diferencia entre el Yo y el no-Yo. La adquisición de la locomoción permite al infante desplazarse y separarse de modo gradual de ella, la psicología psicoanalítica denomina a esta fase como *separación-individuación* (Stribich, en Rossi, 2005). Mediante esta fase el sujeto elabora la representación mental de la madre. “A medida que el niño se da cuenta del mundo

externo, elabora una imagen mental de la madre que lo conforta” (Blos, 1971). González et al. (1996) citan a Margaret Mahler quien define estos dos procesos complementarios, “la *separación* consiste en la emergencia del niño de una fusión simbiótica con la madre y la *individuación* consiste en los logros, por parte del niño, de sus propias características individuales”. Son procesos entrelazados pero pueden darse en forma diferente y a diferente tiempo, pueden encontrarse divergencias por una demora o precocidad de uno u otro.

Asimismo, estos autores mencionan que el esquema general de la teoría de Mahler, sobre la simbiosis y la separación-individuación, consta de cuatro subfases:

- *Primera subfase*: se produce la primera ruptura en la relación con la madre. Aquí aparecen los objetos y situaciones transicionales.
- *Segunda subfase*: a través de la locomoción el infante goza de la movilidad, hasta la casi total exclusión de su interés por la madre, en algunos momentos. La madre en este momento tiene que estar en disposición de renunciar al cuerpo del hijo, y de estar presente para cuando él necesite de ella. Sin embargo, para unas madres esta situación representa una pérdida; aquellas madres que siguen acaparando al hijo y no le permite separarse e individuarse de ellas están coartando el inicio de su autonomía que *a posteriori* afectará en su decisión de ejercer el libre albedrío. Estarán afectando la emergencia de la *voluntad*, virtud de la segunda crisis de la teoría de Erikson; y hay que considerar que la voluntad del lactante se convierte en la habilidad del adulto de controlar los impulsos y los deseos, es decir, la moderación, además de que determina el ejercicio del libre albedrío (Frager & Fadiman, 2001).
- *Tercera subfase*: la angustia de separación en el infante produce señales de peligro, ante éstas él (o ella) tendrá la necesidad de acercarse a la madre; por lo tanto, la madre debe estar emocionalmente disponible para amortiguar su angustia de separación.
- *Cuarta subfase*: si todo ocurrió bien en las subfases anteriores, aquí es donde el infante “obtiene una individuación definida y de por vida y, en ciertos aspectos, un cierto grado de constancia objetal. El establecer la constancia objetal

depende de la gradual internalización de una imagen constante y positiva de la madre, también –diríamos– del padre y otros objetos” (González et al., 1996). Cuando la constancia de objeto se ha empezado a establecer, lo que ocurre alrededor del tercer año, se puede sustituir a la madre o al padre real por su imagen internalizada. Esta relación objetal (esta imagen internalizada) consolida la seguridad que los padres proporcionaron durante la relación simbiótica madre-hijo. Esto se puede confirmar en los pequeños que pueden irse a la escuela o separarse de los padres sin que lloren, debido a que ya llevan una imagen mental de los padres que lo cuidan y lo protegen. En cambio, si los padres están ausentes puede verse alterado el establecimiento de la relación objetal, dando origen a fantasías terroríficas o culpígenas.

Todo lo que ocurre de la segunda a la cuarta subfase del proceso separación-individuación se compagina con el entrenamiento de control de esfínteres. El desarrollo neuro-muscular y la relación objetal con la madre y el padre promoverán que el infante decida dar o no el primer producto que él fabrica: sus heces. “Lo trata como una parte de su propio cuerpo; representa el primer ‘regalo’ por medio del cual el pequeño se puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo” (Freud, 1905). Dependiendo del tipo de relación objetal, del grado de entendimiento con la madre y el padre, él (o ella) les hará un “regalo”, éste “será asimilado a todos los otros ‘regalos’ que se ‘hacen’, el dinero, los objetos cualesquiera que se vuelven preciosos por el solo hecho de darlos” (Dolto, 1983). Es decir, sólo si el entrenamiento de control de esfínteres se da en buenos términos su “regalo” será el precursor de que a él o a ella le guste dar de sí mismo a los demás, le guste producir (trabajar). Finalmente el control de esfínteres reafirma la diferencia del Yo y el no-Yo.

### **3.2. Los padres y su niño (a)**

De acuerdo con Peter Blos (1971), durante los primeros años de vida la polaridad hombre-mujer no tiene un papel psicológico en la actividad mental del niño. Sus primeros años los vive en una condición pasiva, mientras que a la madre la vive como

un ser activo. Esta polaridad activo-pasivo es pre-fálica; pero una vez que el niño se encuentre en la etapa fálica delineará la diferencia niño-niña (hombre-mujer), y así empezará a trazar su identidad sexual, esto como consecuencia de que empiezan a plantearse interrogantes con respecto a la sexualidad. De acuerdo con Dolto (1983), “la curiosidad sexual comienza desde antes del tercer año, en pleno periodo sádico-anal. Su *primer* objetivo es *saber de dónde vienen los niños*”, este interés es a menudo despertado por el nacimiento de un niño, ya sea el hermanito, un primo o por la identificación con un compañero de juegos que está descontento por la llegada de un hermanito. Aquí, es importante la respuesta que dan los padres, o el adulto, porque al dar dicha respuesta éste suele pensar que resolvió la duda del niño, y aún más que ya se liberó de la situación embarazosa; sin embargo, el niño con ayuda de sus fantasías indaga más y en el caso de que no hay respuestas, él, a través de éstas las elabora.

La situación a la cual se enfrenta el adulto cuando recibe del niño la pregunta de dónde vienen los niños es menos penosa que cuando lo ve tocándose su genitales. De acuerdo con Freud (1905), se pueden distinguir tres fases en la masturbación infantil. La primera corresponde al periodo de la lactancia, pero la supremacía de la zona erógena bucal y la alimentación como modo de sobrevivencia la hace desaparecer momentáneamente. Antes del cuarto año aparece la segunda, la pulsión sexual suele despertar de nuevo en la zona genital y durar un lapso. La tercera corresponde al onanismo de la pubertad, el único que suele tenerse en consideración, y desde donde se juzga la masturbación primaria y secundaria.

Las fantasías que tiene el adulto con respecto a la masturbación provocarán malentendidos con respecto a esta actividad del niño (a). Cabe aclarar, por situaciones obvias, que en el caso del lactante es la madre, o el cuidador, quien provoca esta actividad masturbatoria, ya que a través del aseo, de juegos donde los muslos frotan uno contra otro o se llegase a tocar los genitales el niño sentirá placer. A partir de la disciplina exigida por los adultos para controlar los esfínteres se despierta la zona erógena fálica: el pene en el niño y el clítoris en la niña; aparece la *masturbación secundaria*, a causa de la excitación natural de la micción y por los tocamientos durante el aseo (Dolto, 1983). El niño o la niña después de haber descubierto que pueden

producir algo con su propio cuerpo (sus heces) para el otro, descubre también que puede producir algo para él (ella): la sensación placentera cuando se toca sus genitales, señal de una latente actividad creativa del niño. No obstante, la gran mayoría de los padres que perciben esta conducta del niño no solo la prohíben sino la condenan enérgicamente, cuando en realidad el niño recurre a ésta porque se siente “aburrido”, cuando no tiene otra cosa más atractiva que hacer, cuando su capacidad creativa no es explotada, luego entonces, su imaginación queda flotando. “*En un niño normal, de buena salud, la masturbación no será pública ni frecuente, y que, aunque así sea, el adulto deberá despreocuparse de ella completamente.* Esta necesidad será tanto menos imperiosa en la medida en que la madre lo sepa estimular para la conquista de todas las actividades útiles y lúdicas que pueda realizar. Sobre todo se elegirán aquellas actividades que desarrollan la destreza, la actividad muscular e intelectual del niño”. Y en el caso de que un “niño se le sorprenda frecuentemente masturbándose, se trata, en caso de que sea ‘normal’, de una criatura de carácter excepcionalmente dotado y a quien se debe iniciar en actividades superiores, ya sea en fuerza o nivel mental, de las reservadas para los niños de su edad. Pero, más comúnmente, se trata de un niño ya neurótico, en el cual la masturbación se ha convertido en una necesidad obsesiva. Este niño requiere ser atendido y no reñido” (Ibíd.). Todas las prohibiciones con respecto a la masturbación secundaria son *castradoras*, porque tienden a suprimir la actividad sexual del niño; no obstante, en muchos casos es la única medida existente en contra de la regresión a la pasividad infantil (Blos, 1971).

Otra medida que toma el niño o la niña en contra de la regresión a la pasividad es la identificación con la madre activa, ahora que su desarrollo psico-motor le permite desplazarse imitará las actividades de ella, e incluso de los demás adultos. Además de que se interesa por todo lo esté haciendo su ser amado, es la etapa de los *por qué* y *para qué*, aquí empieza a conocer la función de los objetos independientemente de él o ella. Asimismo, descubre que su objeto de amor no está siempre y en todo momento que la necesite. El desarrollo psico-motor del niño incita que la madre realice actividades separada de él, y viceversa, por lo que el niño percibe estas separaciones como un peligro: está perdiendo a su objeto de deseo sexual. Por lo que tratará de hacer toda maniobra para retenerla, es el caso del niño que hace un dibujo para

regalárselo a mamá, le ayuda en sus actividades, la acaricia, se muestra seductor con ella.

Un segundo *objetivo* del niño es *saber la diferencia entre un niño y una niña*. Cualquier situación que ponga al descubierto los órganos genitales fracturara la idea del niño (a) de que todos son como él (o como ella). Pero más allá de la diferencia anatómica lo que el niño (a) percibe es la diferencia fálica; la familia trata de diferente manera al pequeño según su sexo, y el porqué de este trato el niño (a) lo adjudica a lo que visiblemente diferencia a un niño de una niña: el pene. Entonces, el pene está cargado de representaciones simbólicas (el falo), creadas por el trato “especial” que se le ha dado al hombre desde hace siglos. La diferencia fálica percibida por el niño hace que éste reaccione y quiera defenderse de la angustia de castración, en primer lugar defender sus logros obtenidos hasta ahora, y en segundo lugar defender lo que la sociedad le ha dado por ser un varoncito.

Las maniobras que el niño ejecuta para defenderse de la angustia de castración, además de aquellas para atraer a la madre, dan paso a uno de los procesos centrales en el psicoanálisis, el *complejo de Edipo*. Este proceso, desde esta perspectiva, será de gran importancia para el desarrollo ulterior del sujeto, de tal forma que reaparece al entrar a la adolescencia, y será en gran medida la base de su identidad psicosexual.

El “triángulo edípico” se instaura cuando el niño toma a la madre como objeto libidinoso pero el padre representa un rival y un obstáculo para su objetivo. Según Dolto (1983), una familia “normal” es aquella donde el padre manda y la madre está ligada a éste por lazos de ternura amistosa, esta organización facilita el Edipo y su resolución; sin embargo, en virtud de la variedad de estructuras familiares que actualmente tenemos en México sería mejor denominarla *organización familiar triangular*, la que más prevalece en México (González et al., 1996), la que es prototipo de familia en la cultura occidental y la que el psicoanálisis ha tomado como referencia para el estudio de la dinámica psíquica, el desarrollo de la personalidad y de las funciones parentales.

Toda organización familiar implica una organización psíquica; no obstante, la función maternal y la función paternal, sea cual sea la organización familiar, son de vital

importancia para la salud mental, e incluso física, del individuo. Los roles del hombre y de la mujer que en el siglo pasado estaban claramente definidos ayudaban también a establecimiento del Edipo; no obstante, pese a que “las imágenes culturales de la masculinidad continúan siendo la dominación, la agresividad, la protección, la racionalidad, mientras que para la feminidad son la sumisión, la receptividad, la crianza y lo emocional” (Bodner, 2011), actualmente estos roles están perdiendo su oposición, podemos ver en la mujer actitudes “masculinas” y en el hombres actitudes “femeninas”. Ligados a estos roles estaban los parentales, lo característico de una madre del siglo pasado era la “abnegación”, con una pobre actividad de sí misma en su rol femenino-sexual; mientras que el padre era una figura temida, con autoridad a pesar de su frecuente ausencia pero curiosamente anhelado (González et al., 1996). Así, mediante estos roles la *angustia de castración* (ante la evidencia de la diferencia fálica), origina el *complejo de Edipo*, el niño manifiesta sus defensas ante la castración fálica y el peligro de la regresión a la pasividad, en el niño esto es “normal” (desde los postulados de la psicología psicoanalítica) porque de esta forma aprende actitudes “masculinas” del padre para defenderse; empero, en la niña esto provocaba el *complejo de masculinidad*, evitando el establecimiento del Edipo y su resolución, ésta tiene que aceptar la castración fálica y la identificación con la madre para aprender actitudes femeninas. El establecimiento del Edipo sigue estando vigente si estos roles se ejecutan; sin embargo, ¿qué pasa cuando los roles femenino y masculino, maternal y paternal, están perdiendo su clara diferencia, dificultando el establecimiento del Edipo siendo éste la base de la identidad psicosexual del individuo? La angustia de castración se origina por la renuencia a la pasividad y a lo femenino, pero ¿qué pasa con la angustia de castración fálica ahora que la mujer se ha ido ganando un lugar equivalente al que el hombre ha tenido, está teniendo poder y consideración? , y ¿qué pasa cuando los dos sexos van a defenderse siempre en contra de la regresión a la pasividad, aunque ésta se le imponga desde sus primeros años a la mujercita? De aquí, el origen de toda crisis de identidad presentada en la adolescencia. En este trabajo, después de revisar que la función maternal o paternal es ejecutada en muchos casos por otra persona diferente a la madre o al padre biológico, se apunta más a la importancia que

tiene la función más que a la organización familiar. Y siempre acompañando el desarrollo del individuo mas no forzándolo.

La principal dificultad que ha tenido el niño y la niña durante el periodo Edípico en la población mexicana es la ausencia de la figura paterna. Pueden rastrearse muchos casos donde el padre estuvo ausente, ya sea por abandono o por el incumplimiento de la función paterna (estaba pero no estaba). Si el padre esta ausente en el periodo edípico no sólo produce en el niño (a) sentimientos de culpa provocados por sus propias fantasías, sino también depresión, hostilidad, resentimiento y desesperanza; “estudios psicológicos muestran que un niño sin padre, o que ha crecido junto a un padre psicológicamente ausente o débil, presenta trastornos psíquicos u orgánicos” (Ibíd.). Dolto (1983) agrega además, que “cuando el padre no está presente y el niño se ‘consagra’ a su madre, este comportamiento puede ir acompañado de sublimaciones sociales reales, en relación con las actividades derivadas de la represión de la sexualidad genital y pregenital, pero este niño no puede comportarse sexual y afectivamente como un adulto. Padece sentimientos de inferioridad ante los hombres que identifica inconscientemente con su padre; puede ser un hipergenital, siempre ávido de nuevas parejas, hacia quienes no experimenta un apego real, pero se muestra impotente en sus tentativas de coito con toda mujer que ama sentimentalmente, porque la asocia, en su inconsciente, con el objeto incestuoso tabú”, en pocas palabras, es aquel hombre vanaglorioso de tener sexualmente a cualquier mujer pero difícilmente se involucra sentimentalmente, ya que esto inconscientemente le genera conflictos de tipo incestuoso.

Esta poca participación de la figura paterna en la crianza de los hijos tiene su génesis justo en la etapa fálica. La sociedad, y la familia como representante principal de ésta, han regido desde siempre las costumbres, ha dictado qué cosas debe hacer y tener el varón y qué debe hacer y tener la mujer. En el caso de la niña cuando se da cuenta de la castración fálica es posible que muestre actitudes hostiles hacia los niños y a la vez quiera imitarlos, tratará de jugar como ellos, por ejemplo, con carritos o juegos bruscos; el adulto que percibe esto frecuentemente la reprende y la limita a juegos con muñecas y trastecitos de cocina. Y en el caso del niño, que en la etapa fálica llega a tener en

mente la fantasía de tener un bebé con mamá, ya que ella es su diosa, su objeto amoroso, posiblemente desee jugar con muñecas o en virtud de la identificación con la madre desee realizar actividades que ella hace; no obstante, de igual manera el adulto lo reprende en nombre de la “masculinidad”, limitándolo a actividades y cosas que han sido elegidas para él y los demás varoncitos. “Así se internaliza en el hombre la prohibición de lo que posteriormente se expresará como la prohibición de tener un contacto directo con el hijo real. El resultado de todo esto es que, ya desde pequeño, el derecho al hijo es un atributo femenino” (González et al., 1996). He aquí el porqué la mujer llega a estar más preparada para la maternidad y la crianza del hijo que el hombre. “El instinto de paternidad tiene su origen en un deseo de maternidad, incompatible con su imagen de varón y con su desarrollo normal”.

Además, estos autores refieren que en nuestra sociedad la intervención del hombre en el embarazo y la atención de los hijos representa una amenaza para su “masculinidad”, y por supuesto es creíble, ya que desde siempre ésta ha estado mal fundada. La salida del complejo de Edipo para el varoncito implica deshacerse de la identificación con la madre y volcar su libido hacia el padre, identificándose con él. “La identificación con la madre, tal como ha sido mencionada, es destruida cuando el niño se da cuenta de que ser mujer es idéntico a perder el pene. La catexis narcisista que posee este órgano fuerza al niño a abandonar esta identificación con su madre y a su vez identificarse con su padre... Este paso tiene una significación básica para el desarrollo de la masculinidad del niño” (Blos, 1971). Sin embargo, aquí radica el problema, Bodner (2011) menciona la ponencia de Michael Diamond, que durante las jornadas sobre “Los femenino y lo masculino, hoy”, que se llevó a cabo en Barcelona en marzo de 2011, descarta la fase de desidentificación femenina en el varón como paso normal del desarrollo; por el contrario este autor considera que cuando tiene lugar una desidentificación defensiva, ésta conduce a configuraciones patológicas. No es lo mismo apartarse de la madre, para romper el vínculo simbiótico-incestuoso, que desidentificarse de su objeto interno primario. Las identificaciones tempranas del varón con su madre y su padre permanecen en su estructura psíquica y se hacen accesibles con la madurez.

La salida de la niña del complejo de Edipo implica la aceptación de la castración fálica, la identificación con la madre y la internalización de actitudes “femeninas”. Debe manifestarse un retiro de la catexis de la zona erógena fálica y desplazarla hacia el resto de su cuerpo. A través de adornarse el cuerpo, de mostrarse coqueta (“femenina”), atraerá a los varones en vez de rivalizar con ellos. La niña ha tenido siempre la desventaja, su inferioridad general con respecto al adulto, la condición de haber nacido niña (por la subvaloración de la mujer) y una sociedad que la impulsa al arquetipo femenino la ha orillado a aceptar lo que se le impongan en esta edad. Pero no hay que perder de vista lo que Dolto (1983) nos aporta, en consulta hay una proporción mayor en niño que en niñas; sin embargo, más tarde la psicopatología de las mujeres está mucho más provista que la de los hombres (frigidez, estreñimiento, jaquecas, etc.). El periodo edípico es menos dramático en el niño que en la niña, toda vez que ésta tiene que aceptar, que reprimir todo conflicto, empero, tarde que temprano emergerá. En primera instancia, es el porqué de la falta de gozo en la mujer con respecto a su sexualidad; y si le añadimos la falta de una pareja, de un compañero amoroso y sexual, tenderá a disociar los dos tipos básicos de expresión de su femineidad: la genital (que la realiza como mujer) y la maternal (que la realiza como madre).

Actualmente el psicoanálisis tiene una crisis en uno de sus conceptos básicos: el complejo de Edipo. La variedad de estructuras familiares ha dificultado el establecimiento del Edipo; el psicoanálisis ha hecho muchas aportaciones, pero también necesita actualizarse, como cualquier otra teoría; la organización triangular familiar ya no es la única y está dejando de ser el prototipo de familia. Luego entonces, el complejo de Edipo, como organización triangular, necesita actualizarse, rescatando más allá de la identificación con lo estrictamente femenino o lo estrictamente masculino, las funciones que el sujeto necesita para cuando llegue a la madurez. Desde la psicología psicoanalítica el padre posee las siguientes funciones: estar en disposición de asimilar las cargas agresivas y libidinales tanto de la esposa como de los hijos, ayudar al hijo en el control de sus impulsos; y desde el punto de vista social, es el que pone límites, da reglas y exige su cumplimiento (González et al., 1996). A través de estas funciones el niño (a) fortalece en gran medida las principales funciones yoicas: prueba, juicio y sentido de realidad y regulación y control de impulsos y afectos.

Con relación al emprendimiento de la identidad psicosexual, impulsada por los cuestionamientos y curiosidades con respecto a la sexualidad, al igual que en el desarrollo general, es acompañar e informar lo que el niño necesita y requiere según su edad. Los límites que el padre proporciona deben de ir en dos direcciones, hacia el niño y hacia sí mismo, aceptando las limitaciones, si el padre no tiene la información para contestar los cuestionamientos del niño, se tiene que limitar a dar información falsa, ya que siendo el padre (o la madre) una figura de autoridad se toma como verdadera toda respuesta, pudiendo afectar el desarrollo del pequeño. Los padres deben de tener en consideración qué es lo que tienen a su alcance y qué pueden dar a los hijos, sin exagerar ni exigirse de más cuando a lo mejor el niño no lo necesita.

El control de impulsos es lo que dará paso y facilitará el éxito del periodo de latencia. Alrededor de los seis años, justo cuando comienza la educación primaria, se espera que se emplee la sexualidad infantil al servicio de un ideal pedagógico, si el niño sigue teniendo prácticas sexuales se dificulta su educación (Freud, 1905). Blos (1971) cita a Kris (1939) quien menciona que, desde este punto de vista, la latencia puede ser descrita en términos de una reducción del uso expresivo del cuerpo como un todo, aumentando la capacidad de la expresión verbal, independiente de la actividad motora.

La latencia no sólo se centra en la adquisición de conocimiento sino también en la adquisición de destrezas y hábitos. Dolto (1997), en otra compilación de sus ideas, hace referencia a esta etapa de la vida. De acuerdo a esta autora, la educación estriba en ayudar al niño a que dé lo mejor de sí mismo, pero nunca alentarle a imitar a otro ni forzarlo a hacer las cosas (gritándole, ejercer el chantaje de la recompensa o el castigo). Pues entonces o se le quita el gusto por la escuela, el trabajo, o el niño (a) se convierte en un ser obsesionado. Un padre que le exige de más a su hijo muy probablemente lo desconoce, no sabe cuáles son las capacidades y las limitaciones de su hijo; luego entonces, será muy difícil la comunicación con él (o ella).

Hay dos peligros para que la latencia carezca de éxito: los impulsos persistentes y la educación forzada, y si se combinan las dos situaciones todavía más el niño puede presentar dificultades en el ámbito familiar y escolar. Los padres no deben olvidar que la escuela es un medio, no un fin. Un buen día el niño descubrirá el gusto que procuran

los estudios, y eso será cuando haya encontrado un fin, un interés vocacional. Repitiendo la idea de Françoise Dolto, en un total acuerdo, “quisiera que los padres no aspiraran al perfeccionismo”, y para facilitar la educación de su hijo y promoverle un gusto por el estudio sería conveniente que ellos se involucraran en el programa y las actividades de los vástagos en la escuela.

Con relación a los hábitos esta autora recomienda que a partir de esta etapa el niño (a) haga sus cosas por sí mismo (a). Y si no logra hacerlo, entonces que pida ayuda; debe ser el niño quien pida ayuda y los padres deben evitar estar continuamente sobre él.

La dificultad en la escuela es común, no todos los niños logran un completo control de impulsos que dé paso a una latencia y salir de ella con éxito; además de que el comienzo de la pubertad (con sus cambios biológicos) se está presentando cada vez más temprano, por lo que el periodo de latencia se ha ido reducido, es decir, el periodo para fortalecer al Yo (a través de conocimientos, destrezas y hábitos) cada vez es menor, dejando a un Yo débil para lo que ocurrirá en la adolescencia.

En los niños todo síntoma debe ser tomado en cuenta; no obstante, la falta de atención en ellos y en su desarrollo provoca que se recurra, ante una notoria perturbación, al medicamento como método rápido y fácil para la desaparición de todo problema en él. Zusman (2009) refiere que es preocupante el abuso de psicofármacos por parte de los niños. El psicoanálisis no aspira a ser la panacea para toda perturbación en el individuo; sin embargo, esta autora señala que las técnicas que Freud y otros psicoanalistas utilizaron para la cura de síntomas en niños tuvieron éxito debido a que en cada caso el niño se sintió escuchado. Frente a la presencia de algunos síntomas a un gran número de niños se les medica sin darles espacio para expresarse y ser escuchados en sus singularidades. “Medicar, como tratamiento único, implica pensar el síntoma como efecto de una alteración orgánica. Es no reconocer que los síntomas están estructurados desde una historia singular y subjetiva, que debe ser escuchada”.

Freud describe a la latencia como el tiempo en que se sublima la sexualidad al servicio del *impulso de saber*, que se despertó al entrar a la etapa fálica (Freud, 1905). Los logros que se esperan del periodo de latencia pueden resumirse de la siguiente

manera: una inteligencia desarrollada a través de la diferenciación entre proceso primario y secundario de pensamiento y a través del empleo del juicio, la generalización y la lógica; la comprensión social, la empatía y los sentimientos de altruismo deben de haber adquirido una estabilidad considerable; la estatura física debe permitir independencia y control del ambiente, las funciones del Yo deben haber adquirido una mayor resistencia a la regresión y a la desintegración bajo el impacto de situaciones de la vida cotidiana; la capacidad sintética del Yo debe ser efectiva y compleja; y finalmente el Yo debe ser capaz de defender su integridad con menos ayuda del mundo externo. Estos logros en la latencia deben dar paso al aumento de la energía instintiva puberal (Blos, 1971). No obstante, ésta en muchos casos llega antes de que se obtengan todos estos logros, intensificando así el futuro conflicto adolescente.

Durante la infancia y la niñez temprana el sujeto debe aprender a dominar su cuerpo; durante el periodo de latencia a dominar el ambiente; y durante la adolescencia a dominar sus emociones (González Núñez, 1986). Las virtudes obtenidas a través del desarrollo psicosocial le proporcionarán una fortaleza a nivel individual y posteriormente en sus relaciones con el medio. La *esperanza*, la *voluntad*, el *propósito* y la *competencia* fortalecen al sujeto como ser individual; mientras que las que se obtienen a partir de la adolescencia fortalecen sus relaciones interpersonales: la *fidelidad*, el *amor*, el *cuidado* y la *sabiduría*.

### **3.3. Los padres y su hijo adolescente**

Al llegar a la pubertad el sujeto ya trae consigo un bagaje de vivencias, algunas de éstas se re-editan durante la adolescencia, otras en conjunto manifiestan algún conflicto y otras (sin conflicto) se integrarán a su personalidad al finalizar esta etapa. Los procesos por los cuales pasa un adolescente no inquietan sólo a él, sino también a las personas cercanas a él, en primera instancia, a los padres. En realidad hay dos *crisis* durante la adolescencia, como lo expresa de La Robertie en Mannoni et al. (1984/1996), si hay una crisis de adolescente hay también una crisis parental y ambas son correlativas. En esta premisa radica el objetivo de este trabajo, conocer cómo la

crisis que enfrenta el adolescente re-vive situaciones en los padres de su propia adolescencia, provocando que éstos intervengan en el desarrollo del hijo adolescente, alterándolo. Empero, también la infancia y la niñez del hijo puede provocar que se despierten situaciones en los padres, pero por la situación del primero, que está bajo el mando de los padres, éstos pueden controlar estas revivencias; en el caso del adolescente, sus maniobras agresivas para separarse de los padres provocan que ellos ya no puedan tener el control de lo que el hijo les revive. Entonces, todo momento de la vida del hijo puede revivir situaciones conflictivas (fuerzas pulsionales, ansiedades, temores, hechos inconclusos, etc.) en los padres, pero en la adolescencia esta situación se acentúa.

La embestida pulsional que enfrenta el sujeto en virtud de los cambios biológicos puberales pone a prueba la adquisición de habilidades, hábitos y conocimientos (como fortaleza yoica) del periodo de latencia, e incluso de etapas previas. A pesar de que la latencia haya transcurrido con éxito, y se haya adquirido este tipo de fortaleza yoica, la pubertad provocará que se dude de ésta, por lo tanto, qué se espera de aquellos niños o niñas que en la latencia tuvieron dificultades para sublimar los impulsos. “Con el despertar de la pubertad, las malas adquisiciones sociales... harán difícil la expansión, porque el niño no podrá legítimamente tener confianza en sí mismo” (Dolto, 1983). Además de que se presentará una latencia abortiva, como lo refiere Freud (1905, mencionado en Blos, 1971), una “precocidad sexual espontánea” que se debe al hecho de que el periodo de latencia no se pudo establecer con éxito. Siendo los cambios puberales la condición para la entrada a la adolescencia, todo caso de latencia abortiva será un factor que dificulte el paso por esta etapa, por la insistente práctica sexual y la frágil confianza en sí mismo.

La adolescencia es una segunda edición del nacimiento, así lo refiere Dolto (1990), “nacemos, por decirlo así, dos veces: una para existir y otra para vivir”, en la adolescencia es donde el hombre nace verdaderamente a la vida, en los casos de una adolescencia mal elaborada el sujeto suele sólo existir.

El nacimiento a la existencia empieza con la gestación, el nacimiento a la vida empieza con los duelos que el adolescente tiene que elaborar. Los cambios corporales obligan al

niño a desprenderse del cuerpo y la identidad y rol infantil; una re-edición del Edipo induce a una decatetización en las relaciones con los primeros objetos, el niño(a) tiene que desprenderse de los padres de la infancia. El desarrollo adolescente implica una progresión de la relación padres-hijo a una relación adulto-adulto (de La Robertie en Mannoni et al., 1984/1996). El hijo, en cualquier etapa de su vida, necesita ser *acompañado* en su desarrollo; en la adolescencia este acompañamiento tiene como dirección que el adolescente conquiste por sí mismo su lugar y su independencia en el mundo de los adultos, implícitamente pertenecer y responder a las demandas de una sociedad.

No obstante, desde hace décadas la independencia y el paso a la adultez se reduce sólo a la independencia económica. Se case o no el hijo, éste en muchos casos sigue habitando y dependiendo en otras cuestiones de los padres, de los dos o cualquiera de los dos.

Blos (1971), como se describió en el capítulo primero, nos aporta elementos para una mejor comprensión de los duelos de la adolescencia propuestos por Aberastury y Knobel (1987). La re-edición del Edipo, similar en muchos aspectos al de la etapa fálica, debe promover la decatexis en sus objeto primarios de amor, en virtud de que la fuerza pulsional provoca en ambos sexos una tendencia regresiva hacia la madre fálica (activa), pero la confrontación con la realidad (la pérdida del cuerpo y la identidad infantil) ahora no sólo lo separa de la madre sino también del padre. “Ahora la separación de éstos no sólo es posible, sino ya necesaria. Las figuras parentales están internalizadas, incorporadas a la personalidad del sujeto” (ibíd.), y éste puede iniciar su segundo proceso de individuación. Para ello es de gran ayuda el tipo de relación objetal que se estableció con su madre y su padre. Si todo marchó bien y se establecieron adecuadamente sus relaciones objetales (a través del primer proceso de separación-individuación) el adolescente “sigue contando con la familia como un valor-refugio, pero no siente que desempeñe en ella un papel, y pone su empeño en triunfar socialmente” (Dolto, 1990). Un adecuado desarrollo durante la infancia y la niñez motivará al sujeto una vez que se encuentre en la adolescencia a buscar relaciones extrafamiliares.

En los casos en que las relaciones objetales primarias tuvieron dificultad para establecerse, es decir, relaciones objetales difusas, una vez que tiene que llevarse a cabo la decaetexis de éstas en la adolescencia, el retiro de la libido de un objeto (interno) no claramente definido provocará más angustia de la que el sujeto pueda soportar. Además de que con dicha decaetexis el Yo queda desprotegido de la dirección y autoridad del Superyó; por lo tanto, habrá un Yo más débil y más desprotegido cuando se deactiza a los objetos parentales que no fueron claros en sus roles. Este tipo de angustia y de debilidad yoica pueden originar los cuadros clínicos de psicopatía, de dependencia a sustancias tóxicas (toxicomanías) y precoz actividad sexual.

Hay un acuerdo, según Marcelli y Braconnier (2005), de diferentes autores que reconocen que los cuadros clínicos psicopáticos en la adolescencia se originan de una *fragilidad del Yo*, caracterizada por un conjunto de rasgos específicos y no específicos. Entre los rasgos específicos se encuentra la presencia de una conexión de mecanismos de defensa bastante uniforme: *idealización, escisión, desvalorización e identificación proyectiva*. Entre los rasgos no específicos se enumeran: capacidad deficiente de tolerancia a la angustia, cualquier aumento normal de angustia conlleva alteraciones graves de las funciones de adaptación del Yo; una insuficiente capacidad de control de las pulsiones, que se acompaña por un impulso de ponerlas en práctica; y una ausencia de *sublimación* hasta el extremo de mostrar total desinterés por todo lo que imposibilite una satisfacción pulsional inmediata. En el adolescente psicópata está ausente la función paterna, la función materna es imprecisa (incoherente en su conducta) ya que ésta pudo presentar conductas que pasaron de una afectividad desbordante a una fría indiferencia; además de un fracaso en el periodo de latencia. Estos autores con respecto a esta necesidad de relación objetal estable refieren a Winnicott, quien mencionó que esta “tendencia antisocial” es una conducta de reivindicación ante una situación de carencia. Con esta “tendencia antisocial” se exterioriza la esperanza de establecer una buena relación original (con la madre).

Aberastury y Knobel (1987) mencionan que durante la adolescencia se puede presentar una conducta psicopática normal y transitoria, toda vez que el adolescente llega a mostrar una intensa actividad masturbatoria, intentos maniacos ante la fantasía de

unión; desvalorización de los objetos, para eludir los objetos de dolor y pérdida; y la necesidad de estar con personas para eludir su propia soledad. Recordemos que en la adolescencia la línea divisoria entre lo normal (lo esperado) y lo patológico es sumamente delgada y frágil; lo que diferencia esta actitud psicopática transitoria y el cuadro clínico psicopático antes mencionado es que el primero tiene que ver más con los duelos que el adolescente está elaborando, y por lo regular estas conductas van más dirigidas hacia los padres, el segundo surge de un conflicto gestado desde la infancia. Sin embargo, la actitud psicopática transitoria si se descuida está en condiciones de romper esta línea tenue de la normalidad.

La re-vivencia del Edipo durante la adolescencia también trae consigo una angustia de separación. A esto es a lo que se refiere Fromm (1947) cuando menciona que el proceso de individuación creciente tiene un carácter dialéctico. Por un lado, el sujeto se hace más fuerte desde punto de vista físico, mental y emocional que lo incita a buscar la libertad e independencia. Pero por otro lado, hay un aumento de la soledad; los vínculos primarios que ofrecían la seguridad y la unión básica con el mundo exterior se han abandonado, el sujeto emerge a un mundo donde se da cuenta de que es una entidad separada de lo demás. Esta situación, de acuerdo a este autor, es más fuerte y poderosa que el individuo, amenazadora y peligrosa, que además de angustia genera impotencia.

Los padres deben de tolerar y contener esta situación del hijo, en la mayor medida que sus limitaciones y capacidades lo permitan, ya que ellos pasan de ser todo para él a un desinterés casi completo por sus actividades y por su compañía; cuando ha decaído a las figuras parentales lo último que quiere es estar con ellos e involucrarse en sus actividades, a pesar de que su angustia de separación en muchos momentos le hace sentir que los necesita. El empobrecimiento del Yo, en virtud de la decaída de las relaciones objetales primarias, el adolescente lo experimenta como un *sentimiento de vacío* (Blos, 1971), que concuerda con la idea del aumento de la soledad de Fromm (1947).

Ante esta situación ambivalente, donde el adolescente muestra comportamientos que expresan sus deseos de dependencia y a la vez de independencia, los padres deben

ser espectadores activos del desarrollo de su hijo, captar esta situación y contenerla. Ellos al acceder a la dependencia o a la independencia de su hijo no deben basarse en sus estados de ánimo sino en las necesidades de éste. Para ello será necesario que ellos vayan observando el desprendimiento de su hijo, y el modo en que se le otorgue la libertad será crucial para la forma en que él se maneje como adulto (Aberastury y Knobel, 1987). Aquellos padres que sus propias demandas de atención y dependencia, en su proceso de separación en la adolescencia, fueron rechazadas, serán aquellos que muy probablemente también rechacen las demandas de dependencia de su hijo, son aquellos que ante éstas le expresan: “ya estas grande, comportante como tal”. Instaurando en él la idea de comportarse como “adulto”, idea precoz que lo orillará en momentos de necesidad de dependencia a buscar algún tipo de refugio. Los padres deben ser comprensivos ante esta situación, pero sólo se logra si ellos han superado la etapa de la adolescencia, sólo así comprenderán por lo que está pasando su hijo, a lo mejor no entenderán del todo lo que ocurre dentro de él, pero por sentido común después de haber superado esta etapa sabrán que no es fácil, lo apoyarán, lo guiarán y lo más importante para esta transición, lo *acompañarán* en este proceso de separación, de progresión a la adultez.

No obstante, en nuestros días muchos adolescentes son abandonados, aunque vivan con sus padres, a la suerte en su desarrollo. “Reducidos a sí mismos, los jóvenes de hoy no son conducidos juntos y solidariamente de una orilla a la otra; y se ven obligados a conseguir este derecho de paso por sí mismos. Esto exige de su parte una conducta de riesgo” (Dolto, 1990).

Cuando hay una separación (una deactetización) de los objetos primarios que no están claramente definidos la ansiedad de separación aumenta, creando un conflicto en el segundo proceso de separación, aumenta la necesidad de unión. Aunada a la debilidad yoica de la adolescencia incitan en estos casos al consumo y dependencia de sustancias tóxicas. La droga, de acuerdo con Silvia Flechner (2009), calma mínimamente la angustia de muerte y evita estar de frente a los recuerdos traumáticos y a un futuro desesperanzador. Angustia de muerte, de aniquilación, toda vez que el desarrollo del adolescente ha sido descuidado. Este camino adictivo es una solución a

la intolerancia afectiva, el objeto adictivo se experimenta como “bueno” pues le permite escapar del sufrimiento psíquico. La droga provoca un estado transitorio de exaltación, el mundo exterior desaparece, y con él el sentimiento de separatividad con respecto al mismo (Fromm, 1983). Los objetos adictivos son solución somáticas y no psíquicas, son el remplazo del quehacer materno primario faltante (Flechner, 2009) o difuso.

También hay casos en los cuales el hijo cubre una necesidad de la madre, ella se comporta con él de tal forma que le transmite sus temores, angustias y deseos provocando en el hijo una “adicción a su presencia”, que el objeto adictivo puede sustituir. Las drogas sedan la angustia de muerte, pero paradójicamente el sujeto al consumirlas se acerca a ella poco a poco, ya que neutralizan el camino de la libido hacia la creatividad y hacia la procreación (Dolto, 1990); sin embargo, la búsqueda de la muerte puede tener en estos casos un carácter liberador. Si hablamos de cifras y porcentajes de adolescentes dependientes a sustancias tóxicas podremos darnos cuenta que dicho número más que decir cuántas personas consumen una u otra sustancia adictiva, dice cuántas personas padecen un intenso dolor psíquico.

Esta situación de angustia en la adolescencia en ocasiones orilla al sujeto al último extremo, el suicidio. Como se ha mencionado el adolescente debe desprenderse del cuerpo, identidad y rol infantil, debe morir su situación de niño para dar paso a la situación de adulto. Y es común que el fantasma de la muerte esté presente en el pensamiento del adolescente; no obstante, cuando hay un quiebre entre el pensamiento y la acción ocurre el suicidio como tal (Flechener, 2009). Los intentos de suicidio en realidad es la expresión del deseo del sujeto, inconsciente, que le empuja a ese comportamiento fatal, que expresa de este modo que debe morir a su infancia (Dolto, 1990). En México el 42% de los suicidios son realizados por jóvenes entre 15 y 24 años (Cruz Martínez, 2013). Los suicidios logrados muestran el extremo máximo de debilidad yoica, de la angustia de separación y de muerte y de la incapacidad para sublimar el fantasma de la muerte. El adolescente “tiene necesidad de alguien que le ayude a sublimar dicho fantasma dándole representaciones que figuren en lo social... Necesita hablar con un adulto que no sienta inquietud por abordar el tema de la muerte” (Dolto, 1990), y que comprenda que ésta, en toda su dimensión, hace vivir.

La psicopatía en la adolescencia, la dependencia a sustancias tóxicas y el suicidio son solo algunas situaciones de muchas a las cuales el adolescente puede llegar cuando no se le acompaña en su desarrollo. Justo es esto lo que pone límites en la conducta del adolescente, así como en la etapa anal el niño por no perder el amor de la madre se somete a la disciplina de control de esfínteres, situación que surge cuando hay un buen entendimiento con ella; lo mismo ocurre a pesar de la rebeldía y las luchas con los padres por los impulsos en la adolescencia. Sin duda, en etapa el sujeto está a prueba y error, con base en esto se va formando su identidad e ideología; sin embargo, si los padres acompañaron y guiaron desde siempre su desarrollo lo último que querrá es desafiar a aquellos que muestran signos de amor frente a su crecimiento. El simple hecho de imponer normas y reglas no basta para que el adolescente las acate, las palabras de los adultos carecen de sentido en el adolescente, son los actos –tanto de él como de los demás– los que comunican, son su lenguaje. El *acompañar* su desarrollo implica darle aquello que es necesario y quitarle aquello que no lo es para su crecimiento, quedan incluidas las normas y reglas que el sujeto tiene que seguir y empezaron desde la etapa anal.

Este acompañamiento tiene otra cara que actualmente se está perdiendo, todavía hace algunas décadas la sociedad, la familia, observaba el desarrollo de sus integrantes y cuando iniciaban una etapa celebraban algún evento que representaba un “rito de iniciación”. “El rito de paso servía a una comunidad que tenía necesidad de conservar a todos sus miembros, y encontraba así el medio de sujetar al clan a todos los jóvenes” (Ibíd.). López Lecona (2007) en su trabajo hace un recorrido histórico del concepto adolescencia, antes de la Revolución Industrial cada miembro de la familia tenía un lugar seguro dentro de la sociedad. Si el hijo nacía dentro de una familia campesina cuando crecía tenía un lugar en la sociedad como campesino, lo mismo sucedía con los miembros de la familia de los estratos sociales de más alta economía. A partir de la Industrialización las personas, y sobre todo los jóvenes, tienen que ganarse un lugar en la sociedad, siendo las clases medias y bajas las que más recibieron el impacto de esta transformación que influyó en la familia, la cultura y la convivencia en general. Se ha olvidado que “los ritos de iniciación...dan fe del hecho de que en la pubertad ocurre una profunda reorganización del Yo y de las posiciones libidinales; y algunas sociedades

proveen modelos en los que el adolescente puede normar su resolución personal...La designación de un rol y un nuevo status ofrece al adolescente una autoimagen..." (Blos, 1971).

Hoy en día cuando el modelo familiar y social sigue cambiando al adolescente le cuesta más trabajo encontrar un lugar y una identidad dentro de una sociedad que vive cada vez más rápido con la siempre preocupación de la economía. Es por eso que actualmente el paso a la adultez se traduce muy concretamente en términos de independencia económica. "Algunos jóvenes adultos sólo entrevén hoy el futuro desde el punto de vista inquietante del desempleo" (Mannoni et al., 1984/1996). Actualmente los ritos de iniciación, que facilitan el paso de una etapa a otra, se redujeron al modelo escolar, sólo así el sujeto tiene en mente que inicia otro curso; no obstante, ¿cómo percibe el sujeto que ya no pudo o no quiso estudiar los cambios en su desarrollo? Lo mismo que angustia a los jóvenes (la economía y empleo) es lo que los adultos tienen como justificación, además del tiempo, para abandonar el desarrollo de su hijo, aquí se entrevé el porqué del capítulo dos de este trabajo, ¿cuál es el fin de traer al mundo a un hijo si no se le va a cuidar y a acompañar durante todo su desarrollo?

Sin duda, hay una cadena que como sociedad la percibimos con sentido común, quienes no recibieron buenos modelos parentales difícilmente desempeñarán con éxito el rol de padres. Aquellos adultos que carecieron de un acompañamiento en su desarrollo muy probablemente, *a posteriori*, el hijo les reviva todos esos conflictos y ansiedades que se quedaron inconclusos, e inconscientemente incitarán a que intervengan en el modo de pensar y de actuar del hijo para modificar aquello que re-edita el conflicto en ellos; o en otros casos para evitar estas re-ediciones de situaciones conflictivas se ignora el desarrollo de los hijos.

En muchos casos la situación del adolescente se vuelve más difícil cuando hay una discrepancia en el modo de pensar de los padres. Ante la existencia de un problema con el hijo adolescente esto llega a originar un problema más en vez de un problema menos, ya que "al tratar de solucionar" la situación del hijo sus discrepancias provoca más disyuntivas. ¿Cuándo se presentan dos formas diferentes de pensar, y no se llega a un acuerdo, a dónde recurre el adolescente, quién tiene la verdad, quién lo puede

defender? El pensamiento del adolescente presenta más dificultades de las que ya tiene por sí mismo cuando los padres discrepan. Es aquí donde los abuelos en muchos casos entran en escena, “el adulto que mejor puede dialogar con un adolescente en dificultades ¿no es acaso aquel que tiene edad para ser su abuelo?... que se muestre más natural con el joven, menos ansioso, más desinteresado” (Dolto, 1990). Es el adulto que por el tiempo o por sí mismo ha superado sus conflictos y ansiedades, que a pesar de los problemas de la vida cotidiana tiene un espacio para acompañar a las personas que ama.

Hay padres que por re-ediciones de conflictos o por temor al paso del tiempo llegan a rechazar el crecimiento del hijo de tal forma que a través de *transformar en lo contrario* brindan al adolescente una libertad, un desprendimiento excesivo. “El modo en que se otorgue la libertad será definitivo para el logro de la independencia y de la madurez del hijo” (Aberastury y Knobel, 1987). Los padres que otorgan una excesiva libertad lo que encubren en realidad es un completo rechazo al crecimiento del hijo, esta libertad él la percibe como un abandono; dar una libertad sin límites es lo mismo que abandonar al hijo. La libertad, de acuerdo a estos autores, de da con límites, es decir, con cuidados, cautela, observación, contacto afectivo permanente, dialogo, con el seguimiento paso a paso de la evolución de las necesidades y cambios en el hijo.

Desafortunadamente, es hasta en la adolescencia, cuando estallan los conflictos gestados desde la infancia, que se pretende entablar un dialogo con los hijos. “Pero el dialogo del adulto con el joven no puede iniciarse en este periodo, debe ser algo que ha ido aconteciendo desde el nacimiento; si no es así, el adolescente no se acerca a los adultos” (Ibíd.), o si ellos se acercan a él seguramente los rechazará.

Otra medida que los padres pueden adoptar para controlar la problemática del adolescente es restringiendo el tiempo y el dinero. Solo recordemos algo, a más presión e incomprensión de los padres el adolescente reacciona con más violencia por desesperación, y si los padres coaccionan a través del dinero y la libertad es signo de que la desesperación los ha rebasado a ellos. “Cuando los padres responden ante la demanda de libertad restringiendo las salidas o utilizando la dependencia económica ‘coartando los víveres’, es que hubo algo mal llevado en la educación anterior y los

padres se declaran vencidos” (Ibíd.). Originando un abismo y un resentimiento social entre las dos generaciones.

Durante la adolescencia, como se describió anteriormente, se consolida lo femenino o lo masculino en el sujeto. El Edipo en esta etapa aspira a ser resuelto, el sujeto debe consolidar ya su identidad psicosexual. El psicoanálisis toma en cuenta que a pesar de las diferencias sexuales hay en el ser humano una potencialidad biológica de la bisexualidad (Flechner, 2010) que se enfatiza por la cada vez más difusa diferencia de roles de género. Siendo esto algo que dificulta al adolescente establecer su identidad psicosexual. Silvia Bleichmar (2006, referida por Flechner, 2010), menciona que “la sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el Edipo como mojones de su recorrido. Se construye y reconstruye, en un complejo movimiento dinámico que incluye significaciones y resignificaciones, articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura. El inconsciente y el deseo imprimirán su propia huella, la cual implicará darle a cada uno de los componentes de esta compleja trama su lugar único e irrepetible”.

La *adolescencia*, es “un periodo de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar y social” (Aberastury y Knobel, 1987), una edad frágil pero asimismo maravillosa, porque así como reacciona el adolescente a lo negativo también puede reaccionar a todo lo positivo que se hace por él (Dolto, 1990). “Solamente si el mundo adulto lo comprende adecuadamente y *facilita* su tarea evolutiva, el adolescente podrá desempeñarse correcta y satisfactoriamente, gozar de su identidad, de todas sus situaciones, aun de las que aparentemente tienen raíces psicopatológicas, para elaborar una personalidad más sana y feliz”. Recordemos lo que menciona Bergeret (1983), en este periodo hay una posibilidad de que el eje de evolución de determinada estructura de personalidad tome otra dirección.

Es una etapa vulnerable a recibir el impacto de toda problemática social y familiar, así la adolescencia difícil es en realidad un disfraz que atrás de él está una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inapelable. Lo que a veces se llama “crisis de adolescencia”, ante todo, es una “crisis familiar” (Flechner, 2010). Sólo si los padres se logran

identificar con la fuerza creativa del hijo, podrá comprenderlo y recuperar dentro de sí su propia adolescencia (Aberastury y Knobel, 1987). Pero, “cuando los padres recuperan su adolescencia, aparecen frágiles, desamparados, en un momento en que el adolescente vive justamente por primera vez” (Dolto, 1990). De hecho es lo contrario de lo que espera el adolescente, él prefiere contemplar a sus padres viviendo con plenitud su vida dando así un sentido a su propia vida. Desea que sus padres no se ocupen demasiado de él, pero que estén disponibles cuando tenga necesidad de hablar.

De acuerdo a Dolto (1990), un adolescente sale de esta etapa cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitor. “Los hijos han alcanzado el estado adulto cuando son capaces de liberarse de la influencia paterna tras alcanzar este nivel de juicio: ‘mis padres son como son; no los voy a cambiar y no trataría de cambiarlos. No me toman como soy; peor para ellos: los abandono’. Y no tienen sentido de culpabilidad por abandonarlos”, he hecho es lo más sano que el sujeto al salir de la adolescencia puede hacer. En la cultura mexicana son pocos los jóvenes adultos que se van a vivir fuera del medio familiar. Cuando el joven, casándose o no se queda a vivir en casa, ya sea porque tiene una familia numerosa o porque se quedó esta costumbre como modo familiar, se corre el riesgo de dejar vegetar en el hogar a un joven víctima de una adolescencia patógena, los padres sanos incitan a que el hijo encuentre un punto extramafamiliar de donde apoyarse para abandonar el nido.

Después de haber revisado las etapas de la adolescencia de Peter Blos (1971), pudimos entender que durante las últimas dos etapas el sujeto debe integrar todos los componentes de su personalidad, e incluso los remanentes conflictuales, para dar paso a la adultez. La estabilidad de la personalidad del adolescente no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta “patológica” (Aberastury y Knobel, 1987). Al contrario, el adolescente que durante esta etapa se muestra estable está dando signos de conducta anómala. Pero, depende de los padres, e incluso de algunas instituciones como la académica, que esta conducta patológica normal durante la adolescencia no rompa ni rebase la línea de lo verdaderamente patológico.

## **Capítulo IV.**

# **Proceso metodológico en el estudio sobre el papel de los padres ante el conflicto adolescente**

### **4.1. Objetivos**

#### **4.1.1. Objetivo general**

Realizar una revisión bibliohemerográfica sobre el conflicto adolescente, sobre los procesos de ajuste que tiene que realizar éste para llegar a la etapa adulta y adaptarse a las demandas sociales que esto implica. Así también, revisar el papel que desempeñan los padres ante la situación del hijo adolescente; cómo éstos intervienen ante ella, considerando que el hijo re-vive situaciones inconclusas en ellos.

#### **4.1.2. Objetivos específicos**

- Revisar libros, artículos, tesis y páginas de internet con enfoque psicoanalítico que manejen definiciones, teorías y descripciones acerca de la etapa adolescente.
- Revisar libros, artículos, tesis y páginas de internet principalmente con enfoque psicoanalítico que describan la dinámica de las relaciones de pareja y su evolución hacia la paternidad.
- Revisar libros, artículos, tesis y páginas de internet que manejen definiciones, teorías y descripciones de dinámicas familiares en la cultura mexicana, donde se observe la interacción padres-hijos.

Recopilar la información encontrada, seleccionarla y elaborar con ella un trabajo de investigación documental considerando el objetivo general.

## **4.2. Indicadores**

Los principales indicadores que guiaron la búsqueda de información documental ya la posterior selección y condensación de la información son:

- Los procesos involucrados en la etapa adolescente.
- Conformación del medio familiar.
- Los padres ante su hijo adolescente.

## **4.3. Pregunta de investigación**

¿Cómo el rol que desempeñan los padres puede alterar el desarrollo de su hijo adolescente, toda vez que él les revive remanentes conflictuales de su propia adolescencia?

## **4.4. Tipo de estudio**

El presente trabajo es una investigación documental, cuyo objetivo es llevar a cabo una revisión biblio-hemerográfica acerca de lo que ocurre durante la etapa adolescente desde una perspectiva psicoanalítica; así como una revisión del modo en que conforma el medio familiar. Posteriormente, con base en la revisión documental y los postulados teóricos acerca de la etapa adolescente y la conformación familiar, se busca señalar la importancia que tiene esta última durante el desarrollo del sujeto adolescente, cuando los padres se proyectan en el hijo (o hijos), justo en esa etapa, en virtud de las vivencias que él les provoca.

## **4.5. Procedimiento**

La presente investigación se dividió en tres etapas con el fin de facilitar el cumplimiento de los objetivos arriba mencionados.

La primera fase consistió en la búsqueda, recopilación y selección de documentos relacionados con la adolescencia, principalmente desde un marco teórico psicoanalítico; además se buscó el contexto teórico de la paternidad en la familia mexicana. Se inició con la búsqueda de tesis relacionadas con los indicadores antes mencionados, siendo éstos los que guiaron la investigación en los diferentes acervos visitados. Posteriormente se procedió a revisar las fuentes bibliográficas de dichas tesis, con el fin de buscar las bases teóricas utilizadas. La elección de algunos libros y artículos mencionados en las tesis sirvieron como guía para una mayor recopilación de documentos; además de buscar otros en acervos nacionales y extranjeros.

Posteriormente se procedió a la revisión de dichos materiales, llevando a cabo un escudriño para separar los documentos que pudieran ser de utilidad de aquellos que no. En caso de que dichas fuentes de documentación derivaran en más fuentes documentales, se procedió a recopilarlas y a pasar por el mismo procedimiento de escudriño para descartar los documentos que no eran útiles.

Para realizar la recopilación de fuentes documentales fue necesario hacer la búsqueda en diferentes acervos, teniendo como criterios los indicadores mencionados, las referencias encontradas en las tesis o en las fuentes de documentación ya revisadas, así como en el escrutinio de documentos que en ocasiones anteriores se llevó a cabo. Los acervos visitados fueron:

- › Biblioteca de la Facultad de Psicología, UNAM.
- › Biblioteca Central, UNAM.
- › La Revista Argentina de Psicoanálisis, de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
- › La Revista Uruguay de Psicoanálisis, de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- › Publicaciones de artículos en libros y a través de la página de internet de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana.

La segunda etapa consistió en la síntesis y captura de la información arrojada por las fuentes documentales revisadas. Se leyeron las fuentes biblio-hemerográficas y se resumieron, recatando las ideas principales, los argumentos y la conclusión del texto.

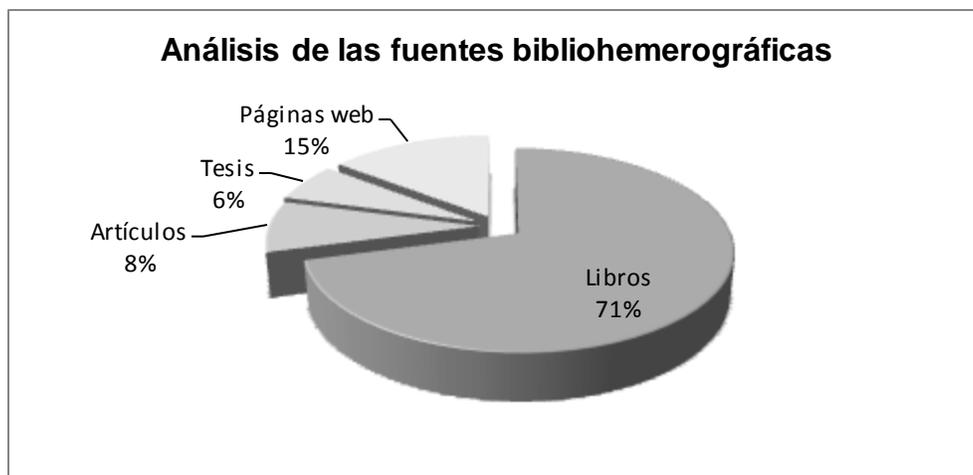
Finalmente, la tercera etapa consistió en la concentración y unión de la información recabada. Una vez que la información estaba dividida y clasificada fue organizada por temas principales, los cuales fueron establecidos por los indicadores; y subtemas, temas secundarios derivados de los indicadores. Posteriormente se llevó a cabo el acomodo y la secuenciación lógica de cada tema.

#### 4.6. Estrategias de análisis

Los documentos recopilados se revisaron buscando una relación entre los indicadores y un sustento teórico que aportara a la investigación que se llevó a cabo. Esto con el fin de presentar una definición y teoría más amplias y completas que abarcaran lo mejor posible los aspectos relacionados con el conflicto adolescente y el papel que desempeñan los padres ante tal situación que enfrenta su hijo.

#### 4.7. Análisis bibliográfico

Se llevó a cabo un análisis de las fuentes bibliohemerográficas que se usaron en el presente trabajo. Se presentan a continuación los tipos de documentos utilizados:



Las fuentes revisadas para este trabajo documental fueron 48; de las cuales 34 son libros (71%), siendo la mayoría. Seguidos por 4 artículos (9%); 3 tesis (6%); y 7 páginas web (15%). Con esto podemos apreciar que la información que consideró relevante se

encuentra principalmente en libros, más sencillos de buscar, conseguir y consultar. Seguidos de las páginas web en facilidad de búsqueda, acceso y consulta.

En cuanto al año de publicación, se observó lo siguiente:



Se utilizaron 22 publicaciones realizadas durante o después del 2006 (46%) siendo la mayoría; seguidas de las publicadas antes 1990 (32%); en seguida las que corresponden al periodo 2001-2005 (11%), después las del periodo 1996-2000 (10%) y finalmente solo una publicación entre 1991-1995 (2%). Los altos porcentajes de las publicaciones utilizadas, que se realizaron después de 2006 y antes de 1990 (siendo los extremos) facilitaron la observación del estudio de la adolescencia, la relación de pareja y la interacción familiar con respecto al adolescente, y cómo han progresado los análisis de estos temas en las últimas dos décadas.

## CONCLUSIONES

La adolescencia, como etapa de la vida y sin quitarles mérito a las demás, es de suma importancia para la vida del sujeto adulto. Es un puente entre niñez y adultez, a través de él, el niño trasmuta en todas las esferas de su vida, se prepara para insertarse en el mundo de los adultos, ser parte de la sociedad. Su importancia radica en que prácticamente es un segundo nacimiento. De acuerdo a Françoise Dolto (1990), en la adolescencia es cuando el individuo nace a la *vida*. Es una etapa muy rica en procesos, que si el ambiente, principalmente su familia, le ayuda a sacar provecho de esto, le será menos difícil pasar por esta transformación; pero también lo hacen vulnerable para recibir lo negativo del ambiente.

Todos los procesos que el sujeto vive durante su adolescencia no sólo generan una *crisis* en él sino también en su familia, en su medio. “A la explosión pulsional del adolescente puede corresponder la revivificación de ciertas fuerzas pulsionales reprimidas en los padres” (Mannoni et al., 1984/1996). La condición del sujeto adolescente despierta situaciones conflictivas (temores, ansiedades, pulsiones sexuales, deseos, etc.) reprimidas en ellos, situación que consciente o inconscientemente incita a los padres a interferir en el desarrollo de su hijo adolescente, alterando lo que por primera vez él está viviendo. Esta fue la premisa que promovió la realización del presente trabajo. No sólo se verificó que el adolescente puede revivir situaciones en los padres, que estas revivencias conflictivas provocan que ellos intervengan demasiado o ignorar el desarrollo de su hijo durante la adolescencia; sino que toda etapa del hijo puede revivir conflictos reprimidos en ellos, interfiriendo en cualquier momento en el desarrollo de su hijo.

Utilizar los postulados psicoanalíticos que describen el proceso adolescente obliga a hacer una revisión de las etapas previas a la pubertad (la etapa pregenital: oral, anal, fálica y el periodo de latencia), ya que la pubertad da paso a que la pulsión sexual continúe su desarrollo después de que se mantuvo oculta durante la latencia. La adolescencia desde las teorías psicoanalíticas es un *continuum* del desarrollo infantil, que para comprenderla es necesario estudiar la infancia y la niñez.

Los padres tienen un papel central en el conflicto adolescente; en primer lugar, porque el adolescente tiene que desprenderse de ellos durante esta etapa, tanto él como los padres tienen que aceptar y promover este desprendimiento; y en segundo lugar, por la forma en que las revivencias conflictivas de los padres los hace interferir en el desarrollo de su hijo. Además, la forma en que los adultos desempeñen su rol de padre o de madre estará determinada por el tipo de padres y vivencias que tuvieron durante su infancia. El establecimiento de una pareja no siempre es con la finalidad de procrear hijos. Cuando éstos llegan en condiciones donde no son ni esperados ni deseados, desde ese momento en que lo engendran empieza a tener una dificultad para desarrollarse. Es menester de los padres desear a los hijos, expresa Dolto (1997), el desearlos es un buen precursor, un pronóstico de un buen desarrollo. La manera en que se conforma su medio familiar también influirá en el desarrollo del sujeto, ya que es el medio en cual él crecerá, todo tipo de organización familiar implica una estructura psíquica.

La naturaleza provee al bebé de una barrera contra estímulos (el “equipo”) mientras su estructura mental se va formando. De manera adicional, la madre funciona como escudo ante estímulos que el neonato no puede manejar (Shubich, en Rossi, 2005). Al nacer, a través de la primera antítesis, *placer-dolor*, el sujeto comienza a relacionarse con el medio. Lo que le dé placer lo incorporará a él; por ejemplo, si un objeto le agrada se lo llevará a la boca; contrariamente, si algo le desagradó lo desechará. Esta introyección será precedente de lo que más adelante funja como *identificación*.

La madre es la representante de la sociedad durante los primeros meses, como se comporte ella con el pequeño es como éste se relacionará a futuro con los demás. A través de incorporar el “pecho materno”, y posteriormente actitudes, estados afectivos y actividades de la madre, el sujeto se va identificando poco a poco con ella; siendo así la primera persona con la cual se identifique. Por lo tanto, no es raro que el niño o la niña se comporte igual o parecido que la madre, y este modelo de relación subsistirá toda la vida.

Con el destete empieza a elaborarse la representación mental (la *relación objetal*) de la madre. Es mediante el primer proceso de separación-individuación que el sujeto

establece la relación objetal con su primer objeto amoroso. La relación objetal con el padre se elabora mediante lo que la madre le trasmite de él cuando están en relación simbiótica, además de lo que el niño fantasea y de la interacción directa con él. Una buena relación objetal con los padres da indicios de un buen entendimiento con ellos, que facilitará el entrenamiento de control de esfínteres, además de que es la base de su autoestima. Los niños que si ningún problema se someten a esta disciplina dan prueba de que prefieren el amor de los padres, que hay un buen entendimiento con ellos, tanto que sacrifican el placer que les causa el jugueteo con sus esfínteres. Con el control esfinteriano se termina de delinear la diferencia entre el Yo y el no-Yo.

Antes de entrar a la etapa fálica la segunda anátesis, *activo-pasivo*, rige la interacción del sujeto con el medio. El pequeño percibe a la madre, o a los adultos que realizan actividades y que con ellas le proporcionan satisfacción o insatisfacción, como seres activos, mientras que su condición de estar “sometido” a los adultos hace que se perciba como un ser pasivo. Ante esto, y mediante la identificación con la madre el niño tratará de evitar esa condición de pasividad, empezará a realizar lo que anteriormente él recibió, imitará las actividades de los adultos, sobre todo las de la madre activa (fálica). Es por eso que hay que tener cuidado en el modo de comportarse frente a los niños, ya que ellos lo toman como una conducta que hay que seguir.

Es la pulsión de saber o de investigar (Freud, 1905) la que estimula al niño a hacerse y a expresar preguntas, curiosamente con respecto a la sexualidad. Uno de esos cuestionamientos tiene como objetivo saber cuál es la diferencia entre un niño y una niña. Cuando la biología pone de manifiesto la diferencia, la amenaza (la angustia) de castración hace que el niño, y la niña también ejecuten mecanismos defensivos. En realidad de lo que se defienden es de la castración fálica. La sociedad le ha otorgado privilegios y beneficios al varón que se han simbolizado en el pene, a las representaciones simbólicas sobre este órgano se le ha denominado *falo*. Tanto la niña como el niño se resisten a las tendencias regresivas a la pasividad, y la castración fálica implica este temor; ambos luchan porque no les coarten los logros que han obtenido hasta ahora como pequeños seres activos.

Después de haber hecho un análisis con respecto a la angustia de castración y el proceso que desencadena: el complejo de Edipo; se observó que es la sociedad, la familia como su representante, la que ayuda a canalizar esta angustia a ciertos objetivos. Queda como base, y sin discusión, que la resolución del complejo de Edipo tiene como objetivo cortar el vínculo incestuoso con la madre, función que le correspondería al padre. Sin embargo, otro de los objetivos de la resolución de este proceso es bosquejar la identidad psicosexual del niño, identidad que se consolidará al finalizar la adolescencia. Aquí, en el periodo edípico entran a la vida mental del sujeto la polaridad femenino-masculino. Parte de la angustia de castración se debe a la desvalorización que ha tenido la mujer en décadas y siglos anteriores. No obstante, ¿qué sucede ahora que la mujer se está ganando cada vez más un lugar, similar al que tiene el hombre, en la sociedad? ¿Qué pasa con la resolución del complejo de Edipo de la cual resulta la base de la identidad psicosexual del individuo, ahora que los roles de género están siendo cada vez más difusos? Esto hace pensar que el papel “femenino” ya no está siendo un factor para que el sujeto se defienda de la angustia de castración. Se deduce además, que el complejo de Edipo (como concepto principal del psicoanálisis) y esta parte de su resolución están esta crisis, debido a que su autor lo describió con base en el modelo de familia triangular, y actualmente existe una gran variedad de estructuras familiares. Lo rescatable es que el sujeto al finalizar este periodo corte todo vínculo incestuoso y se quede con la función internalizada tanto paterna como materna, que más adelante le servirán como adulto. En cuando a la base del desarrollo psicosexual que esto implica, ahora más que nunca, el niño y la niña necesitan guía y ser acompañados para que *ellos mismos* encuentren su propia identidad psicosexual. Lo que la sociedad anteriormente hacía, al asignar roles de genero claros, era *sexualizar*, imponer roles dependiendo su sexo. Frente a esto los individuos ya no han estado de acuerdo y por eso mismo deviene esta transformación de lo “masculino” y lo “femenino”, que por supuesto influye en el desarrollo del sujeto.

Hasta antes de los seis o siete años el niño(a) está en una constante actividad sexual, pero es durante el periodo de latencia que ésta tiene que cesar por bien del sujeto, para que atraviese la adolescencia sin intensificar los conflictos que de por sí ya se presentan. Durante la latencia el sujeto tiene que ensayar la separación con la ligas

objetales tempranas. La separación de los padres en la adolescencia se prepara con un apartamiento de ellos en la fase de latencia (Dolto, 1990). El sistema escolar ayuda en esto, pero además la madre, o el adulto, debe motivar al niño(a) a encontrar actividades de interés fuera del ambiente familiar, actividades que le proporcionen habilidades, hábitos y conocimientos que serán base de la fortaleza yoica, que lo sujetarán durante su paso por la turbulenta adolescencia. Aquellos niños(as) que no tienen una buena preparación académica ni se les incita a realizar actividades extra-escolares no adquirirán la fortaleza yoica necesaria para atravesar esta etapa. Siendo así un factor que aumente el conflicto adolescente, debido a que el púber necesita esta fortaleza para hacer frente al resurgimiento de los impulsos instintivos.

La *pubertad* es producto de la biología, la *adolescencia* es producto del ser humano, de su propia ideología; son procesos de ajuste toda vez que el desarrollo biológico termina antes que el desarrollo psíquico. La madurez biológica, regida por los cambios puberales, se completa antes que la psicológica, de tal manera que estas tendencias biológicas poderosas son confiadas a un organismo que todavía no está preparado para ello (de la Fuente, 1992). Entonces, de acuerdo a Peter Blos (1971), la adolescencia “se emplea para calificar los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad”.

Durante la pubertad, que concuerda con la *preadolescencia* (etapa propuesta por Blos), hay un aumento de la presión instintiva, con esta situación empieza el conflicto adolescente pues también hay un aumento de los impulsos regresivos; por un lado, el sujeto desea regresar hacia la madre fálica, dadora de amor y cuidados, pero por otro, la confrontación con la realidad, su madurez biológica, lo obliga a desprenderse ya (a elaborar los duelos) de los padres infantiles, de su cuerpo, identidad y rol infantil. A partir de estos momentos el sujeto adolescente estará oscilando entre el deseo de dependencia e independencia. Los padres, ante esta situación, deben de ser comprensivos ya que “cuando la conducta de los padres implica una incomprensión de las fluctuaciones llamativamente polares entre independencia-dependencia, refugio de la fantasía-afán de crecimiento, logros adultos-refugio en logros infantiles, se dificulta la labor de duelo” (Aberastury y Knobel, 1987). Si los padres ya han superado sus propias

ambivalencias y conflictos de su adolescencia será la mejor manera para entender, guiar y acompañar al hijo durante su paso por esta etapa. De lo contrario, serán vulnerables a que el hijo les reviva estas situaciones, provocando que ellos intervengan demasiado o ignoren las demandas de dependencia e independencia.

Durante la *preadolescencia* y *adolescencia temprana* se ensayará la separación con las ligas objetales tempranas; durante la segunda habrá una falta de catexis en la relación con ellos, el sujeto adolescente sigue luchando con esas fuerzas regresivas y busca objetos extrafamiliares para evitar la regresión a la madre fálica. Este proceso de duelo por la pérdida de los padres de la infancia re-edita el Edipo y el proceso de separación-individuación. El Edipo que se revive durante la adolescencia se diferencia del de la infancia porque ahora es la biología la que lo obliga a cortar vínculos incestuosos con ambos padres. El segundo proceso de separación-individuación es lo que hará del sujeto adolescente un adulto. Justo es esto lo que en muchos casos agrava el conflicto adolescente.

El separarse de los padres provoca una crisis en él y en ellos; en el adolescente porque tras decatectizar a los padres se origina en él un sentimiento de vacío, pues el Superyó dejó desprotegido al Yo. En los padres la crisis va en la misma dirección, ellos también tienen que elaborar el duelo por el hijo infantil, ahora comienzan a relacionarse con un igual, con un adulto, el paso del tiempo se tiene que aceptar, y para muchos adultos esto es una situación muy difícil.

Muchos padres no toleran que ya no sean las figuras idealizadas del hijo, y no toleran la rebeldía de éste, siendo un signo de que se encuentra entre el dese de crecer y de permanecer bajo sus cuidados.

Los padres ante situaciones re-vividas por la condición del hijo pueden, inconscientemente, intervenir demasiado, en la forma de pensar y de actuar del hijo de tal manera que le dificultan cortar vínculos infantiles, le dificultan elaborar los duelos. Pero también, en muchos casos, esta revivencia de conflicto los orilla a ignorar el desarrollo de su hijo, desinteresándose por ellos o a través de *transformar en lo contrario* otorgan una excesiva libertad que oculta el total rechazo a su crecimiento. Él o

ella percibe como un abandono cuando le otorgan una libertad excesiva, ya que todavía hay momentos de deseos de dependencia.

Durante la *adolescencia propiamente dicha* los conflictos internos alcanzan su máximo desarrollo, si las condiciones de la infancia y la niñez produjeron una debilidad yoica para estos momentos, la angustia de separación, el sentimiento de vacío y el abrumador deseo de amor serán intolerables. Y si los padres no están como soporte para esta condición muy posiblemente el adolescente recurra a conductas de riesgo para sedar estas emociones y sentimientos: conductas psicopáticas patógenas, dependencia a sustancias tóxicas y/o una precoz actividad sexual.

El separarse de los padres incita al adolescente a buscar nuevas identificaciones, que serán base de su identidad. De igual manera esta condición facilitará el camino a un nuevo objeto libidinal (extrafamiliar).

Ha quedado claro que el adolescente vive por primera vez todos estos procesos, tienen el derecho a experimentarlos; sin embargo, las revivencias de conflictos en los padres provocan que ellos alteren estos procesos en su hijo. Lo único que necesita el adolescente, para esta etapa turbulenta, es ser acompañado en su desarrollo; es labor del adolescente, y sólo de él, encontrar un punto de donde apoyarse para cortar vínculos con los padres de la infancia. Y estos deben motivar y jamás impedir esta labor. Pero tal descuido en el desarrollo adolescente induce a que él tenga que pasar de una orilla (la niñez) a otra (la adultez) prácticamente sólo, y por esto se tiene que pagar un precio, no es fortuito el incremento de la cifras de adolescente que se insertan en el mundo de la delincuencia, de las drogas y de los embarazos precoces.

De tal manera, la familia y la sociedad en general han descuidado el desarrollo de los jóvenes que han permitido que se pierdan cada vez más los ritos de iniciación. Rituales que sirven para que el sujeto de cuenta que ha pasado a otra etapa y sigue teniendo un lugar en la sociedad. Ante la pérdida de estos ritos encontramos a los jóvenes cada vez más confundidos y desorientados, su autoimagen pierde más claridad y cohesión; elementos esenciales para interferir en la búsqueda de su identidad.

La adolescencia es una segunda oportunidad para resignificar conflictos de la infancia y la niñez; pero si sus padres no están libres de conflicto estos se inmiscuirán en los del hijo, impidiendo la labor de resignificación.

Al salir de la adolescencia, durante la *adolescencia tardía y postadolescencia*, se tiene que redoblar esfuerzos ya que son fases de consolidación. Aquí se tiene que unificar al Yo, los remanentes conflictuales deben incorporarse al Yo para que él los pueda manejar. Los impulsos y residuos conflictivos deben sublimarse a través del amor, el trabajo y la ideología. En la vida mental del individuo deben quedar establecidas las tres antítesis: placer-dolor; activo-pasivo; y sujeto-objeto.

La estabilidad de la personalidad del adolescente no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta patológica (Aberastury y Knobel, 1987). Pero las condiciones de la adolescencia hacen vulnerable la frágil y delgada línea divisoria entre lo normal y patológico en esta etapa. Por lo cual, durante todo este trabajo se señaló la importancia de *acompañar* al individuo en todo momento de su desarrollo, estando al pendiente de lo que éste puede revivir en sus cuidadores, para evitar alterarlo. El adolescente tiene derecho a experimentar lo que por primera vez está viviendo, sólo necesita guía, disponibilidad por parte de los adultos cuando éste necesite de ellos, motivación y puntos de referencia para nacer a la vida (Dolto, 1990). De lo contrario, al pasar la etapa adolescente se desencadenarán los cuadros psicopatológicos que el Yo no pudo tener en su dominio.

El trabajo, el tiempo y la economía serán escudos perfectos para utilizar cuando la condición del hijo adolescente genere conflictos en los padres, y estos pierdan todo control de las propias situaciones y de las del hijo.

Al finalizar la adolescencia queda armonizar las partes componentes de la personalidad. La integración va de la mano con el rol social, el rol de pareja y el rol profesional, y si se desea (señalando que lo mejor es que sea un sentimiento genuino) el rol paterno.

“La personalidad bien integrada no es siempre la mejor adaptada, pero tiene, sí, la fuerza interior como para advertir el momento en que una aceptación temporaria del medio puede estar en conflicto con la realidad de objetivos básicos, y puede también modificar su conducta de acuerdo con sus necesidades circunstanciales” (Aberastury y Knobel, 1987).

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

1. Aberastury, A. y Knobel, M. (1987). *La adolescencia normal*. México: Paidós.
2. Anónimo (2007). *Concepto de identidad*. Obtenido en:  
<http://arginati.blogspot.mx/2007/02/concepto-de-identidad.html>
3. Bergeret, J. (1983). *La personalidad normal y patológica*. México: Gedisa.
4. Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la adolescencia*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
5. Bodner, G. (2011). Lo femenino y lo masculino hoy. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 112, 200-204.
6. Cañizo, E. (2013). *Embarazo adolescente*. Obtenido en:  
<http://spm.mx/home/embarazo-adolescente/>
7. Corres Ayala, P. (2006). *Espacios y tiempos múltiples*. México: Fontamara.
8. Corres Ayala, P. (2009). *Ética de la diferencia: ensayo sobre Emmanuel Levinas*. México: Fontamara, pp. 73-113.
9. Corres Ayala, P. (2011). *La psique antes del Medievo*. México: Fontamara.
10. Cruz Martínez, A. (2013). Solo el 60% de adolescente con vida sexual activa “siempre” usa anticonceptivo. *La Jornada*. Obtenido en:  
<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2013/05/16/105853711-solo-60-de-adolescentes-con-vida-sexual-activa-201csiempre201d-usa-anticonceptivo>
11. Cruz Martínez, A. (2013). Se cuadruplica el número de suicidios en sólo tres décadas. *La Jornada*. Obtenido en:  
<http://www.jornada.unam.mx/2013/04/03/sociedad/042n1soc>
12. Díaz Portillo, I. (1990). *Técnica de la entrevista psicoanalítica*. México: Pax.
13. Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Seix Barral.
14. Dolto, F. (1997). *Niño deseado, niño feliz*. Barcelona: Paidós.
15. Dolto, F. (1983). *Pediatría y psicoanálisis*. México: Siglo XX

16. Eguiluz R., L. (comp.) (2003). *Dinámica de la familia. Un enfoque psicológico sistémico*. México: Editorial Pax.
17. Eguiluz R., L. (comp.) (2007). *El baile con la pareja. Trabajo terapéutico con parejas*. México: Editorial Pax.
18. Eguiluz, R., L. (comp.) (2007). *Entendiendo a la pareja. Marcos teóricos para el trabajo terapéutico*. México: Editorial Pax.
19. Elgarte, Roberto (2009). *Consideraciones psicoanalíticas sobre la identidad*.  
Obtenido en:  
<http://www.jornadashumha.com.ar/PDF/2009/Consideraciones%20psicoanaliticas%20sobre%20la%20identidad%20-%20Roberto%20Elgarte.pdf>
20. Encuesta Nacional de Salud y Nutrición. (2012). Obtenido en: <http://ensanut.insp.mx/>
21. Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus Humanidades.
22. Flechner, S. (2009). Más allá de los límites. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 109, 200-217.
23. Flechner, S. (2010). Sexualidad en la adolescencia: una revisión sobre la bisexualidad y la homosexualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 182-202.
24. Frager, R. & Fadiman, J. (2001). *Teorías de la personalidad*. México: Oxford University Press.
25. Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. *Obras completas. Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
26. Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras completas. Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
27. Fromm, E. (1983). *El arte de amar*. México: Paidós.
28. Fromm, E. (1947). *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
29. Fromm, E. (1953). *Ética y psicoanálisis*. México: FCE.
30. Fuente, Ramón de la. (1992). *Psicología médica*. México: FCE, pp. 119-134.

31. González Núñez, J., Cortés Dillanes, Y. y Padilla Velázquez, M. (1996). *La imagen paterna y la salud mental en el mexicano*. México: Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social, A.C.
32. González Núñez, J. (1986). *Teoría y técnica de la terapia psicoanalítica de adolescentes*. México: Editorial Trillas.
33. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2013). Obtenido en: <http://www.inegi.org.mx/>
34. Laplanche, J. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
35. López Lecona, M. (2007). *Aportación de elementos para el estudio del sujeto adolescente contemporáneo*. Tesis de licenciatura en Psicología, Facultad de Psicología, UNAM.
36. Mannoni, O. et al. (1984/1996). *La crisis de la adolescencia*. México: Gedisa.
37. Marcelli, D. y Braconnier, A. (2005). *Psicopatología del adolescente*. 2º ed. Barcelona: Massó.
38. Muñiz Tinajero, C. (2010). *Amor y duelo*. Tesis de licenciatura en Psicología, Facultad de Psicología, UNAM.
39. Muuss, R. (1984). *Teorías de la adolescencia*. México: Paidós.
40. Nasio, J. (1996). *Enseñanza de los 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
41. Padilla Velázquez, M. y González Núñez, J. (2011). *Psicoterapia de pareja*. México: Clave editorial.
42. Papalia, D. (2010). *Desarrollo humano*. México: McGraw-Hill, pp. 352-419.
43. Rage, E. (1996). *La pareja. Elección, problemática y desarrollo*. México: Plaza y Valdez Editores.
44. Rossi, L. (comp.) (2005). *Relación de pareja: retos y soluciones*. México: ETM.

45. Santrock, J. (2004). *Psicología del desarrollo en la adolescencia*. Madrid: McGraw-Hill.
46. Schultz, D. & Schultz, S. (2010). *Teorías de la personalidad*. 9ª ed. México: Cengage Learning.
47. Viloría Rivera, C. (2009). *La adolescencia. Posterioridad; resignificación de lo infantil: reporte de un caso en psicoterapia psicoanalítica*. Tesis de Maestría en Psicología, Facultad de Psicología, UNAM.
48. Zusman, S. (2009). Psicoanálisis infantil. Ayer y hoy. *Revista de psicoanálisis*, LXVI, 2, 461-485.